

Cristo,

Unificador y Sustentador

Cuando Isaías, el profeta, vio la gloria de Cristo dijo: *“¡Ay de mí! Que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey...”* (6:5). Juan el Bautista dijo de él: *“...a quien no soy digno de desatar encorvado la correa de su calzado”* (Mr. 1:7). Y Juan, el apóstol, en Apocalipsis, dice: *“Cuando le vi, caí como muerto a sus pies”* (1:17). ¿Qué diremos nosotros ahora, al intentar balbucear, en las páginas que siguen, algunas cosas respecto a la gloria suprema e inmarcesible de Cristo?

Al tocar a Cristo, tocamos el corazón mismo de Dios, la centralidad de Su propósito, Su voluntad perfecta y el significado final de todo cuanto existe, sea del macrocosmos, sea del universo infinitesimal, tanto de lo visible como de lo escondido en las más abismales honduras.

De todo cuanto pudiera decirse – y que ocupará hermosamente a los bienaventurados por la eternidad sin fin – de la gloria de Cristo, resalta en esta edición, como un dorado cordón transversal, la visión de Cristo como Unificador y Sustentador de todas las cosas.

T. Austin-Sparks lo dice así: “Si no fuese por el Señor Jesucristo, el universo entero se desintegraría, se desmembraría; estaría sin su factor unificador, cesaría de tener una razón para mantenerse como un todo completo y concreto. Su cohesión, su imposibilidad de desintegrarse y acabar es a causa de esto: Dios ha determinado que el Señor Jesús sea el centro – el centro gobernante de este universo entero, y él, el Hijo de Dios, es la explicación de la creación”.

De esto, ha quedado una huella sorprendente en los seres vivos, como nos plantea Ricardo Bravo, algo que se ha descubierto recientemente en la proteína denominada laminina, la cual tiene forma de cruz, y que es la que mantiene unidos los tejidos corporales, siendo así la expresión del poder sustentador y unificador de la cruz de Cristo en la esfera biológica.

Pero ¿cuánto más se puede decir, en el plano espiritual, respecto de la gloria de Cristo en el creyente y en la iglesia? El Señor permita a sus santos ocuparse provechosamente en el descubrimiento cada vez más abundante y acabado de las riquezas que aún permanecen escondidas en nuestro Señor Jesucristo.

Contenido

ENFOQUE DE ACTUALIDAD

- 4 **Jerusalén en el centro de la escena mundial**
Profecía y realidad de la posición y el futuro de Israel.
Lance Lambert.

EVANGELIO

- 10 **Cómo nos cuida Dios**
Confiando en Dios, en medio de las tormentas de la vida.
Rob Bell.

LA GLORIA DE CRISTO

- 13 **Cristo en Colosenses**
Nueve aspectos de la gloria de Cristo. *Roberto Sáez.*
- 20 **La gloria del conocimiento de Cristo**
La necesidad de conocer verdaderamente a Cristo, y permitir que ese conocimiento rija nuestra manera de pensar y vivir. *Rodrigo Abarca.*
- 27 **Uniendo el Cielo y la tierra**
La doble reconciliación obtenida por Cristo: de la creación y de los hombres. *Christian Chen.*
- 39 **La doble primogenitura de Cristo**
Los gloriosos efectos de la doble primogenitura de Cristo. *Romeu Bornelli.*
- 44 **Asidos a la Cabeza**
Un llamado a vivir la realidad de Cristo, y a tomar la carga del Espíritu en oración. *Álvaro Astete.*

LEGADO

- 57 **Colosenses**
Una visión sumaria de la grandiosa epístola. *J.G. Bellet.*
- 59 **Toda plenitud en Cristo**
Una mirada del Príncipe de los Predicadores a la gloria de Cristo. *Charles H. Spurgeon.*
- 66 **Por Él todas las cosas subsisten**
Solo en Cristo todas las cosas del Cielo y de la tierra tienen sentido. *Vance Havner.*

- 70 **Cristo, el todo en todos**
Cristo es la explicación y suma de todas las cosas, de eternidad a eternidad. *T. Austin-Sparks.*
- 81 **Que Cristo tenga la preeminencia**
Las verdades de Dios están todas orgánicamente relacionadas, y todas ellas convergen hacia un mismo centro: Cristo. *Watchman Nee.*
- 88 *ESPIGANDO EN LA HISTORIA DE LA IGLESIA*
De ateo a apologista cristiano
Semblanza de C.S. Lewis, uno de los autores cristianos más influyentes del siglo XX.
- ESTUDIO BÍBLICO*
- 101 **Bosquejo de Sofonías** *A. T. Pierson.*
- 102 **Símbolos y tipos en la vida de Jacob** *A.B. Simpson.*
- VIDA CRISTIANA*
- 104 **Consagración**
Lecciones básicas sobre la vida cristiana práctica. *Watchman Nee.*
- 108 **Psicología Sexual Masculina**
Un enfoque bíblico. *Marcelo Díaz.*
- APOLOGÉTICA*
- 112 **La laminina cruciforme nos mantiene unidos**
El misterio de la proteína que revela a nivel molecular la obra unificadora y sustentadora de la cruz de Cristo. *Ricardo Bravo Méndez.*
- REPORTAJE*
- 117 **¿Por qué él no me odiaba?**
Yo había dado muerte a su esposa en un accidente automovilístico, y ahora él deseaba hablar conmigo. *Shannon Ethridge.*
- Secciones Fijas**
- 55 Parábolas
- 87 Joyas de Inspiración
- 120 Página del lector

Jerusalén en el centro de la escena mundial

Profecía y realidad
de la posición y el futuro de Israel.

Deseo leer algunas Escrituras que creo se refieren a Israel y las naciones en el tiempo presente.

Primero, de la profecía de Zacarías, dada hace unos 2.400 años: *«Profecía de la palabra de Jehová acerca de Israel. Jehová, que extiende los cielos y funda la tierra, y forma el espíritu del hombre dentro de él, ha dicho: He aquí yo pongo a Jerusalén por copa que hará temblar a todos los pueblos de alrededor contra Judá, en el sitio contra Jerusalén. Y en aquel día yo pondré a Jerusalén por piedra pesada a todos los pueblos; todos los que se la cargaren serán despedazados, bien que todas las naciones de la tierra se juntarán contra ella»* (Zacarías 12:1-3).

Versos 9 y 10: *«Y en aquel día yo procuraré destruir a todas las naciones que vinieren contra Jerusalén. Y derramaré sobre la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalén, espíritu de gracia y de oración; y mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito»*. Verso 13:1: *«En aquel tiempo habrá un manantial abierto para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, para la purificación del pecado y de la inmundicia»*.

Quisiera agregar otra Escritura, Salmo 33:10:11: *«Jehová hace nulo el consejo de las naciones, y frustra las maquinaciones de los pueblos. El consejo de Jehová permanecerá para siempre; los pensamientos de su corazón por todas las generaciones»*. Y luego otra en Proverbios 21:30-31: *«No hay sabiduría, ni inteligencia, ni consejo, contra Jehová. El caballo se alista para el día de la batalla; mas Jehová es el que da la victoria»*.

Finalmente, quisiera agregar la voz de Isaías, capítulo 8 versos 9 y 10: *«Reuníos, pueblos, y seréis quebrantados; oíd, todos los que sois de lejanas tierras; ceñíos, y seréis quebrantados; disponeos, y seréis quebrantados. Tomad consejo, y será anulado; proferid palabra, y no será firme, porque Dios está con nosotros»*.

Por dos años, al menos, he estado advirtiendo a los creyentes, dondequiera que he viajado, que estamos pasando por el período descrito por el profeta Zacarías hace 2.400 años. Él dijo que Jerusalén, súbitamente, desde la oscuridad, volverá al centro del escenario mundial, y que habrá enorme controversia sobre la posición y el futuro de Jerusalén, y alboroto y polémica sobre su lugar.

Es realmente asombroso, porque la única vez que ha habido una gran expectación

sobre Jerusalén fue en el período de las cruzadas, cuando fue recuperada de los musulmanes y por supuesto más adelante, perdida otra vez a los otomanos. Así pues, yo creo en cierta manera que es una cosa asombrosa lo que hemos visto hace 100 años, hace 200 años, hace 300 o 400 años. Quiero decir que era una ciudad que tuvo una enorme importancia «antigua», de alguna manera, una importancia religiosa, pero no tuvo ninguna relevancia económica y política.

Y entonces, este profeta hebreo habla de su carga del Señor referente a Israel. Y él no habla tanto sobre Israel, sino sobre Jerusalén. Y dice que, cuando Jerusalén se vuelva el centro de la escena del mundo, esto marcará el principio de la última fase de la historia mundial. Creo que es asombroso lo que él dice. Él dice que Jerusalén será «una copa de temblor» para toda la gente alrededor – esto es, las naciones que limitan con nosotros y están cercanas a nosotros.

Islam radical

Hoy, casi todas las naciones están a favor de la división de la Tierra Prometida en dos estados. Esto tiene una enorme trascendencia. El aumento de la confrontación, de la revolución, de la agitación y del conflicto que hemos observado en el mundo árabe, tiene enorme significado para Oriente Medio, y particularmente para Israel. Como he dicho en el pasado, terminará en gran ganancia – si no en franca victoria – para el Islam radical y militante. Todos los medios de comunicación del mundo han ido aclamando este ascenso de la revolución en todos nuestros vecinos árabes como algo que tiene que ver con la democracia. Llega a ser increíble. Por primera vez, los árabes están clamando por la de-

mocracia. No tengo ninguna duda que hay muchos árabes que desean la libertad, desean vivir una vida libre y poder expresar su opinión libremente. Pero el hecho es que, lo que está sucediendo en estos estados, en esta revolución, tiene que ver básicamente con el Islam radical, militante.

Oí al líder de la Hermandad Egipcia Musulmana, el partido más grande, que fue suprimido por años por Mubarak. Él dijo, en una entrevista en la BBC: «¡Por supuesto, creemos en la democracia! ¡Tendremos democracia islámica!». La democracia islámica *no* es democracia. Lo que está sucediendo a los cristianos coptos – que atestigüé con mis propios ojos en los tres o cuatro años que viví en Egipto – es una buena indicación y evidencia de que no va a haber democracia para los cristianos o para los judíos, o para cualquiera que no sea un musulmán.

El hecho real es que somos testigos del principio de un enorme aumento y renacimiento del Islam radical. Esto tiene inmensa y grave significación para Israel. Significa que Israel será rodeado por todos lados por un Islam militante que desea nuestra destrucción. Después de todo, recuerden esto: ¿Por qué Hamas es llamado «Hamas»? Porque, cuando éste estaba bajo control egipcio, Egipto prohibió la Hermandad Musulmana. La Hermandad Musulmana ha estado prohibida en Yemen, en los emiratos petroleros, en Arabia Saudita, Jordania, Siria, Libia, en Túnez y Argelia. La razón por la cual Hamas tomó el nombre «Hamas», es que esta es la Hermandad Musulmana, bajo otro nombre. El nombre «Hamas», en hebreo, significa «ira» o «sublevación» y, básicamente, esa es la política de la Hermandad, para derrocar cualquier gobier-

no que no sea islámico. Por lo tanto, creo, nos hemos movido a un estado muy serio.

Irán

Por supuesto, en medio de todo esto, tenemos el silencioso progreso de Irán – mientras toda esta revolución y agitación está ocurriendo – en su programa nuclear, que ellos dicen es para uso civil. Rusia ha construido y ha equipado el complejo de Bushehr – que ahora está funcionando como una central eléctrica civil. Pero es muy significativo que los resultados de la Agencia Atómica Internacional ahora están bajo un caballero japonés que los está conduciendo, y él dice que es algo preocupante lo que está sucediendo en Irán. Ese es un gran paso adelante para la AIEA (Atomic International Energy Agency).

Las naciones árabes de hecho tienen mucho temor de Irán. Irán no es árabe – es musulmán, pero no árabe, y ellos están muy asustados. En los viejos tiempos, los árabes estaban asustados de los turcos, por un lado, y de los persas, por el otro. Pero ellos tienen temor de Irán obteniendo un dispositivo nuclear y empezando a producirlo. Sabemos que el uranio está siendo suplido actualmente de Rusia, sabemos que uno de estos días Irán va probablemente a probar disparando un dispositivo nuclear, y todo cambiará durante la noche en que suceda eso. El resultado, por lo tanto, es extremadamente serio.

Lado brillante

Ahora, todo podría ser muy oscuro y melancólico. ¿Cuál es el lado brillante? Bueno, hay dos materias que constituyen un lado gloriosamente brillante en esta situación. El Señor dice, en Zacarías 12:9, que él destruirá todas las naciones que vengan contra Jerusalén. Ahora, yo no pensaría

que esto es muy consolador para muchos de ustedes en diversas naciones, pero es un gran consuelo para Israel.

El pequeño Israel es, después de todo, un pequeño país minúsculo – siete y medio millones de personas en el territorio de una estampilla de correos que usted podría meter en el estado de Jersey, o en País de Gales en el Reino Unido, o en Hungría en Europa Oriental. Así es el pequeño Israel. El problema es religioso, espiritual, no solo político o económico, y el hecho es que las naciones están de muchas maneras tomando el lado de los palestinos y del Islam.

Lo que es enormemente consolador para Israel es que el Señor está en el campo de batalla. Él no está apenas a mil millas de distancia, él está realmente en el campo de

La reconstrucción de Israel y todo lo que tiene relación con ella es el cumplimiento no solo de la palabra de Dios, sino del propósito de Dios. Y como he dicho, cualquiera que intente impedirlo, caerá.

batalla – invisible, pero allí. Él aplastará a esas naciones – es una palabra muy fuerte que utiliza en Zacarías. Él intentará destruir las naciones que vienen contra Jerusalén. Ahora, Jeremías dice exactamente la misma cosa, en el capítulo 30: «Yo destruiré a todas las naciones entre las cuales te esparcí». Siempre me enseñaron que, si en las Escrituras se repite algo, palabra

por palabra, ella es extremadamente importante y necesita ser tomada en cuenta. En Jeremías 46:28 se dice la misma cosa, palabra por palabra. El Señor dice: «...*porque destruiré a todas las naciones entre las cuales te he dispersado; pero a ti no te destruiré del todo, sino que te castigaré con justicia* (este es Israel); *de ninguna manera te dejaré sin castigo*».

Ahora, ¿por qué está el Señor en el campo de batalla? ¿Qué interés podría tener posiblemente él, el Todopoderoso, en un pedazo de tierra en el Oriente Medio, con siete y medio millones de ciudadanos? Todo viene del hecho de que, en el propósito de Dios, Israel tiene una parte muy grande a jugar. Usted no puede entender la escatología, los acontecimientos finales en la historia del mundo, sin entender a Israel.

Ahora la batalla, incluso entre cristianos, de la cual Dios ha hablado en el Nuevo y en el Antiguo Testamento, ¿se refiere a Israel? Creo que sí. Y eso significa que, si cualquier nación en la última fase de la historia del mundo viene contra lo que Dios ha hecho – la mano de Dios en la historia humana – entonces el Señor los destruirá. Usted no puede oponerse al Señor. Algunas personas dirán: «¡Oh, pero ellos son ignorantes, ellos no entienden!». Ése es su negocio. El Libro está aquí, y además solo el Espíritu Santo está suficientemente preparado para iluminar y revelar la verdad divina.

Dios en el campo de batalla

Creo que esto es de enorme importancia para nosotros. Este hecho significa que, si no me equivoco, ahora estamos pasando por ese período de la historia que Zacarías describe cientos de años atrás, como las naciones vienen contra Jerusalén – no ne-

cesariamente en guerra, sino en actitud, en concepto. Entonces veremos a Dios mismo en el campo de batalla, y él se ocupará de aquellas naciones, sin importar si son «superpotencias» o lo que sea. Él se ocupará de ellos – Rusia, o China, o cualquier otra gran superpotencia. Él se encargará de ellas – lo verás con tus ojos.

¿En qué consiste este juicio divino sobre las naciones? A mí me parece que será económico, financiero, climático – y de ese juicio climático vendrán escaseces, inflación – social y político. Es muy interesante en esto reconocer que el litoral este de los Estados Unidos tuvo un terremoto, centrado a 43 millas de Richmond, que sacudió todo Washington, y dañó el monumento de Washington. Pienso que es muy interesante.

Entonces vimos en la BBC, trabajadores que trataban de restaurarlo. Es asombroso para mí, porque me parece que Dios estaba diciendo algo a Washington. Por supuesto, hubo más tarde un terremoto similar, de algo como seis puntos en la escala de Richter, en Manhattan, Nueva York. Yo lo encuentro asombroso, como si Dios mismo estuviese hablando al pueblo americano. ¿Hay alguien que oiga? Creo que hay fieles que oyen, pero es increíble para mí. Es un consuelo para mí que Dios esté en este negocio.

Tú no puedes contradecir los pactos que Dios ha hecho con los seres humanos. Oh, tú dices: Sí, pero eso fue hace mucho – hace 4.000 años, creo, es antiguo – es irrelevante. El hecho es que Dios no tiene pasado o futuro. Él vive en el presente. Él es «*Yo soy el que soy*» y eso significa que, un pacto que él haya hecho, permanece. Su mismo carácter sería distorsionado si tú

podieras cambiar los convenios o la Palabra que él da. Y la palabra de Dios – haya sido dada hace 3.000 años, hace 4.000 o 2.000 años atrás – es aún la palabra de Dios, viva y eficaz, y más aguda que espada de dos filos.

Significado espiritual

Pero hay una segunda cosa gloriosa, creo, y encuentro esto tremendo. El Señor dice en Zacarías 12:9: *«Y en aquel día yo procuraré destruir a todas las naciones que vinieren contra Jerusalén. Y derramaré sobre la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalén, espíritu de gracia y de oración; y mirarán a mí, a quien traspasaron»*. Y en ese día, una fuente será abierta para limpieza del pecado. Encuentro eso simplemente asombroso, y esto se enlaza a las palabras del Señor Jesús: *«Porque os digo que desde ahora no me veréis, hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor»*.

He aquí la segunda cosa gloriosa que, en el medio, es no solo que Dios está en el campo de batalla. Dios se revelará a sí mismo como el Salvador y el Redentor de Israel. Y pienso que eso tiene un significado no solo físico y político, sino espiritual. Entonces encuentro estas cosas tremendas – esta salvación y redención de Israel. Será el cierre del círculo, el acto final en la redención de Dios, que comenzó cuando él habló a Abraham, diciéndole: *«De ti saldrá una gran nación»* – que era Israel, y ella era grande debido a la palabra de Dios que fue dada a las naciones a través de ella. La luz de Dios, la salvación de Dios y el Mesías de Dios fue dado a través de ella. Eso hace a Israel único en la historia de las naciones del mundo. Y entonces, él dijo: *«Y en ti (éste es Abraham) todas las familias de la tierra serán bendecidas»*. Hay gente por

todo el mundo, a través de estos dos últimos milenios, que ha venido conocer y experimentar la salvación de Dios. Para ellos, Abraham es el padre de todos los que creen.

La reconstrucción de Israel y todo lo que tiene relación con ella es el cumplimiento no solo de la palabra de Dios, sino del propósito de Dios. Y como he dicho, cualquiera que intente impedirlo, caerá. Los acuerdos de Oslo insistieron, en una pequeña cláusula, que el reconocimiento de un estado palestino tenía que ser el resultado de negociaciones entre las partes principales.

La patria judía fue suscrita legalmente por las Naciones Unidas, que asumieron el control sobre los documentos de la Liga de las Naciones. Todo esto nos hace entender que ahora estamos realmente en un período de problemas y crisis muy grandes. No tengo ninguna duda de que todos vamos a ser atacados, en un cierto punto. No hay manera de que la Hermandad Musulmana o el Islam radical puedan vivir en medio de un estado judío. Es por eso que ellos rehúsan aceptar que Israel es un estado judío. Eso significa que el futuro es incierto, si no fuera por el Señor y por eso que he llamado el «lado brillante» – el Señor en el campo de batalla – la salvación y la redención del pueblo judío.

Oración

Ahora, ¿por qué debemos orar? Primeramente, por el primer ministro Benjamin Netanyahu. Orar para que no haya compromiso, para que él sea como roca inmovible. Su discurso de la ONU, si alguno de ustedes lo escuchó, fue maravilloso. Mira, llamando a las Naciones Unidas – con razón – un «salón de la mentira» y el «teatro del absurdo». Ya lo creo, también, cuando tienes a Libia presidiendo la comi-

sión para las minorías perseguidas. Y entonces tienes Hezbolá – el Líbano presidiendo el Consejo de Seguridad. Quiero decir, es increíble – es absurdo, en realidad, cuando se piensa en ello.

Rueguen por el gobierno, para que no caiga, para que permanezcan juntos y sean claros. En tercer lugar, oren por las fuerzas de defensa de Israel, a fin de que los responsables de la estrategia y la planificación estén preparados para cualquier eventualidad que pudiera venir sobre nosotros. La lluvia ya cayó sobre Israel, y alabamos al Señor por eso, pero necesitamos su oración por más.

El mundo espera un «superhombre»

Finalmente, ¿no crees que tal vez el mundo entero está siendo preparado para un

«superhombre»? ¿No crees que financieramente, económicamente, en todo sentido, el mundo está buscando a algún brillante «genio» que podría devolver la estabilidad al mundo? Un gobierno mundial, una fuerza de seguridad mundial – no sé. La Biblia habla de este misterioso personaje llamado el anticristo. Debemos tener esto presente en lo que estamos comenzando a ver.

Oren ustedes por sus naciones. Si el juicio va a caer sobre ellas, rueguen para que muchos encuentren al Señor allí, y que la verdad de Dios pueda ser comprendida y recibida.

*Lance Lambert
Maestro y predicador británico-israelí
Analista de asuntos de Medio Oriente
Traducido y adaptado de
<http://www.cfjerusalem.net>*

No quieren creer

En mi experiencia de más de 27 años de compartir las buenas nuevas del Salvador con el mundo académico, personalmente nunca he oído a un solo individuo –que haya considerado honestamente la evidencia– negar que Jesucristo sea el Hijo de Dios y el Salvador de los hombres.

La evidencia que prueba la deidad del Señor Jesucristo es abrumadoramente conclusiva para cualquier honesto y objetivo buscador de la verdad. Sin embargo, no todos –ni siquiera la mayoría– de aquellos a quienes he hablado, lo han aceptado como su Salvador y Señor. Esto no se debe a fueran incapaces de creer – ies que sencillamente no querían creer!

Por ejemplo, un brillante pero confuso psiquiatra que vino a Arrowhead Springs en busca de consejo, me confesó francamente que nunca había estado dispuesto a considerar honestamente las aseveraciones de Cristo en su propia vida, por temor de llegar a convencerse y, como resultado, tener que cambiar de manera de vivir.

Otros ateos profesos, muy bien conocidos, incluyendo a Aldous Huxley y Bertrand Russell, han rehusado considerar intelectualmente los hechos básicos de la historia concernientes al nacimiento, vida, enseñanzas, milagros, muerte y resurrección de Jesús de Nazaret.

Aquellos que lo han hecho, tal como C.S. Lewis y C.E.M. Josad, han encontrado que la evidencia era tan convincente que han aceptado el veredicto de que Jesucristo es verdaderamente lo que decía ser –y lo que otros han dicho que él era– el Hijo de Dios y su propio Salvador y Señor.

William R. Bright, en Evidencia que exige un veredicto

Cómo nos cuida Dios

Confianza en Dios, en medio de las tormentas de la vida.

Hace un par de años, estaba con mi familia pasando algunos días en una cabaña en el bosque, a la orilla de un apartado lago. Estábamos en medio de la nada.

Una mañana, mi hijo Trace y yo nos despertamos y nos dispusimos a dar un paseo alrededor del lago. Era una de esas mañanas sin nubes en el cielo. Los pájaros cantaban. Mi hijo Trace tenía poco más de un año en ese entonces. Hacía esos sonidos y gruñidos que acostumbran los niños de un año. Lo cargaba en la espalda en una mochila. Mientras caminaba, lo escuchaba hacer todos esos ruidos.

Nos dirigimos hacia el bosque para caminar alrededor del lago. Era uno de esos... ¿Alguna vez tuvieron alguno de esos momentos que, si pudieran, lo detendrían en el tiempo? Simplemente fue muy hermoso.

Llegamos al otro lado del lago. Estábamos exactamente a mitad de camino. Estábamos en el punto más lejano de la cabaña. Nos disponíamos a dar la vuelta para regresar y miré al cielo y vi unas nubes. Entonces, comenzó a llover. Siempre llueve, ¿verdad? Es interesante, porque las Escrituras dicen muchas cosas sobre la lluvia y las tormentas.

Cuando Jesús nos enseña lo que significa vivir, vivir la plenitud de la vida en su Rei-

no, cuando Jesús habla de ello, se refiere a dos personas diferentes. Él habla de una persona que construye su casa en la arena, de alguien que prefiere rechazar sus enseñanzas, y de alguien que construye su casa sobre la roca, que prefiere edificar su vida en las enseñanzas de Jesús. Y la metáfora que utiliza es la de la tormenta que viene y la persona que rechaza Sus enseñanzas y Su verdad.

La casa construida en la arena es destruida; pero la casa construida sobre la roca, permanece. Esta idea, dice Jesús: «Cuando lleguen las lluvias». No es que podría suceder. Sucede. Llueve mucho en nuestras vidas.

Al principio, caía una gota aquí, otra gota allá. Y entonces le cubrí la cabeza a Trace con la capucha. Lo que yo no sabía es que él se la había quitado. Paulatinamente, las gotas se hicieron cada vez más grandes, cayendo cada vez más y más rápido. De repente, empezó a llover a cántaros. Era el tipo de lluvia que te empapa, que hace que tu cabello se pegue a tu cabeza y que empape tu ropa.

Al principio, los truenos y relámpagos no le molestaban a Trace, pero continuaban cayendo y se tornaban más estrepitosos y el viento era más intenso, y los árboles empezaban a sacudirse. Trace se puso

más nervioso. Podía sentirlo en mi espalda. Primero, empezó a lloriquear, y después daba pequeños gritos de vez en cuando. Pero, al poco tiempo, Trace gritaba a todo pulmón.

El viento soplabla, había truenos y relámpagos, y nos empapábamos con la fuerte lluvia. Los árboles ya no nos servían de refugio. Y Trace, desde lo profundo de su ser, comenzó a gritar y a llorar fuertemente y con terror en su voz.

La esencia de la salvación es clamar a Dios y aceptar: «Estoy perdido, estoy lastimado. La naturaleza pecaminosa que llevo sobre mí ha estropeado todo para mí. Y Dios, si tú no me enseñas el camino, si tú no arreglas las cosas, si tú no intervienes, moriré».

Es interesante, porque si buscan la palabra «llorar» en las Escrituras, encontrarán que aparece una y otra vez. Aun en los Salmos, solo en los Salmos, si empiezan a leerlos, se menciona una y otra y otra vez llorar o clamar a Dios.

Dios dice cosas asombrosas. Él dice: «Cuando clamen a mí, yo los escucharé». También dice: «No puedo ignorar el llanto de alguien afligido». Si estoy lastimado, perdido, empapado, asustado y confundido, Dios dice: «Tú me clamas y yo te escucho». Dios dice que, al llorar, él está cerca

del desconsolado. Él está cerca de aquellos que lloran y admiten que están asustados, perdidos, empapados y confundidos.

Existe la falsa y distorsionada idea entre las personas religiosas de que, de alguna forma, hay que tenerlo todo para que exista una relación con Dios. Que, de algún modo, Dios solo busca a la gente que no tiene problemas, que ha logrado todo y que se muestran felices todo el tiempo. Pero las Escrituras hablan en contra de esa clase de pensamiento.

Jesús es franco cuando dice: «Vengan a mí todos los que están cansados y que llevan un peso a cuestas». La esencia de la salvación es clamar a Dios y admitir: «No entiendo». Es aceptar: «Estoy perdido, estoy lastimado. La naturaleza pecaminosa que llevo sobre mí ha estropeado todo para mí. Y Dios, si tú no me enseñas el camino, si tú no arreglas las cosas, si tú no intervienes, moriré». Y ese pensamiento lo encontramos en las Escrituras. Una y otra vez, Dios nos dice: «Cuando te acerques a mí, ven a mí con todo. Ven a mí con tus problemas, ven a mí todo pervertido, todo estropeado. Deja que yo me haga cargo». Jesús intenta buscar a la gente. Incluso dice: «No busco al que está sano; busco al enfermo».

Si piensan en la tormenta desde la perspectiva de Trace, para él la tormenta es su realidad. No ver nada más. Los relámpagos, los truenos, los árboles balanceándose, las gotas de lluvia y el agua escurriéndole. Es todo lo que él sabe. No ve la realidad más allá de la tormenta.

Lo que Trace no comprende es que su papá haría cualquier cosa por llevarlo a casa. En este momento, Trace grita a todo pulmón, con gran fuerza, detrás de mi cabeza. Me

detengo, me arrodillo y lo saco de la mochila. Lo acerco a mi pecho y lo abrazo fuertemente contra mi corazón. Y casi al final de nuestro paseo, me inclino hacia él todo el tiempo y susurro en su oído, una y otra vez: «Te amo, amigo, lo lograremos. Papá conoce el camino a casa; lo lograremos. Te amo, amigo». Una y otra vez, a través de la tormenta, lo llevo fuertemente apretado contra mi pecho, susurrando: «Te amo, amigo, lo lograremos».

Imaginen si años más tarde, Trace está en alguna terapia y saca el recuerdo de la caminata. Y viene y me dice: «Papá, ¿por qué me hiciste pasar por eso? Siento desconfianza dentro de mí. Pensé que me amabas. ¿Cómo pudiste exponerme a algo tan horrible como aquella tormenta? ¿Por qué no me protegiste?». Me sentiría abatido, porque, para mí, ese paseo fue uno de los más profundos, uno de los más íntimos recuerdos de mi vida con mi hijo. No cambiaría esa experiencia por nada.

Quizá ustedes estén resentidos o sientan desconfianza debido a cosas por las que han pasado, algunas tormentas en su vida, y se preguntan: «Si en verdad él me amara, si Dios realmente hubiese estado allí, no me habría permitido pasar por eso». Y tal vez Dios dice: «No. ¿No lo comprendes? Pude abrazarte fuerte; pude recordarte una y otra vez: Te amo, amigo». Como dicen las Escrituras, en Deuteronomio capítulo 1, Dios le recuerda a su pueblo lo bueno que ha sido con ellos, y dice: «¿Recuerdan? Los cargué como un padre carga a su hijo».

Y ahora tú, cuando estés empapado, perdido, lastimado y confundido, puedas clamar, y que el Creador del universo te saque de tu mochila, que te abraze fuertemente contra su pecho, con sus brazos eternamente amorosos, y que lo escuches susurrar: «Te amo, amigo; lo lograremos. Papá conoce el camino a casa; lo lograremos. Te amo».

Rob Bell.

Una lógica diferente

Quando venimos a Cristo entramos a un mundo diferente. El Nuevo Testamento nos presenta una filosofía espiritual infinitamente superior y totalmente contraria a la que motiva al mundo. De acuerdo a las enseñanzas de Cristo, los pobres en espíritu son bienaventurados; los mansos recibirán la tierra por heredad; los primeros serán los últimos y los últimos, primeros; el mayor es el que sirve mejor a los demás, y aquel que pierde todo es el único que poseerá todas las cosas al final. El hombre triunfador del mundo verá que la tempestad del juicio barre con todos sus tesoros acumulados; el mendigo justo va al seno de Abraham, y el hombre rico se quema en el fuego del infierno.

Al morir, nuestro Señor sufrió un aparente fracaso, desacreditado por los líderes de la religión establecida, rechazado por la sociedad y abandonado por sus amigos. El hombre que ordenó su muerte en la cruz fue el exitoso estadista cuya mano besaron los ambiciosos mercenarios políticos. La resurrección demostró cuán gloriosamente había triunfado Cristo y cuán prácticamente había fracasado el gobernador. La resurrección y el juicio demostrarán ante el universo quién ganó y quién perdió. ¡Esperemos!

A.W. Tozer, en Manantiales de lo alto

La gloria de Cristo

Cristo en Colosenses



Nueve aspectos de la gloria de Cristo en Colosenses.

«El es la **imagen** del Dios invisible, el **primogénito** de toda creación. Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue **creado** por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él **subsisten**; y él es la **cabeza** del cuerpo que es la iglesia, el que es el **principio**, el primogénito de entre los muertos, **para que en todo tenga la preeminencia**» (Col.1:15-18).

Las palabras destacadas con negrita dejan ver, con toda claridad, la gloria de Cristo en esta epístola a los Colosenses; a las que habría que agregar las si-

guientes: «Cristo en vosotros, la *esperanza de gloria*» (1:27), y «Porque en él habita corporalmente toda *la plenitud* de la Deidad» (2:9).

1. Cristo como la imagen de Dios

La gloria de Cristo es habernos traído la imagen del Dios invisible. Dios es espíritu, y como tal, no tiene una imagen visible. Dios nunca había sido visto por nadie, pues tal cosa era imposible. En el Antiguo Testamento se habla de Dios de manera antropomórfica, al hacer referencias al dedo de Dios, el rostro de Dios, la mano de Dios, de forma simbólica.

Pero Dios se nos hizo visible en Cristo; por lo que Juan nos recuerda palabras que Jesús mismo dijo de sí: «El que me ve, ve al que me envió», o también como Juan nos describe la forma como Cristo mostró a Dios cuando nos dice: «A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer» (Jn. 1:18); parafraseando este texto diría: «A Dios nadie lo exegitó jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha exegetado».

La palabra *exégesis* pasó del griego al español tal cual, y es esta palabra la que emplea Juan para explicarnos cómo es que Cristo interpretó a Dios. Cristo es el revelador de Dios, pues en él se reflejó fielmente cómo es Dios. No sólo por las palabras que Cristo dijo de él, sino por sus obras, su conducta intachable, su muerte y resurrección.

Lo grandioso es que en Jesucristo como hombre se haya manifestado visiblemente el poder de Dios, reflejado en las señales que Cristo hacía, en la sabiduría y autoridad con que hablaba –jamás hombre alguno habló como él– y en el cumplimiento del culto hebreo, con sus ofrendas, sacrificios, fiestas, sacerdocio, templo, profecías, *shabat* – todo lo cual era sombra de la realidad que fue manifestada en Cristo.

En el culto hebreo, Dios se muestra a Israel a través de símbolos, para enseñarle al pueblo cómo acercarse y cómo caminar con él, además de revelar su carácter a través de la ley. Cristo es la realidad de esos símbolos; en él se cumple de manera real la ley y todo lo expresado en el culto hebreo; Cristo es la expresión misma de la ley de Dios.

La cruz es la obra central de Cristo, donde revela la gloria de Dios, al satisfacer la justicia divina conjugándola con el amor de Dios por los pecadores. Justicia y amor se encontraron, se reunieron y se manifestaron como los extremos del carácter de Dios revelado en la cruz de Cristo. Para que Dios fuese comprendido en su justicia, tenía que condenar y castigar el pecado; la humanidad representada en Cristo, fue llevada a la cruz. Cuando Cristo murió, para

Dios, el mundo entero fue llevado a juicio. Toda la raza de Adán fue puesta en la cruz; Jesús murió una muerte vicaria. Ese fue el justo juicio de Dios a una humanidad perdida.

Pero la sabiduría de Dios es revelada en Cristo crucificado, pues Dios está haciendo una transacción de la justicia divina; él está transfiriendo el castigo que merecía la humanidad a Cristo crucificado, al mismo tiempo que por la justicia de Cristo —el cual fue inocente de toda culpa— transfiere justicia a todo aquel que cree en el Hijo de Dios, a todo aquel que recibe la abundancia de la gracia y el don de la justicia de Dios. *En la cruz de Cristo se muestra el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria, y la alabanza de Dios.* Siete virtudes, de las cuales se dice en Apocalipsis, que el Cordero inmolido es digno de tomarlas. O sea que la gloria de Dios, es la gloria del Cordero. Por todo esto y mucho más, Cristo es la imagen del Dios invisible.

2. Cristo, el primogénito de toda creación.

La palabra «primogénito» tiene dos sentidos: uno se usa para designar lo que va en primer lugar, y el otro para señalar al primer nacido. Pablo está refiriéndose a Jesús en esta ocasión, como el primero de la creación, dando a entender que Cristo es la causa por la cual fueron hechas todas las cosas —«porque en él fueron creadas todas las cosas»— y esta expresión lo excluye a él, siendo él mismo el autor de toda creación.

Las preposiciones «de», «por» y «para» son indicadores del origen, sustento y fin de todas las cosas. La preposición «de» indica la procedencia de las cosas; la preposición «por» refiere cómo se sustentan las cosas y la preposición «para» señala el objetivo con que fueron hechas las cosas. Estas preposiciones las encontramos a lo largo de todas las Sagradas Escrituras referidas al Padre, otras veces al Hijo y otras veces al Espíritu, indicando que es Dios —el Dios trino— en quien se originan todas las cosas, asimismo en él se sustentan y encuentran su objetivo final. «Porque de él, por él, y para él, son todas las cosas» (Rom. 11:36). Esta frase que hace referencia a la gloria de Dios, en Colosenses se refiere a la gloria de Cristo, lo cual comprueba la afirmación en cuanto al uso de estas preposiciones en toda la Biblia referidas al Dios trino.

3. Cristo es antes de todas las cosas

Esta afirmación confirma más aún la gloria de Cristo en cuanto a su eternidad, pues «él es antes de todas las cosas» quedando excluido de las cosas creadas, siendo copartícipe, junto al Padre y al Espíritu Santo en la autoría de todas las cosas que fueron creadas. Este es el verdadero sentido de la asignación a Cristo como el primogénito de toda creación.

4. En Cristo subsisten todas las cosas

La preposición «por» es referida a Cristo con mayor frecuencia en toda la Biblia, pues en el anticipado y determinado consejo de Dios, la convergencia de todas las cosas que están en los cielos y en la tierra fue asignada a la persona de Cristo. Dicho de otro modo, la *reunión* de todas las cosas bajo Cristo como cabeza de todo el universo, fue una determinación tomada antes de todas las cosas. Todo se resume en Cristo, todo converge en él, debido a la gestión redentora en la cruz del Calvario, donde la autoridad del reino de Dios quedó reivindicada de la rebelión de los ángeles caídos y la del hombre allá en el huerto del Edén; por lo que Dios le ha dado gloria exaltándolo a lo sumo, constituyéndolo heredero del universo. Siendo Cristo el eje central donde converge toda la creación de Dios, no puede ser más glorioso de lo que ya es.

Sin la mediación de Cristo en la cruz, el Espíritu Santo no podría haber descendido de los cielos a la tierra para conducir a los redimidos a la gloria; el Padre no habría cumplido su eterno propósito de compartir su vida, reino y gloria a través de Cristo con su creación; por lo que la sustentación de todas las cosas descansa en la mediación de Jesucristo.

5. Cristo la cabeza del cuerpo que es la iglesia

Cristo participa de la creación. Como hombre, es nacido de mujer, pasa por todas las contingencias de la naturaleza humana: es engendrado por el Espíritu, nace como nacen todos los bebés, crece en toda sabiduría, estatura y gracia para con Dios y los hombres, trabaja para el sustento de su familia, se le ve sufrir, llorar, comer, cansarse... es decir, asume todo lo que el ser humano es, excepto el pecado, pues en él no se halló maldad ni engaño.

Todo lo dicho en el párrafo anterior, es para exaltar la obra maestra de la creación, la cual es el hombre que Dios siempre quiso tener. La encarnación del Verbo de Dios no se debe solo al pecado, y por lo tanto, tampoco corresponde solamente a la redención; de lo contrario, Dios habría quedado sujeto a un cuerpo humano por toda la eternidad, únicamente por causa del pecado del hombre. El primer hombre fue creado teniendo presente la imagen del que había de venir, el cual es Cristo; y la creación de ese hombre es anterior al pecado. Dios no creó al hombre para que cayera, lo creó para que fuese un reflejo de su imagen, imagen que estaba concebida desde la eternidad; por lo que Dios siempre supo que él sería manifestado en carne.

La forma de asumirlo habría sido diferente a lo visto en la redención, pero igual se habría encarnado, pues su voluntad era esa desde la eternidad. Esa forma diferente, habría sido a través de una comida verdadera y correcta. Era por comer a Cristo, el árbol de la vida, a través del cual el hombre habría in-

corporado la imagen de Dios, y ese árbol dejaría de ser un misterio para revelarse por completo en la incorporación de la imagen del hombre. La redención no es un fin, sino el medio por el cual Dios continúa con su eterno propósito de revelarse divina y humanamente en Cristo. Cristo habría tenido iglesia sin redención, si el hombre del principio hubiera comido de su fruto. La iglesia vino a través de la redención, no como un plan de último minuto,

Necesitamos aprender que sin cruz no habrá gloria; por lo que necesitamos valorar la cruz, al punto de gloriarnos en la cruz de Cristo. Toda gloria que no pasa por la cruz, es completamente vana y no tiene otro fin que extinguirse en las tinieblas.

sino porque tener una familia conformada a su imagen era el deseo de Dios desde la eternidad: la creación de una familia con quien compartir su reino, su vida y gloria.

Ahora sabemos que ese hombre que Dios siempre quiso tener, es Cristo y su iglesia, siendo Cristo la cabeza y la iglesia su cuerpo. Fue por una comida equivocada que vino la desgracia de perder la imagen de Dios; fue por una comida verdadera que vino la restauración de la imagen de Dios; de esto da señales la Santa Cena, donde los cristianos manifestamos, como cuerpo de Cristo, nuestra unión con él, siendo Cristo la cabeza del cuerpo que es la iglesia.

6. Cristo como el primogénito de entre los muertos

Esto significa que Cristo es el primero en resucitar para no volver a morir nunca más. La fiesta de las primicias, en Israel, conmemoraba la siega de los primeros frutos de la tierra. Se celebra el hecho de que el grano de trigo, después de haber caído en tierra y haber roto su cáscara para dejar liberada la vida de su interior, ha dado como fruto la multiplicación de muchos granos. Jesús usó esta metáfora para referirse a su muerte y resurrección. La muerte de Cristo es una muerte fecunda y fructífera, pues de la misma manera como el grano partido bajo tierra da lugar a la vida, así mismo Cristo, con su muerte, liberó la vida de resurrección impartiéndola a sus redimidos. Nosotros celebramos una continua fiesta de primicias, esperando aquel día glorioso en que los muertos en Cristo serán levantados y los que vivan serán transformados.

7. Cristo preeminente

Esta frase referida a Cristo demuestra una vez más en esta exposición, la supremacía y centralidad de Cristo en el pináculo del universo de la creación de Dios, señalando la gloria de Cristo, en las cosas creadas, sean estas visibles o invisibles, sean tronos, dominios, potestades, principados – todo converge en él. Esto no significa que Dios se quede sin gloria por haberla dado a Cristo, pues el Padre ha sido glorificado por el Hijo y el Hijo por el Padre en el Espíritu Santo.

8. En Cristo habitó la plenitud de Dios

Esta expresión, señala que en la encarnación Cristo no está solo, aunque de los tres, es el Hijo quien ha sido encarnado; pero le acompañan en comunión de vida y propósito, el Padre y el Espíritu Santo. Sin embargo, Cristo encarnado rehúsa la forma de Dios como cosa a que aferrarse, y se despoja de sí mismo, es decir, que en la encarnación, sin dejar de ser Dios, prefiere anonadarse (hacerse nada) para manifestar en la forma humana la plenitud de Dios.

Nunca se debe confundir las personas de la Trinidad, ni separar la sustancia de Dios, pues lo que vemos en el Padre, lo vemos en el Hijo y en el Espíritu Santo de la misma forma. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, siendo un conjunto, una familia, comparten una igualdad de sustancia viviendo en perfecta unidad. Por esta razón, Cristo, en los días de su carne, nunca vivió separado del Padre, manifestando esa unidad por el Espíritu en todo momento y acción.

9. Cristo en vosotros la esperanza de gloria

La gloria de Dios es uno de los aspectos de la imagen de Dios, cuando el pecado no existía, la creación de Dios contemplaba y reflejaba la gloria de Dios. El hombre fue creado para lo mismo. Esto es lo que nos dice Pablo en el capítulo 1:3-14 de Efesios, que el Padre nos escogió para la alabanza de su gloria, que el Hijo nos redimió para la alabanza de su gloria y que el Espíritu Santo nos selló para la alabanza de la gloria de Dios.

En la caída, nos tornamos oscuros; la separación de Dios nos apartó de su gloria. En el huerto, el hombre conversaba con Dios cara a cara; cuando pecó, se escondió, asumió la conciencia de su desnudez, perdió la cobertura de Dios; el vestido que Dios le había puesto era el de la gloria de Dios; al caer en pecado, perdió la gloria de Dios.

Al intentar recuperar la cobertura (el vestido), teje un delantal de hojas de higuera. Esto a Dios no le agrada, pues recuperar la gloria será un largo camino a través de la cruz. Dios le da la primera lección de redención al sacrificar un

cordero y vestir la desnudez con la piel del animal inocente. La inocencia del cordero le es transferida al pecador y la culpa del pecador le es transferida al cordero inocente. Es una acción de Dios la que salva y no lo que el hombre puede hacer.

El tema de la cobertura de Dios lo encontramos extensamente difundido en toda la Biblia. La desgracia más grande del ser humano es quedar al descubierto de la gloria de Dios y la gloria más grande es morar bajo su cubierta.

La redención nos pone en el camino de regreso a la gloria, en un continuo mirar a cara descubierta la gloria del Señor. Mediante esa contemplación de su gloria, es que somos transformados en su misma imagen por el Espíritu Santo de Dios. La justificación es el inicio, y la santificación, a través de la cruz cargada día a día, es el camino de regreso a la gloria. Sin cruz no hay gloria; amar la gloria de los hombres es despreciar la gloria de Dios.

Muchas veces tomar la cruz significará perder la gloria humana. Necesitamos aprender que sin cruz no habrá gloria; por lo que necesitamos valorar la cruz, al punto de gloriarnos en la cruz de Cristo. Toda gloria que no pasa por la cruz, es completamente vana y no tiene otro fin que extinguirse en las tinieblas. Es Cristo en nosotros la esperanza de gloria; es su vida impartida en nuestro espíritu la que nos lleva de gloria en gloria, aunque para eso nos hará pasar por el fuego y por el agua; no obstante, el fuego no nos quemará y el agua no nos anegará.

Roberto Sáez

Él no tuvo derechos

Él no tuvo derechos:

- Ningún derecho a una cama blanda, y una mesa bien servida;
- ningún derecho a un hogar propio, un lugar donde buscar su propio placer;
- ningún derecho a escoger compañeros agradables congeniables, que le pudieran comprender y simpatizar con él;
- ningún derecho a evitar la presencia de lo sucio y del pecado, de recoger sus vestidos y apartarse para andar en sendas más puras;
- ningún derecho a ser entendido y apreciado; no, ni siquiera por aquellos sobre los cuales había Él derramado doble porción de su amor;
- ningún derecho a no ser abandonado por su Padre, aquel que más significaba para Él.

Su único derecho fue soportar silenciosamente la vergüenza, los golpes y los esputos; tomar su lugar como un vil pecador; llevar mis pecados y angustias en la cruz.

Él no tuvo derechos, ¿y yo?

Mabel Williamson, misionera en China, en ¿No tenemos derecho?

La gloria de Cristo

La gloria del conocimiento de Cristo



La necesidad de conocer verdaderamente a Cristo, permitir que ese conocimiento rijan nuestra manera de pensar y vivir.

Colosenses nos habla de la incomparable gloria del Señor Jesucristo. En esta carta, el apóstol ha reunido los pensamientos más sublimes sobre Cristo, la cabeza del cuerpo que es la iglesia. La razón de su énfasis parece ser la presencia de cierta herejía en la iglesia de Colosas, que colocaba a Cristo como un intermediario de categoría angélica, anticipando quizá las especulaciones gnósticas del siglo II. Como sea, tal posición, por muy elevada que fuese, hacía de Cristo una mera criatura y no la encarnación del eterno Hijo de Dios, que es la imagen del Dios invisible y el primogénito de toda creación.

De este modo, en Colosenses hallamos una medida de la cristología más elevada del Nuevo Testamento. Pablo no duda en declarar la identidad divina de Cristo y su lugar hegemónico en la economía divina; esto es, su centralidad y supremacía tanto en la creación como en la redención del mundo y la humanidad. Este lugar central es, nada menos, que el misterio oculto desde los siglos y edades que ahora ha sido revelado a los santos (Col. 1:26): Que Cristo ha de tener la preeminencia en todo. Este es el gran tema de su carta a los Colosenses.

Creador y Redentor

Casi como haciendo eco de las palabras del evangelio, Pablo nos presenta a Cristo como el amado Hijo de Dios, en quien Dios se complace de manera suprema. Por ello, Dios ha querido y establecido en el consejo soberano de su voluntad que todas las cosas sean hechas por medio de él y para él (Col. 1:17), y esto incluye todos los poderes y categorías angélicas. Todo está subordinado a él, porque es su creador y sustentador. El universo le pertenece porque él lo hizo. Dios creó todas las cosas por medio de él. Pero además, le pertenece, por así decirlo, por partida doble; porque, por voluntad de Dios, él es también su redentor.

La caída del hombre en Adán no solo afectó a la totalidad de la raza humana, sino que también a toda la creación visible, que cayó bajo el dominio de la corrupción, la decadencia y la muerte. Por ello, la sangre de su cruz no sólo reconcilió al hombre con Dios, sino que también a toda la creación. No solo la humanidad fue rescatada de las garras del pecado y la muerte, también lo fue la creación dañada por los efectos del pecado.

La grandeza de Cristo

¿Quién o qué puede compararse con Cristo? Esta parece ser la pregunta tácita que la carta a los Colosenses responde. Pues él se encuentra por encima de todas las ideas y conceptos que los hombres puedan imaginar o soñar sobre él. Cristo es más grande que nuestros pensamientos y doctrinas acerca de él.

Aquí yace uno de los mayores peligros y tentaciones que la iglesia ha enfrentado y enfrentará hasta el fin: fabricarse un Cristo más pequeño, a escala humana. Un ídolo de nuestra propia factura que podamos acariciar y manejar a voluntad. Sin duda, ésta es la fuente de la que manan todos los males que aquejan a la cristiandad. No conocemos a Cristo. No como quién realmente es: la plenitud de Dios, que esconde todos las riquezas de gracia, sabiduría, conocimiento y poder que la iglesia necesita. No existe nada que no haya sido provisto en él.

¿Por qué, entonces, nuestra profunda pobreza y necesidad? La respuesta es una sola: No le conocemos; no lo suficiente. La mayoría de nosotros se contenta con un conocimiento superficial de ciertas doctrinas muy básicas acerca de él. Pero no mucho más. Lo que de verdad nos interesa, y acapara nuestro esfuerzo y atención, son nuestras necesidades y problemas. Cristo —es triste decirlo— nos interesa en la medida que nos ayuda y socorre con nuestras vidas. Y si ello no ocurre, nuestra fe tambalea y nos llenamos de dudas y resentimiento. Pues no estamos interesados en conocerlo más allá de ese punto. Pero, ¿por qué actuamos así?

El triunfo de Cristo

El apóstol comienza diciendo a los colosenses que Dios nos ha trasladado al reino de su amado Hijo (Col. 1.13). Esta es una afirmación de importancia fundamental. Todos nosotros nacimos bajo el dominio del pecado, y por tanto bajo la tiranía de nuestra carne. Esto significa que estamos radicalmente inclinados hacia la satisfacción de nuestros deseos. Los deseos y necesidades

Nuestra necesidad más imperiosa es que la luz de la palabra de Dios irrumpa en nuestros corazones y renueve totalmente nuestra manera de pensar. Nuestra tragedia radica en nuestra ignorancia. Nuestro fatal desconocimiento de Cristo.

de nuestro cuerpo nos tiranizan y demandan toda nuestra atención: ¿Qué comeremos? ¿Qué vestiremos?, etc., son las preguntas que acosan nuestra existencia. La vida humana entera se organiza y concentra en torno a ellas. Este es el efecto del pecado sobre nuestra naturaleza. Nuestra carne es el centro gravitacional de nuestra vida. Y así estamos bajo la potestad de las tinieblas.

Pero el evangelio nos trae vida y salvación. Somos libertados de la esclavitud del pecado y la servidumbre de la carne y sus deseos. Somos trasladados de un universo, donde reina el oscuro sol de nuestro yo carnal, hacia otro, cuyo centro de gravedad es un sol infinitamente más grande y luminoso. Es el reino del Hijo de su amor.

Nuestra vida antigua ha sido sustituida por la suya. Nuestro centro de gravedad ha sido modificado. Un poder más grande que el pecado y la muerte nos está rigiendo y gobernando desde el centro de nuestra naturaleza, redimida y

regenerada. Cristo en nosotros es la esperanza de gloria (Col. 1:27). Un poder inconmensurable nos está atrayendo hacia sí.

Todo esto ha sido realizado en la cruz. La vieja creación, con su sabiduría, leyes y principios, ha quedado atrás. El viejo hombre ha muerto, el cuerpo pecaminoso carnal ha sido echado fuera. Nuestros pecados fueron perdonados y los decretos que nos condenaban han sido cancelados (Col. 3:14). Y, puesto que el viejo hombre ha muerto, los poderes de las tinieblas han perdido su base de operación. También ellos fueron vencidos y reducidos a la impotencia en el triunfo del Crucificado. Como aquella larga fila de reyes, generales y capitanes que desfilaban encadenados tras el cortejo triunfal del conquistador romano, así todos los poderes de las tinieblas, con su derrotado rey a la cabeza, marchan encadenados y reducidos a la total impotencia tras el cortejo triunfal de Cristo. Este es el triunfo de la cruz (Col. 3:15).

El viejo hombre carnal, sometido a los poderes de las tinieblas fue quitado de en medio en la cruz. La resurrección de Cristo es, luego, un nuevo comienzo. El principio de una nueva creación. Una nueva humanidad ha sido levantada en unión con Cristo. Este punto resulta vital para comprender la naturaleza de nuestra salvación. Dios nos dio vida juntamente con Cristo, perdonándonos todos nuestros pecados (Col.1:13). No obstante, ¿cuál es su significado?

Las riquezas de Cristo

Para entender las palabras del apóstol, es fundamental comprender primero que aquí él no se refiere a algún evento en nuestra experiencia personal. No se trata de alguna clase de experiencia mística. El sentido es que, de manera objetiva, los valores eternos de la muerte y resurrección de Cristo han sido puestos a nuestra disposición por medio del evangelio. Cuando creemos y nos bautizamos nos incorporamos, por medio de la fe, a Cristo. Somos unidos a él. De manera que somos incluidos de manera legal y real en su muerte y su resurrección. Los valores de su muerte y su resurrección son puestos, por así decirlo, a nuestra cuenta.

La regeneración o nuevo nacimiento es la confirmación efectiva de este hecho. Puesto que hemos sido incluidos en su muerte y resurrección, estamos eternamente unidos a él. Por ello se nos ha participado su vida indestructible. Su vida es ahora también la nuestra. Nuestra vida de esclavitud bajo el dominio del pecado ha terminado. Otra vida nos sostiene y crece en nuestro interior. Su propia vida. Este es el secreto de la iglesia y de toda la vida cristiana.

Por esta razón, conocer a Cristo debe ser ahora la meta suprema de nuestra vida. Una vida centrada en los deseos de la carne es una vida separada de Dios y su gloria. Una vida de servidumbre y derrota. Pero no tenemos que vi-

vir así. Pues ahora somos libres en Cristo. Por tanto, nuestra necesidad más imperiosa es que la luz de la palabra de Dios irrumpa en nuestros corazones y renueve totalmente nuestra manera de pensar. Nuestra tragedia radica en nuestra ignorancia. Nuestro fatal desconocimiento de Cristo.

¿Por qué nos conformamos con tan poco? Somos como aquel rey de Israel que, pudiendo golpear el suelo muchas veces con sus flechas, solo lo hizo tres. Y el profeta Eliseo reprendió duramente su falta de fe y ambición espiritual. Pues, la gracia es tan abundante, que nuestra mezquindad o timidez resulta una grave ofensa hacia el Dador ¿No somos culpables, acaso, del mismo pecado?

Pablo exhorta a los colosenses a no conformarse con los pobres sustitutos de la religión, la tradición y las doctrinas humanas. ¿Si hemos resucitado con Cristo, para que necesitamos esas cosas? Los creyentes de Colosas estaban tentados a hacer de la fe un asunto de reglas y normas de comportamiento exterior. Siempre que el conocimiento de la grandeza de Cristo desaparece del horizonte de la iglesia, y ésta lo sustituye por un Cristo empequeñecido y modelado por sus propias manos, se desliza hacia algún tipo de religión humana, hecha de doctrinas, normas y costumbres carentes de vida y realidad. Nos convertimos en creyentes rutinarios, de costumbres religiosas repetitivas, centrados únicamente en nuestros propios intereses y deseos.

Colosenses es un gran llamado a apropiarnos de Cristo, de todas las riquezas que Dios depositó en él para nosotros (Col. 1:27; 2:3). Nuestra cabeza posee riquezas ilimitadas, que son todas nuestras por gracia de Dios ¿Qué podemos hacer para apropiarnos de ellas?

Cristo, nuestra Vida

Gracias a Dios, el apóstol Pablo es un hombre muy práctico. No deja nada simplemente en el terreno de las declaraciones doctrinales o teológicas. Pues el propósito de Dios es que Cristo viva y exprese su vida en su pueblo. A la gran verdad de nuestra unión con Cristo en su muerte y su resurrección, sigue el que nosotros nos apropiemos de ella por medio de la fe, y vivamos gobernados por ella: «Si pues habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba» (Col. 3:1). ¿Nos hemos dado cuenta del inmenso significado de esta verdad para nuestra vida práctica? Pues existe una conexión lógica ineludible. Si verdaderamente hemos muerto y resucitado con Cristo (y este es un hecho necesariamente verdadero respecto de nosotros si es que hemos sido salvos), entonces ya no podemos vivir más bajo los poderes y rudimentos del mundo. Puesto que estamos vitalmente unidos a Cristo, nuestros intereses y deseos no pueden ser más los de esta tierra, sino los suyos en el cielo.

Esto es lo que significa estar *en Cristo*. Hemos sido separados del mundo, el pecado, la carne y los poderes de las tinieblas por medio de su muerte. Estos ya no tienen más poder ni dominio sobre nosotros. Sin embargo, este hecho se hace parte de nuestra experiencia a medida que nos apropiamos de Cristo. Y Pablo agrega aquí una frase que es clave para entender cómo se realiza: «Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra». La expresión «poned la mira» significa, literalmente, «fijar la mente». Pero aquí se refiere a la disposición de la mente; a aquellos pensamientos habituales y constantes que gobiernan nuestra conducta y decisiones.

En otras palabras, se trata de la ocupación constante de nuestra mente, que, de acuerdo a Pablo, debe ahora enfocarse en conocer a Cristo como su ocupación principal y habitual. «Las cosas de arriba» no son alguna clase de vida futura en el cielo. Son todas las cosas relativas a Cristo, quién está sentado a la diestra de Dios (Col. 2:1); esto es, en victoria y triunfo eternos. ¡Y nuestra vida está escondida y segura en él! Nada de esta tierra puede tocarlo y alcanzarlo. Está para siempre más allá de los poderes del pecado y la muerte que imperan en el mundo. Esta vida celestial y gloriosa es la que ahora vivimos por el poder y la presencia del Espíritu Santo.

La clave práctica de esta vida nueva en Cristo está en aprender a asirnos de la Cabeza (Col. 2:19). Y esto se realiza cuando nos despojamos de nuestra mente carnal, y nos apropiamos de la mente de Cristo, porque así nos estamos asiendo de nuestra Cabeza. Ahora bien, sólo conocemos la mente de otras personas a través de sus palabras. Si no escuchamos sus palabras no podemos conocer sus mentes. De manera que nos apropiamos de la mente de Cristo a través de sus palabras. Ellas tienen el poder de renovar nuestra mente e introducirnos en la poderosa corriente de vida del Espíritu. Por ello el apóstol Pablo nos exhorta a poseer en abundancia la palabra de Cristo en nuestra vida de comunión. Es por medio de ella que hacemos morir lo terrenal en nosotros.

Es por ello que el ministerio de la palabra resulta vital en la iglesia. Pues su propósito es presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre (Col. 1:28). El misterio de Dios está en que Cristo llegue a ser la vida plena y perfecta de su pueblo. Y para ello, él debe ser formado en las mentes y los corazones de los suyos. Nuestra unión con Cristo en Espíritu llegará a ser efectiva en nuestra experiencia cuando nuestras mentes, y sentimientos e intereses fundamentales lleguen a estar totalmente conformados a la mente, los sentimientos y los intereses de Cristo. En este punto las inescrutables riquezas de Cristo serán plenamente nuestras. Este es el conocimiento pleno de Cristo, para el cual —es necesario reiterarlo— el conocimiento de la palabra de Dios es de capital importancia.

Para que esto sea posible necesitamos una reorientación total de nuestras vidas. No podemos continuar enfocados solamente en nuestros asuntos terrenales, nuestras luchas e intereses en este mundo, como si en ellos radicara el objeto de todas nuestras esperanzas y anhelos. Si las metas que gobiernan realmente nuestra vida son meramente mundanas y terrenales (trabajo, casa, bienes materiales, etc.), estaremos muy lejos del reino de Dios. Las cosas celestiales nos parecerán insípidas e insustanciales, y su mención no alcanzará a provocar más que una tibia reacción en nuestro corazón, demasiado débil para apartarnos de las atracciones y diversiones de este mundo caído.

Pero, cuando nuestros ojos se abran para ver a Cristo en toda su gloria y grandeza, y conocerlo se convierta en nuestra meta suprema, nuestra vida será alterada de manera radical. El cielo dejará de ser una esperanza futura y nebulosa, para convertirse en algo más cercano y sustancial que cualquier cosa de esta tierra. Cristo comenzará a crecer día a día en nuestros afectos y pensamientos más íntimos. Su presencia se nos volverá tan real como el aire que respiramos o el suelo que pisamos. Aún más, descubriremos, al igual que Jacob en Bet-el, que él siempre ha estado presente con toda su riqueza y esplendor, sólo que nosotros no lo sabíamos.

Rodrigo Abarca

Citas escogidas

Una persona puede ir al cielo sin salud, sin riquezas, sin honores, sin haber aprendido nada y sin amigos, pero nunca sin Cristo.

John Dyer

Yo recuerdo dos cosas: que soy un gran pecador y que Cristo es un gran Salvador.

John Newton

No es tu permanencia en Cristo lo que te salva, sino la permanencia de Él en ti.

C.H. Spurgeon

Siempre que alguna cosa desagradable o que disgusta te suceda, recuerda a Cristo crucificado, y calla.

Juan de la Cruz (1542-1591)

Tus ofensas acumuladas no sobrepasan la multiplicidad de las misericordias de Dios: tus heridas no sobrepasan la habilidad del gran médico.

Cirilo de Jerusalén (c.315-386)

El haber abandonado mi derecho a "tener la razón" me ha ayudado a disfrutar del poder de la gracia de Dios como nunca antes.

David Wilkerson

La gloria de Cristo

Uniendo el cielo y la tierra



La doble reconciliación obtenida por Cristo:
de la creación y de los hombres.

Colosenses 1:15-19.

A partir del verso 15 del capítulo 1 de Colosenses, Pablo nos da una revelación muy gloriosa sobre la persona y la obra de Cristo. Mientras repasamos estos versículos, intentaremos apreciar lo que Pablo quiso enseñarnos.

El versículo 15 nos dice que Dios es invisible; sin embargo, nuestro Señor es «*la imagen del Dios invisible*». La palabra *imagen* en griego tiene dos significados; uno es la representación, el otro es la manifestación. Esto significa que nuestro Señor Jesús es la representación de Dios y también la manifestación de Dios.

«A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer» (Jn 1:18). Es por eso que nosotros le vemos, porque nuestro Señor es el Hijo de Dios; él está en el seno del Padre y solo él puede manifestarlo. Nuestro Señor Jesús es único. «Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación».

Dos significados de primogénito

Hay dos significados para *primogénito* en la Biblia; el primero habla del tiempo en que alguien ha nacido. Ustedes recuerdan que todos los primogénitos del pueblo de Israel, en la Pascua, serían salvados si realmente ponían la sangre del cordero sobre el dintel de la puerta. Pero en la Biblia hay otro uso.

Si se habla solo del primogénito en términos de tiempo, la frase: «el *primogénito de toda creación*» dará la impresión incorrecta, es decir, como el primer ser creado. Pero ese no es el caso aquí. ¿Cómo lo sabemos? Juzgando cómo el Espíritu Santo utiliza esta palabra en toda la Biblia. Sí, a veces, él la utiliza en referencia al tiempo; cuando alguien es primogénito usted sabe que él es el primero nacido en una familia.

Éxodo 4:22, dice: «Y dirás a Faraón: *Jehová ha dicho así: Israel es mi hijo, mi primogénito*». Todos sabemos que, con respecto a las naciones, Israel definitivamente no es el primogénito, pero aquí no se hace referencia al tiempo. Se relaciona con el propósito de Dios con Israel. Esto habla de la primacía, de algo en el corazón de Dios, no según el orden del tiempo.

«Yo también le pondré por *primogénito, el más excelso de los reyes de la tierra*» (Salmo 89:27). Este versículo se refiere a David, aunque señala al Mesías. De todas formas, David no es el primogénito según el tiempo. Pero si vemos en el corazón de nuestro Dios, definitivamente él dijo: «Yo le haré mi primogénito». A partir de estos versículos, sabemos que hay dos maneras de utilizar la palabra *primogénito*.

Entonces, ¿cómo sabemos cuándo refiere al primero o al segundo caso? Hemos de juzgar por el contexto. Ahora, si leemos el verso siguiente, sabemos que no puede aplicarse al tiempo: «*Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él*».

Todas las cosas fueron creadas en él; él es el Creador, así que, en definitiva, él no es el primero creado. Es imposible. En la cita: «*Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación*», el primogénito significa la primacía. Él no es un ser creado, él es la primacía sobre toda la creación.

La primacía de Cristo en ambas creaciones

«*Porque en él fueron creadas todas las cosas... por medio de él y para él*». El Espíritu Santo utilizó tres preposiciones diferentes aquí. *En él, por medio de él y para él*. Ahora, «en él» significa que, en el principio, antes de que Dios creara el cielo y la tierra, él ya había creado «en él»; es decir, en su mente, en la eternidad pasada, Dios ya tenía una idea sobre la creación. Todo aquello ya estaba en él.

Por ejemplo, si tú visitas el lugar donde está Brasilia, la capital del Brasil, hace 50 años, esa parte del mundo era un desierto. Pero un día, un gran arquitecto brasileño se paró en aquel sitio, y se puede decir que en ese momento Brasilia estaba ya en él, en su mente. Él llevó a cabo su plan, y si visitas hoy ese lugar, tú encuentras a Brasilia. ¿Cómo era esa ciudad en su mente? Él pensó en un avión 747, y diseñó toda la ciudad como un 747. La sede del gobierno corresponde al asiento del piloto. Si hoy ves la ciudad desde el aire, verás la forma de un gran jet jumbo 747.

Fue lo mismo con nuestro universo. En Él, en la eternidad pasada, todas las cosas fueron creadas. Luego, todas las cosas fueron creadas por medio de él – cuando llegó el momento en que el Señor lo pusiera en acción. Entonces el tiempo comenzó. Nuestro tiempo es como paréntesis: hay una eternidad pasada y una eternidad futura. Ahora, cuando Dios comenzó a trabajar, fue cuando el tiempo comenzó, y todas las cosas fueron creadas por medio de él. Pero no sólo por medio de él, sino también para él.

No solo eso, en el versículo 17, dice: «*Y él es antes de todas las cosas*». Pienso que el obispo Moule trató de recordarnos que en griego eso significa: «*Antes que todas las cosas fuesen, él es*». Esto nos recuerda cómo nuestro Señor dijo a los judíos: «*Antes que Abraham fuese, yo soy*». Esa palabra, «*Yo soy*», es el nombre de Jehová Dios. Dios dijo: «*Yo soy el que soy*». Por eso, cuando el evangelio de Juan menciona el «*Yo soy*», se refiere realmente al nombre de nuestro Señor Jesús. Cuando oyeron a Jesús decir esto, ellos retrocedieron. ¿Por qué? Porque antes de todas las cosas él es.

«*...y todas las cosas en él subsisten*». Eso significa que el universo puede permanecer unido debido a un factor – aquel que lo mantiene unido. En él todas las cosas tienen consistencia. No es de extrañarse que cuando nuestro Señor Jesús moría por nosotros en la cruz, cuando la gente golpeaba al Hijo de Dios, cuando la vara de la ira caía sobre él –porque Cristo es el centro del universo–, cuando aquello ocurría en la cruz, la tierra entera tembló. Sin duda, él es antes de todas las cosas y en él todas las cosas se sostienen. Así es el universo; esa es nuestra visión del cosmos.

Ahora, esa es la vieja creación. Pero en la nueva creación, en el verso 18, *«él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia»*. Ya sea que se hable del mundo material o del universo redimido, del universo gobernado o del universo de acuerdo al sistema de la gracia, él es la cabeza del cuerpo, la iglesia. La Biblia no dice que él es la cabeza de la iglesia que es su cuerpo; dice que él es la cabeza del cuerpo, la iglesia.

«...él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia». Él es el Alfa, el principio, el primogénito de entre de los muertos. No solo es el primogénito sobre toda la creación, sino también el primogénito de entre los muertos. Luego, *«para que en todo...»*, en todas las cosas – enfatiza otra vez *todo* –, *«para que en todo tenga la preeminencia»*. Ahora podemos ver la primacía de Cristo, la total suficiencia de Cristo. Cuando hablamos de la persona de Cristo, esa es la persona que Pablo intenta presentarnos. Esta es la comprensión correcta, la revelación correcta acerca de Cristo.

Cristo y la reconciliación de todas las cosas

Eso en cuanto a la persona. Ahora, ¿qué decir acerca de su obra? Versículos 20-23: *«...y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz. Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irrepreensibles delante de él; si en verdad permanecéis fundados y firmes en la fe, y sin moveros de la esperanza del evangelio que habéis oído, el cual se predica en toda la creación que está debajo del cielo; del cual yo Pablo fui hecho ministro»*.

Al estudiar esta parte, vemos definitivamente la obra de Cristo. ¿Cómo vemos esa obra? Pablo nos da una real visión de conjunto. Si estudiamos Efesios, vemos solo una porción, pero solo en este libro él nos da un cuadro tan completo. Ahora para entender eso, tenemos que recordar el capítulo 1 del Evangelio de Juan. Recuerden que en el principio, Juan presenta a Cristo como el Cordero de Dios. Pero luego, en el mismo capítulo, él presenta a Cristo como la escalera celestial, recordándonos el sueño de Jacob.

En el Antiguo Testamento, los ángeles subían y bajaban por esa escalera. Pero ahora, según nuestro Señor, él es esa escalera celestial. ¿Qué significa eso? Por una parte, vemos que él es el Cordero del Dios; el mediador entre Dios y el hombre. Es el pecado lo que separa al hombre de Dios, así que noso-

tros estamos lejos de Dios, y él está lejos de nosotros. Él es Dios y nosotros somos hombres pecadores. El pecado crea una distancia entre Dios y el hombre. Pero, cuando Cristo murió en la cruz, él fue nuestro mediador. Con una mano, él tomó nuestra mano y en la otra él tomó la mano de Dios. Nosotros pecamos contra Dios y éramos sus enemigos, pero en la cruz, Cristo puso estas dos manos sobre su pecho y luego murió.

De esta manera, siendo nosotros pecadores, el Cordero de Dios murió en la cruz y nos reunió con Dios. Ahora fuimos hechos cercanos al Padre. Por su sangre, a través de la cruz, Cristo ha abierto un camino vivo para entrar al Lugar Santísimo. Estábamos lejos, pero ahora podemos acercarnos a él. La sangre de nuestro Señor nos trae cerca del Padre. Ese es un lado de la historia. Cuando se habla de la raza humana, de cómo hemos caído, ese es el cuadro.

Pero ese no es el único cuadro. También necesitamos hablar del universo. Ahora, después de la caída, ¿qué sucedió al universo? Después de que el pecado entró en el mundo, no solo separó a Dios del hombre, sino que también separó el cielo de la tierra. Entonces, no solo está Dios lejos del hombre, sino que el cielo está altísimo sobre la tierra; no hay cómo medir esto. Antes de la caída, en el jardín de Edén, esta tierra era el espejo que reflejaba el cielo; el cielo y la tierra eran distinguibles, pero no podían ser separados. Tú no tenías que subir al cielo para ver el cielo, podías ver cielo en la tierra. Pero, debido al pecado, a partir de entonces el cielo estuvo lejos de la tierra.

Esa es la historia verdadera del principio, y por qué necesitamos la obra de la cruz. Es por eso que necesitamos la escalera, y Cristo vino a ser la escalera. No fueron los ángeles. Ellos subían y bajaban por la escalera, pero no podían hacer nada para traer el cielo de vuelta y reconectarlo con la tierra.

Cristo es nuestro mediador; por eso, por medio de su sangre, cuando él estuvo en la cruz, fuimos reconciliados con él y podemos ser cercanos. Él pudo acercarnos a él. Esto es muy maravilloso. Recuerden hoy que él no está lejano. Tú no necesitas ninguna otra escalera más que Cristo mismo, la escalera celestial, para estar cerca. Solo en esta carta, Pablo habla primero de cómo Cristo realmente combinó el cielo y la tierra juntos.

Para los cristianos, aquellos que han sido salvados, el cielo y la tierra están unidos otra vez. Pero, para los incrédulos, incluso hoy, aunque tienen una ojeada de la belleza de la creación de Dios, cuando ven el sol salir o ponerse, o la belleza del océano, ven solo el océano. Raramente les recuerda a Dios. ¿Por qué? Porque el pecado les ha separado. La carta habla de un universo redimido, porque hoy toda la creación está sometida a vanidad. Por eso Pablo habla de que toda la creación gime.

Hace muchos años, en Cambridge, hubo un nuevo descubrimiento. A través de una máquina, se pudo percibir cierta clase de señales del espacio exterior. En el principio, se pensó que provenían de los ‘extraterrestres’, pero más tarde se descubrió que era una estrella que moría. Al morir, enviaba una señal, casi como un gemido. Cuando la estrella está muriendo, significa que el universo entero está sujeto a vanidad, esperando la manifestación de los hijos de Dios.

Tras la caída del hombre, eso es lo que sucedió al universo. Pero, gracias a Dios, cuando Jesús murió en la cruz, él nos reconcilió con Dios. Él es la escalera. Él reconcilió todas las cosas consigo mismo – las cosas en la tierra y las cosas en el cielo. Él realmente unió el cielo y la tierra. Eso es lo que sucedió con nosotros. Es por eso que hoy vivimos bajo un cielo abierto. Pero, para los pecadores, el cielo nunca está abierto.

Incluso en el Antiguo Testamento, aunque Ezequiel habla del cielo abierto, ese era solo el primer cielo; él nunca vio el tercer cielo abierto. Pero, gracias a

A través de los dolores de parto de Cristo, nació la iglesia. Ahora cuando la iglesia comienza a crecer, cuando el cuerpo comienza a crecer, cada uno de nosotros debe pasar por cierta clase de sufrimiento. Pero ese sufrimiento no tiene relación con nuestro pecado.

Dios, después de haber sido salvados, nosotros sí. Ustedes recuerdan que, cuando Jesús subió del río de Jordán, el cielo fue realmente abierto.

Después de eso, ¿qué vio Esteban antes de su martirio? El cielo abierto. Él pudo penetrar en el tercer cielo y ver a Jesús de pie junto al trono, como si él diera la bienvenida a quien daba su vida por su Maestro. Ahora, gracias a Dios, nosotros estamos siempre bajo el cielo abierto. Esa es nuestra visión del cosmos, nuestra visión del universo. Gracias a Dios, por la Palabra podemos ver que Cristo es nuestra escalera celestial.

El ministerio de Pablo para con la iglesia

Esa es la primera parte. Como nuestra escalera celestial, él unió el cielo y la tierra. Pero no solo eso. Verso 21-22: *«Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras,*

ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irrepreensibles delante de él». Él es una salvación maravillosa. Él es nuestro mediador. Esa es la obra de Cristo. Se nos dice de una manera muy clara. Pero el verso 19, después de hablar de la persona de Cristo, «el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia», dice: «...por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud».

Por una parte, él es la cabeza del universo – para que él tenga la preeminencia en todas las cosas. Él es el todo y en todos, así que él debe tener la primacía en todas las cosas. Eso significa que agradó al Padre que en él habitase toda plenitud; es decir, toda la plenitud del Padre en él. Por eso, cuando hablamos de la persona de Cristo, también hablamos de la plenitud de Cristo. Todo lo que Dios es, se encuentra en él.

Ese es el fin de la sección sobre la persona de Cristo, y luego tenemos la obra de Cristo. Verso 23: *«...sí en verdad permanecéis fundados y firmes en la fe, y sin moveros de la esperanza del evangelio que habéis oído, el cual se predica en toda la creación que está debajo del cielo; del cual yo Pablo fui hecho ministro».* Pablo es, en definitiva, un ministro de la reconciliación.

Vemos aquí la obra de Cristo, pero no está restringida solo a esto. Verso 24-25: *«Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia, de la cual fui hecho ministro, según la administración de Dios que me fue dada para con vosotros, para que anuncie cumplidamente la palabra de Dios».*

Sabemos que cuando Jesús murió por nosotros en la cruz, él padeció. Y además de aquel sufrimiento, sabemos que un soldado perforó su costado y esa lanza hizo manar agua y sangre. La sangre es para perdonar, y el agua para dar vida. Así como Adán cayó en un sueño profundo y de su costado Eva fue creada. Pero Eva era solamente un tipo. Del costado de nuestro Señor, nació la iglesia. Esas son las aflicciones de Cristo.

La aflicción de Cristo es doble. Por una parte, él murió por nuestros pecados. Por otra parte, él quiso repartir su vida. Su vida era un grano de trigo. Una vida maravillosa. Pero él quiso liberar esa vida. ¿Cómo podía él hacer eso? Él tuvo que pasar por el sufrimiento para que la iglesia naciera.

¿Por qué Pablo habla de aquello que falta de las aflicciones de Cristo? No debería haber carencia aquí; todo debería ser pleno. Pero, de alguna manera, Pablo habla acerca de lo que está faltando. Cuando estaba en la prisión, él estaba sufriendo. Él dijo que él se gozaba en lo que sufría por la obra de Cristo. Ahora, la obra de Cristo fue ya acabada en la cruz. Pero hoy, el Espíritu Santo aún está

obrando en ti y en mí. Él quiere hacer todo plenamente cumplido en nosotros. Él desea que todo aquello que fue consumado en la cruz sea hecho real en tu vida y en mi vida. Por eso, Pablo deseaba ser un ministro. Él quería servirnos.

Con respecto a la obra de Cristo, por una parte, él murió por nosotros como Salvador y consumó la obra de redención; mientras que, por otra parte, la iglesia nació porque él liberó su vida y nosotros recibimos esa vida. Todos nosotros somos salvados. Gracias a Dios, ya no somos más pecadores bajo condenación, sino que también gozamos de su vida, del árbol de la vida. Gracias a Dios, él nos dio vida. Para que la iglesia naciera, él pasó a través del sufrimiento, a través de dolores de parto.

Pero esa no es toda la historia. Pablo dice: *«Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia»* (v. 24). ¿Por qué él habla así? Si hablamos del nacimiento del cuerpo, eso es el sufrimiento de Cristo. Pero hoy, el cuerpo de Cristo, la iglesia, debería crecer en esta tierra. Pablo y los otros obreros, los ministros de la iglesia, tenían que sufrir. Cuando hablamos de la edificación del cuerpo de Cristo, no sólo Pablo o los otros tenían que sufrir, porque si estudiamos Efesios capítulo 4, entonces vemos que todos estamos implicados en esta obra.

Nosotros somos llamados a esta obra central de la edificación del cuerpo de Cristo. Cuando la iglesia nació, nuestro Señor padeció mucho en la cruz. Pero, ahora, lo que está faltando de las aflicciones de Cristo no tiene nada que ver con la redención. En ese respecto, Pablo no tiene nada que ver con ello; fue Cristo y Cristo solo quien sufrió por nuestro pecado. Eso es todo – como Salvador, no hubo comunicación o compañerismo aquí. Si Pablo tiene cierta clase de comunión con los sufrimientos de Cristo, no tiene nada que ver con el rescate. Tiene que ver con el cuerpo.

A través de los dolores de parto de Cristo, nació la iglesia. Ahora cuando la iglesia comienza a crecer, cuando el cuerpo comienza a crecer, cada uno de nosotros debe pasar por cierta clase de sufrimiento. Pero ese sufrimiento no tiene relación con nuestro pecado. No. Según el principio de Dios, cuando se necesita construir algo, cuando se necesita liberar la vida, entonces es necesario pasar a través de la cruz.

Aquí, ustedes pueden ver que Dios continúa trabajando hoy por medio del Espíritu en su iglesia. Todo esto es parte de la obra de Cristo. La obra de Cristo ya fue hecha en la cruz; pero él aún continúa su trabajo por medio del Espíritu Santo y él aplica su obra de modo que llegue a ser muy efectiva en nosotros. Entonces, cuando hablamos de la obra de Cristo, no puede terminar con

el verso 23; hay que seguir. Aquí no sólo se habla del cuerpo, sino también del crecimiento del cuerpo.

Entonces, en el capítulo siguiente, hallaremos que allí había muchas diferencias. ¿Por qué la iglesia no podía crecer? Había problemas allí, y por esa razón Pablo tenía que sufrir. ¿Por qué Pablo tiene esas cadenas? ¿Por qué él fue puesto en prisión? Por una razón – a través de su ministerio, la iglesia podría realmente crecer y es por eso que él nos da estas cartas desde la prisión, y por eso podemos apreciar lo que él está intentando decirnos. Veamos un poco más.

La revelación del misterio

«...fui hecho ministro, según la administración de Dios que me fue dada para con vosotros, para que anuncie cumplidamente [completamente] la palabra de Dios» (v. 25). ¿Qué significa para la Palabra de Dios estar completa? Es como si la palabra de Dios no estuviera completa. Pablo tiene algo más que decir – completar la Palabra de Dios. El verso 26 dice: *«...el misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos»*. Pablo habla de un misterio oculto por edades y generaciones.

Los filósofos hablaron de misterio, los herejes de Colosas hablaron de misterio, pero Pablo también habla de un misterio. Este misterio era de una índole diferente. Este misterio fue revelado en el árbol de la vida. Había estado oculto por siglos y edades, pero ahora ha sido revelado a sus santos. Todos nosotros somos sus santos. No sólo para algunos pocos elegidos, no solo para aquellos con conocimiento. No. ¡Qué maravillosa obra! Ahora, en su obra, se supone que nosotros conocemos su misterio, porque nos ha sido revelado. Nosotros anhelamos saber cuál es ese misterio.

«...a quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria» (v. 27). Lo importante a considerar es que es un misterio glorioso – *«la gloria de este misterio»*. Pero no solo eso, tú también tienes las riquezas de esta gloria, no solo un poco de la gloria. No solo aquí y allí. No, la Biblia dice: *«...las riquezas de la gloria»*. Recuerden que cuando Pablo trata de darnos algo, es siempre algo completo. No solo un misterio, sino también la gloria de ese misterio, y las riquezas de la gloria de este misterio. A ellos, Dios quería dar a conocer esto. ¿Y cuáles son esas riquezas de la gloria del misterio? *«Cristo en vosotros, la esperanza de gloria»*.

Aquí se dice que Cristo mora en nosotros. No sólo murió por nosotros en la cruz. No sólo es Cristo en el cielo. *«Cristo en vosotros, la esperanza de gloria»*. No solo el misterio. Nos habla de las riquezas de la gloria de este misterio.

rio. Es Cristo habitando. ¿Por qué tenemos esperanza? Cuando te miras a ti mismo, o a la iglesia hoy, no hay esperanza. Pero, porque Cristo está en ti, esta es la esperanza de gloria.

Esta es la obra de Cristo. No es sólo la obra de Cristo en la cruz. También él continúa obrando a través del Espíritu Santo. «*Cristo en vosotros, la esperanza de gloria*». Entonces la iglesia crecerá. Entonces la iglesia tendrá un mañana, un futuro creciendo en madurez. ¿Tenemos una esperanza para mañana? Sí, debido a Cristo en la iglesia, en cada de nosotros, en cada individuo, entonces la iglesia crecerá, con nuestro sufrimiento. Cuando nosotros realmente tengamos comunión con sus padecimientos y la cruz realmente trabaje profundo en nosotros, entonces la iglesia madurará.

«...a quien anunciamos, amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre» (v. 28). A él predicamos. Nosotros predicamos al Cristo que habita. No sólo predicamos a Cristo ascendido. También predicamos a Cristo en sus santos, en su iglesia. «*Amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría*». No advirtiendo solo a unos pocos escogidos, sino a todo hombre. Enseñando a cada miembro de la iglesia.

Algunas personas creen que la iglesia es todo, y hablan solo de vida corporativa y no de la vida individual en todos. Sin embargo, para ver la plenitud de Cristo, «a él anunciamos, amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre». En griego, es la misma palabra para *todo* que se refiere a la plenitud. «...a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre». Recuerden, a todo hombre, perfecto en Cristo Jesús. La palabra *perfecto* aquí significa *maduro*.

Cuando Pablo predicaba, él amonestaba y enseñaba a todo hombre en toda sabiduría. Pero, ¿por qué tú necesitas esa sabiduría? Porque todo hombre necesita ser maduro. No un niño. Esta es la obra de Cristo. Él no sólo murió por su iglesia y ascendió por su iglesia. Ahora, por causa de Su cuerpo, Pablo llegó a ser un ministro. Él deseaba completar la palabra de Dios; para hacer la palabra de Dios plena. ¿Cómo podía esa palabra ser completa sin el misterio de Cristo? Ese misterio de Cristo es la iglesia, y es Cristo en ustedes la esperanza de gloria.

Eso explica toda la obra de Cristo de una manera muy clara. Al mismo tiempo, podemos ver que Pablo intentaba corregir aquel aspecto del árbol del conocimiento del bien y del mal que estaba en el trasfondo. Pero ahora vemos el árbol de la vida en el primer plano, y vemos qué clase de vida es esta. Es una vida plena. Cada persona debe ser hecha perfecta en Cristo Jesús – todos deben ser maduros. Solo cuando cada uno es maduro, la iglesia alcanzará la

edad adulta. Las vidas individuales son muy importantes y la vida corporativa es muy importante. Pero recuerden que el fundamento de esa vida corporativa es la vida individual. Gracias a Dios. Este misterio fue hecho manifiesto no solo a los obreros, o a un grupo selecto o a una élite, sino a cada uno de nosotros.

Si tú ves este misterio, sabrás que lo que Dios desea no es solo un cuerpo, es el cuerpo que crecerá. No es solo un bebé. Es solo cuando alcanzamos edad adulta. Cuando cada uno de nosotros alcanza la madurez, entonces el cuerpo de Cristo crecerá y aumentará. Esa es la obra.

«...para lo cual también trabajo, luchando según la potencia de él, la cual actúa poderosamente en mí» (v. 29). Pablo tiene una meta. Él no sólo predicaba el evangelio. Él no sólo quería que ellos fueran salvos. Él no sólo les hacía saber sobre una salvación inicial, sino también que nuestra salvación es diaria. Tenemos que experimentar la salvación de nuestras almas; entonces todos seremos maduros y alcanzaremos el objetivo.

Cristo, la plenitud

Pero Pablo tuvo que pagar el precio, y esa es la razón por la cual él estaba en prisión, en cadenas. Por eso él dice que se goza en su sufrimiento por ellos. Él conocía la obra de Cristo, así que él conocía el significado de sus cadenas. Entonces, cuando escribió esta carta, él vertió hacia fuera de su corazón cuál es esta vida. Es no sólo una vida más profunda, no sólo una vida más elevada – es también una vida plena. Un miembro no es suficiente. Es necesario el cuerpo entero para apreciar la plenitud de Cristo.

Gracias a Dios, Pablo también habló de la plenitud. En el árbol del conocimiento del bien y del mal, muchos filósofos y maestros de la religión también hablaron de la plenitud, pero aquello era totalmente diferente. Cuando Pablo habla de la plenitud de Cristo, significa la suma total. Pablo dice que la plenitud del Padre habita en Él. ¿Qué significa eso? Todo, toda la plenitud, está únicamente en él.

Aquí Pablo no sólo trabajaba para la iglesia en general, sino que él también trabajaba para Colosas. En el verso 1 del capítulo 2, él dice: «*Porque quiero que sepáis cuán gran lucha sostengo por vosotros, y por los que están en Laodicea, y por todos los que nunca han visto mi rostro*». El conflicto aquí significa agonía. Pablo estaba en agonía por los santos allí y en Laodicea. Había una razón para ello. Él vio el obstáculo del árbol del conocimiento del bien y del mal. «...y por todos los que nunca han visto mi rostro». Por todas partes tenemos el mismo problema – hoy, esto puede ser aplicado a nosotros, aunque localmente fue aplicado a Colosas.

«...para que sean consolados sus corazones, unidos en amor, hasta alcanzar todas las riquezas de pleno entendimiento, a fin de conocer el misterio de Dios el Padre, y de Cristo...» (v. 2). ¿Por qué Pablo estaba trabajando y en tal agonía? Con un propósito: para que nosotros seamos alentados, unidos en amor y capaces de lograr todas las riquezas de pleno entendimiento, a fin de conocer el misterio de Dios. Por eso es que Pablo se hizo ministro de la iglesia – él quería que ellos logaran esto.

Hay dos traducciones aquí: «...el misterio de Dios el Padre, y de Cristo», o «...el misterio de Dios el Padre, Cristo», pero, con todo, después de decir: «Cristo», entonces dice: «...en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento». En Cristo están reunidos todos estos tesoros. Así pues, si tú deseas conocerlos, ellos están ocultos en Cristo. La plenitud de la Deidad y del Padre mora en él, al igual que estos tesoros de la sabiduría y del conocimiento. Esa es la obra de Cristo.

También a través de sus santos, cuando somos edificados juntos, perfeccionados, estamos levantando el cuerpo de Cristo a medida que pasamos por dolores de parto, y finalmente deberíamos poder alcanzar ese lugar, obteniendo todas las riquezas de pleno entendimiento, dando por resultado un conocimiento real del misterio de Dios, esto es, de Cristo mismo.

Eso es todo sobre la total suficiencia de Cristo. Algunas personas en Colosas pensaban que el evangelio era muy simple; que no era lo suficientemente bueno. Ellos intentaron agregar algo a Cristo y ese fue el problema. Recuerden, el árbol de la vida es suficientemente bueno. No se necesita agregar nada al árbol de la vida. Eso es lo que Pablo intenta demostrarnos a través de esta carta.

Christian Chen

Mensaje oral impartido en Nueva York, USA, en noviembre de 2009.

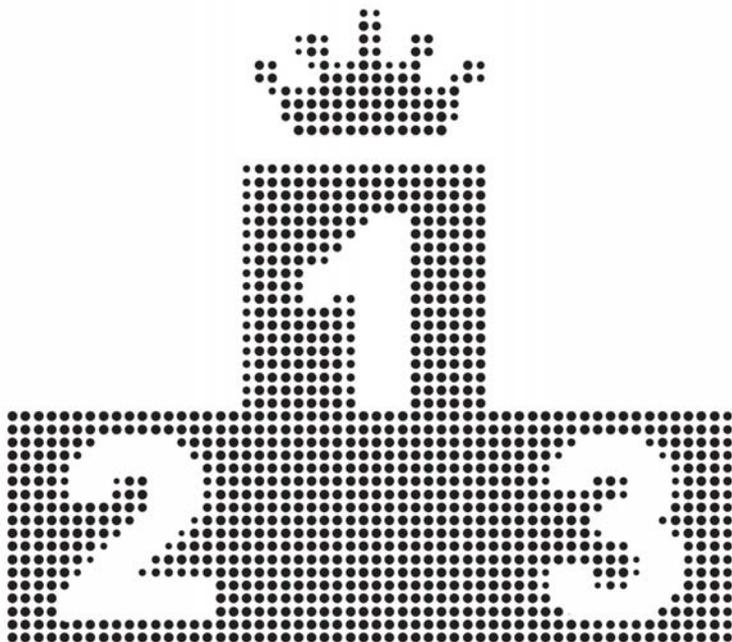
Sólo Cristo

No la Iglesia, sino Cristo. No las doctrinas, sino Cristo. No las formas, sino Cristo. No las ceremonias, sino Cristo. Cristo, el Dios-hombre, dando su vida por la nuestra – sellando la eterna alianza y dándonos paz a través de la sangre de su cruz. Cristo, el depósito divino de toda luz y verdad, “en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento”. Cristo, el vaso infinito, lleno con el Espíritu Santo, Aquel que ilumina, que enseña, que despierta, que conforta de tal forma que “todos nosotros hemos recibido de su plenitud, y gracia sobre gracia”. Éste, éste solamente, es el refugio del alma afligida, la roca sobre la cual ella puede construir el hogar para habitar, hasta que el gran tentador sea apresado, y todo conflicto termine en victoria.

Horatious Bonar (1808-1889)

La gloria de Cristo

La doble primogenitura de Cristo



Todos concordamos en que la epístola a los Colosenses presenta la mención más exhaustiva y completa de la gloria de Cristo reunida en un pequeño número de versículos. Me refiero al pasaje comprendido entre los versículos 13 a 23 del primer capítulo de esta magnífica epístola. El único otro pasaje que presenta una mención tan gloriosa como ésta, aunque no tan exhaustiva, es aquel de Hebreos 1:1-4.

También sabemos, por la historia, que en la época en que esta carta fue escrita existió algo descrito como «la herejía colosense». Esta enseñanza herética era una extraña combinación de gnosticismo y judaísmo muy atractiva para

los sentidos y el intelecto carnal. La iglesia de los colosenses fue atraída por esta enseñanza que, podemos decir así, sugería que, si bien no necesitarían abandonar a Cristo o despojarse de Cristo para ser «perfectos», sí necesitarían tener a Cristo y algo más.

Los gnósticos estaban obcecados con la obtención del conocimiento con respecto a todas las cosas, cómo comenzó todo, cómo funciona todo y cuál es el secreto que está por detrás del universo. Los judaizantes eran obcecados con su ritualismo religioso y tangible que apelaba tanto a las sensaciones humanas. La unión de estos dos representaría una gran arma del maligno para destruir al cristianismo, desviando los ojos de los discípulos de Cristo hacia otro foco y distrayéndolos con sus apelaciones a los sentidos de la carne.

El antídoto divino contra esta arma era uno solo: una presentación del significado espiritual de la *plenitud de Cristo*. La palabra *pleroma*, que significa ‘plenitud’, era muy utilizada en el vocabulario de los gnósticos, y Pablo hace uso de ella en esta epístola para decir que toda la plenitud de la Deidad está corporalmente presente y es manifestada *en Cristo*.

Todo lo que podemos pensar con respecto a Dios, cómo es él –su amor, justicia, poder, sabiduría–, todo esto reside, habita, permanentemente en Cristo, y en él tenemos la descripción del ser de la Deidad. Al hacer esta descripción, Pablo nos da, por el Espíritu, un cuadro de la deslumbrante gloria de aquel que es no solo un hijo, sino «el Hijo de Su amor». En este cuadro, él es llamado dos veces «primogénito», siendo el primogénito de toda creación (v. 15) y también el primogénito de entre los muertos (v. 18).

En estas dos descripciones están las dos glorias centrales de Cristo en este pasaje. Como primogénito de toda creación, él es el principio de la creación material, de la primera creación; el principio de todo, no creado pero sí el propio Creador, y el más elevado, según las palabras dirigidas al Mesías en el Salmo 89:27: «*Yo también le pondré por primogénito, el más excelso de los reyes de la tierra*». Como primogénito de entre los muertos, él es el principio de una nueva creación, de una creación espiritual, siendo él mismo la Cabeza de esta nueva creación, que lo tiene a él mismo como la Cabeza, y la iglesia como Su propio cuerpo (v. 18). Así, «si alguien está en Cristo, nueva criatura es», pues en él Dios introdujo un nuevo comienzo, un nuevo principio. ¡Bendito sea su nombre!

El Primogénito de toda creación

Cada uno de estos títulos se relaciona con una lista de los aspectos de las glorias de Cristo. Vamos a examinarlos sucintamente. Unido al primero de ellos, el primogénito de toda creación, dice que Cristo es la «imagen del Dios invisi-

ble», pues en él y solo en él está tanto la representación exterior como la realidad interior de lo que la Deidad es en sí misma, pues «quien me ve a mí, ha visto al Padre».

El Hijo, siendo el *Logos* divino, concentra en sí mismo todo aquello que Dios es y todo aquello que de Dios se puede conocer, y entonces lo manifiesta a los seres creados. Después de estas afirmaciones, son agregadas varias preposiciones de gran importancia para explicar el tremendo significado de la supremacía de Cristo en relación a todo el universo.

Se dice que «*en él*» fueron creadas todas las cosas, significando que él es la esfera dentro de la cual está todo lo que existe. Él es la base de sustentación de todas las cosas, de tal manera que si él sufriese alguna variación en su ser y carácter, o si cualquier clase de tinieblas pudiese alcanzarlo, todo lo que fue creado en él se desintegraría. En él también están fundamentados todos los poderes creados en los cielos.

En él todo se mantiene cohesionado. Cristo es el poder integrador de todas las cosas creadas. Pablo habla del poder integrador de la plenitud de Cristo, es decir, todo el universo se sostiene en cohesión por causa de Aquel que es el mismo ayer, hoy, y lo será por siempre.

Todo también fue creado «*por medio de él*», queriendo decir que él es el vehículo de toda la creación, pues sin él nada de lo que ha sido hecho fue hecho. Todo lo que fue creado lleva consigo Su marca original, fue hecho a través de él, de modo que pudiera responder a Sus designios eternos.

También todo fue hecho «*para él*», pues él es el heredero de todas las cosas, y todo cuanto el Padre tiene es de él. Esto implica que él es la razón, propósito y fin de todo cuanto fue creado y que finalmente todo traerá gloria a él de una forma u otra, cuando él revele plenamente su justicia y también su misericordia en los tiempos de la consumación de todas las cosas.

¡Es un privilegio de sus redimidos, como sus primicias, reconocerlo desde ya como soberano absoluto, santificándolo como Señor en sus corazones y viviendo en él, por medio de él y para él! Aún se dice que «*todas las cosas en él subsisten*», lo que contiene la idea de que en él todo se mantiene cohesionado. Así, Cristo es el poder integrador de todas las cosas creadas. Pablo, contra

todas las ideas gnósticas ya incipientes en aquellos días, habla del poder integrador de la plenitud de Cristo, es decir, todo el universo se sostiene en cohesión por causa de Aquel que es el mismo ayer, hoy, y lo será por siempre.

El Primogénito de entre los muertos

Unido al segundo de sus títulos, es decir, el de primogénito de entre los muertos, están las declaraciones de que él es la Cabeza del cuerpo, de la iglesia, queriendo con esto decir que en todo lo que le pertenece a él por mérito personal, como el varón aprobado por Dios, nosotros tenemos garantizada una participación, y que ésta, su tan grande gloria, será experimentada y manifestada por aquellos que son Su cuerpo.

Éstos que están unidos al Hombre glorificado en una unión tan plena e inquebrantable, serán exhibidos como un espectáculo tanto a los hombres como a los ángeles, cuando el Señor venga para ser glorificado en sus santos y para ser admirado en todos los que creyeron, y solo así él tendrá toda la primacía. A través de su muerte y por la eficacia de la sangre del Cordero perfecto de Dios, todas las cosas de los cielos y de la tierra fueron reconciliadas con él, y serán colocadas un día en plena armonía con lo que el Padre de gloria planeó para ser manifestado en la revelación de la gloria de los hijos de Dios, en unión con aquel que es el resplandor de la gloria de Dios.

Con una visión tan completa de Cristo, Pablo no podía dejar de decirles que ellos eran perfeccionados en Cristo (2: 10), significando que en él ellos habían recibido vida completa y que nada les faltaba que de algún modo pudiese ser alcanzado fuera de Cristo o más allá de él. Debido a esta revelación de un Cristo tan inmenso, Pablo cumplía lo que restaba de sus aflicciones en su carne, las aflicciones de un colaborador de Cristo en la edificación de su iglesia (1: 24), puesto que, las aflicciones para la redención de ella, Cristo ya las había cumplido cabalmente.

También, por motivo de esta revelación, Pablo anunciaba a Cristo, advirtiendo y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, para presentarlos plenos y perfectos delante de Él, y esforzándose para esto hasta el cansancio. También les animaba a «asirse de la Cabeza» (2: 19), es decir, a glorificar la Cabeza en toda la vida y conducta de ellos, sometiéndose en todo a Él, no dejándose influenciar por el ritualismo, el misticismo, el ascetismo o cualquier especie de filosofía humana, que para nada servían sino para fortalecer la carne en sus codicias sensuales o racionales, en vez de mortificarla.

Pablo también nos introduce en el capítulo 3 en la visión de la gloria de Cristo como el nuevo hombre, en el cual él mismo es el todo, y en todos. Este nuevo hombre de una nueva creación tiene a Cristo Jesús como su cabeza, ya en el

trono de Dios y a su diestra (3: 1), y un cuerpo de muchos miembros unidos intrínsecamente con él aquí en la tierra.

Este nuevo hombre se renueva día a día hasta alcanzar la plenitud de su llamamiento, se renueva «de gloria en gloria», de fuerza en fuerza y de fe en fe, recibiendo de su plenitud «gracia sobre gracia». Entonces, a nosotros nos compete habitar en él y tener sus palabras morando en nosotros de modo que alcancemos la plena madurez y la medida de Su estatura. Nuestra responsabilidad es tener una actitud definida de mente, determinada a pensar en las cosas de lo alto, donde vive Cristo (3:1-2), pues él es el deseo que constriñe nuestros corazones.

Concluyendo, podemos decir que una revelación de la grandiosidad de Cristo desde el punto de vista de Dios es la única salvaguarda contra los errores, sean de doctrina o de ética, así como el único medio de alcanzar Su plenitud. Así, que podamos también ser «llenos del pleno conocimiento de su voluntad, en toda sabiduría y entendimiento espiritual», contenidos en aquel en quien están ocultos todos los tesoros de Dios, y que las glorias de Cristo sean para nosotros tan absorbentes que podamos vivir vidas llenas de su plenitud.

Que Dios nos introduzca más profundamente en su inmensurable Cristo.

*Romeu Bornelli
(Traducido del portugués)*

Lo más importante

Cierta vez se le pidió a una dama cristiana hablar en una Casa de Refugio para mujeres pobres. Cuando ella llegó, fue donde la Directora, y mientras hablaban, vieron por la ventana a una mujer afuera, sentada en el suelo. La dama preguntó por ella. La directora contestó: "Ha estado muchas veces así, a la puerta de la Casa; se va y vuelve otra vez. Es una vida arruinada. Nada hemos podido hacer con ella, es muy dura y de baja condición".

La dama le dijo: "Hazla entrar". La directora contestó: "La gente está reunida para oírte. Tienes solo una hora para hablar". La dama replicó: "Esto es más importante". Y salió, y fue donde estaba sentada la mujer. "Hermana mía, ¿cuál es tu problema?", le dijo. La mujer contestó: "No soy tu hermana". La dama puso su mano sobre ella y le dijo: "Sí, yo soy tu hermana... y te amo". Y así le habló hasta que el corazón de la pobre mujer fue tocado. La conversación se demoró algún tiempo, mientras la gente reunida esperaba pacientemente. Finalmente, la dama llevó a la mujer al salón. Allí estaba la pobre criatura. No podía sentarse en una silla, pero se sentó en un taburete al lado del asiento de la disertante. Había hallado a alguien que realmente la amó, y ese amor le dio entrada al amor de Jesús.

Adaptado de Entrega Absoluta, de Andrew Murray

La gloria de Cristo

Asidos de la Cabeza



Un llamado a vivir la realidad de Cristo, y a tomar la carga del Espíritu en oración.

“Nadie os prive de vuestro premio, afectando humildad y culto a los ángeles, entremetiéndose en lo que no ha visto, vanamente hinchado por su propia mente carnal, y no asiéndose de la Cabeza, en virtud de quien todo el cuerpo, nutriéndose y uniéndose por las coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento que da Dios” (Col. 2:18-19).

Hemos venido compartiendo, en diferentes localidades, la carta a los Efesios. ¡Cuánta riqueza tenemos en el Señor! Efesios nos ha posicionado en un lugar tan elevado, sentados en lugares celestiales con Cristo Jesús, y de esa posición nadie nos moverá, porque es el Señor quien nos colocó allí. Pero también hemos visto que, comenzando en los cielos, en la gloria, poco a poco la Palabra

va aterrizando en términos muy prácticos y, a partir de Efesios 4, se nos habla de nuestra responsabilidad frente a la gracia que nos ha sido dada. Entonces tenemos ese «*andar en el Espíritu*», que implica nuestra responsabilidad.

Dentro de esa carta hay un versículo que también hemos revisado, muy similar a lo que acabamos de leer en Colosenses. En Colosenses se dice: «...*y no asiéndose de la Cabeza, en virtud de quien todo el cuerpo, nutriéndose y uniéndose por las coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento que da Dios*». Efesios dice: «...*para que... crezcamos en todo en aquel que es la cabeza*» (Ef. 4:15). Y sabemos quién es la Cabeza: Cristo es la Cabeza de la iglesia.

Efesios y Colosenses son cartas gemelas. De hecho, para entender las verdades de Efesios, tenemos que entender necesariamente también las verdades de Colosenses, porque son complementarias. Se dice que fueron escritas en el mismo tiempo.

Dos clases de hermanos

En Colosenses, el apóstol Pablo va hablar de algo bien particular. La primera parte del versículo 19 dice: «...*y no asiéndose de la Cabeza*», o no aferrándose a la Cabeza. Es muy interesante este versículo. Pablo contrapone dos situaciones, dos tipos de hermanos – porque esta carta fue escrita a creyentes. En el versículo 18 habla de que nadie nos prive de nuestro premio, pero luego dice que la condición de algunos es estar «*vanamente hinchados por su propia mente carnal*».

Pablo aquí hace la diferencia entre aquellos que están hinchados por su propia mente carnal, en contraposición con el versículo 19, que son los que están unidos a la Cabeza. Y, ¿qué pasa con éstos? Ellos crecen. El versículo 19 nos da la clave del crecimiento: crecemos asiéndonos de la Cabeza.

Entonces, aquellos que no permanecen asidos a Cristo no maduran, porque el crecimiento solo es posible cuando el cuerpo está unido a la Cabeza. Pablo menciona que estos hermanos están hinchados, pero no crecidos. Es muy interesante la palabra que se ocupa aquí: «*vanamente hinchado*», porque la expresión «hinchado» se usa también en 1ª Corintios. En esa carta, unas cuatro o cinco veces se usa la palabra traducida del griego. Sin embargo, en la carta a los corintios se ha traducido como «vano».

Por ejemplo en 1ª Corintios 8:1 dice: «*El conocimiento envanece, pero el amor edifica*». En el original es: «*El conocimiento hincha*». Es muy interesante esa expresión. Cuando algo está hinchado, en su interior no hay nada, puede haber aire, pero nada más. Algo vano es algo vacío. Sin embargo, hay

una acepción de la palabra «vano» que es mucho más interesante. Tomada en este contexto, significa falta de realidad, falta de sustancia, falta de esencia.

Cuando dice: «...*vanamente hinchado por su propia mente carnal*», quiere decir que estos hermanos no han crecido en el Señor, porque no han estado ligados a la Cabeza. Sin embargo, al verlos externamente, parecen robustos, parecen crecidos. Nuestro Dios ve mucho más allá de lo que nuestros ojos ven. Y él ve, y dice: «No, no están crecidos; están hinchados». ¿Se fijan, hermanos, la importancia que tiene este versículo para nosotros? Nosotros podemos estar hoy reunidos, podemos participar y testificar del Señor. ¡Qué precioso es cuando la iglesia testifica! Sin embargo, que hoy el Señor examine nuestros corazones.

¿Cuántas de nuestras declaraciones son una realidad, y cuántas son producto de una vana mente carnal? Aquí se habla a creyentes, y a éstos el Señor los descubre y les dice que son solamente «hinchazón», son solo aire, y no hay realidad en ellos.

¿Recuerdan cuando el Señor Jesús se dirige a una higuera queriendo hallar fruto en ella? Era una higuera frondosa, verde. Verla era algo precioso. Pero él no encuentra fruto; solamente hojas. ¿Podemos aplicar ese ejemplo a lo que estamos diciendo? Perfectamente. Podemos decir, entonces, que ese árbol representa también este tipo de creyentes, que tienen muchas hojas, que se ven verdes y frondosos; sin embargo a la hora que el Señor va a buscar un fruto, no lo halla.

Fruto = realidad

¿Qué es ese fruto? Ese fruto, en el fondo, es realidad. ¿Sabe lo que el Señor busca de nosotros? Realidad. No busca solo proclamas con respecto a que él es el Señor. Si en realidad el Señor es tu Señor y es mi Señor, entonces esa proclama cobra vida, y se hace real en medio nuestro, y entonces él reina sobre su casa. De otra forma, no. Así que, cuán importante es esta palabra – que vivamos nuestra vida ligados a la Cabeza. No hay otra forma de crecer.

¿Te imaginas cuán raro sería que un cuerpo anduviera sin cabeza? Es una imagen horrenda para nuestras mentes. ¡Sin embargo, en nuestra realidad espiritual, muchas veces hemos andado como un cuerpo sin cabeza, porque no le hemos reconocido a Él como nuestra autoridad! Hermano, el Señor es el Señor de la iglesia, y debemos anhelar que eso sea una realidad *en* nosotros. Esa es la gloria de la iglesia, y tenemos provisión en el Señor para que eso sea una realidad, porque hemos muerto y nuestra vida está escondida con Cristo en Dios.

Ahora, esto de lo cual hablamos, parte primero en forma individual. Es cierto que el Señor es Cabeza de su iglesia en forma corporativa. Sin embargo, para que eso sea real en la iglesia, primero debe ser realidad en tu vida. En tu casa, en tu familia, con tus hijos, en tu matrimonio, ¡él tiene que ser la Cabeza! Si no lo es, entonces, ¿cómo vamos a pretender que él sea el Señor en la iglesia?

Que el Señor nos socorra a todos, para que el Espíritu Santo vaya descubriendo nuestros corazones. ¿Cómo hemos vivido este tiempo? ¿Hemos andado ligados a la Cabeza, sujetos a Cristo? El Espíritu Santo pueda hacer en nuestros corazones un examen profundo, primero en forma individual, para que luego sea en forma corporativa.

Hay una traducción del versículo 18b que quiero compartir. En vez de decir: «*vanamente hinchado por su propia mente carnal*», dice que es una persona «*llena de sí misma*». Y tiene sentido, porque una persona que aún está llena de sí misma, jamás estará unida con la Cabeza. Si yo estoy lleno de mí mismo, de mis ideas, de mis proyectos, de mis necesidades, todo centrado en mí mismo, ¿cómo podría estar sujeto a la Cabeza? Es imposible. Hermanos, que no sea esta nuestra condición. El Señor misericordioso, a través de esta palabra, pueda traer profundo arrepentimiento a nuestros corazones, para que, si este ha sido nuestro estado, ya no lo sea más.

Ahora, cuando hablamos de este ‘unirnos a la Cabeza’, todavía pareciera ser algo abstracto, que no entendemos muy bien lo que significa. Yo puedo decir, para empatizar con los hermanos: «¡Sí, hermanos, yo estoy unido con la Cabeza!». Pero, en términos prácticos, ¿cómo me doy cuenta de que yo o mi hermano, o nosotros como congregación, estamos realmente unidos a la Cabeza?

Hay muchas marcas, muchas evidencias, si una congregación anda de esta forma. La carta a los Colosenses está llena de estas marcas. Solo una, al pasar. Aquí, en Colosenses, el apóstol Pablo llama la atención a los hermanos, diciendo: «...*perdonándoos unos a otros... de la manera que Cristo os perdonó*». ¿Quién de nosotros podría perdonar como Cristo perdonó, si no está ligado a la Cabeza? No podríamos.

¿Cómo nos perdonó él Señor? Su perdón fue unilateral. ¡Él nos perdonó! Yo no fui donde él a pedirle perdón. No; ¡él vino y él nos perdonó! ¡Gloria al Señor! Pero ese perdón que él nos dio, es el perdón que él también demanda a la iglesia que está unida a Cristo. ¿Se fija, hermano? Aquí podemos ver si lo que proclamamos cada vez que nos reunimos es una realidad en nosotros.

Cristo en el centro

Podríamos ahondar mucho más en esa marca, pero quiero poner el énfasis en algo más. Se reconoce una iglesia que anda ligada a la Cabeza, porque Cristo «*es el todo, y en todos*» en ella. También está en Colosenses esa expresión. Para una iglesia local, que Cristo sea el todo, significa que esa iglesia no tiene otro centro de atención, otro foco, sino Cristo; no desea otra cosa, sino a Cristo; no se distrae con nada, porque su atención es Cristo. Si una iglesia está ligada a la Cabeza, siempre en su corazón está su Señor.

En nuestros días, muchos cristianos, infelizmente, han perdido, de alguna forma, la atención del Señor. Se han distraído de Cristo, y otras cosas vienen a cobrar mayor relevancia. También nos puede ocurrir a todos, si, por ejemplo, comenzamos a enfatizar los dones, y a exaltar al don por sobre el Dador del don. Podemos distraernos de Cristo, y ya no es él nuestro foco sino un

**¿Sabe lo que el Señor busca de nosotros?
Realidad. No busca solo proclamas con
respecto a que él es el Señor.**

cierto predicador, y si éste no predica, entonces pareciera que la Palabra no fluye. Lo mismo ocurre con la alabanza. Si no usamos estos acordes, o no innovamos en esto y en lo otro... Cristo deja de ser el centro, y la música pasa a ser el centro. ¿Se fijan?

¿Cuál es el llamado del Señor hoy día? Es un llamado dulce, pero al mismo tiempo fuerte y firme: «¡No se distraigan de mí!». ¡Que las cosas del mundo no nos distraigan de la persona más bendita que hemos conocido! ¡Él es el mayor de todos, él es el excelso, él es el sublime, a él rendimos nuestra vida! ¡Señor, que nada nos distraiga de ti! ¡Que nada nos aparte del Señor, hermanos!

Satanás no descansa; él va a poner una y otra artimaña con tal de que tú te distraigas, de que yo me distraiga. Y no quiero hablar de pecados groseros, porque sabemos eso, pero el enemigo es mucho más sutil, y tu don, tu gracia, te puede distraer de Cristo. ¿Sabes a qué nos lleva esto, entonces? Nos lleva a estar siempre delante de nuestro Dios.

Colosenses 1:9-10: «*Por lo cual también nosotros, desde el día que lo oímos, no cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seáis llenos del conocimien-*

to de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual, para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios». Este era el deseo de Pablo para la iglesia en Colosas, pero también es el deseo del corazón del Señor para todas las iglesias: Que seamos llenos del conocimiento de su voluntad. Una iglesia ligada a su Cabeza, conoce cuál es la voluntad de su Señor. Así como nuestro cuerpo conoce cuál es la voluntad de la cabeza, y le obedece, así también la iglesia conoce la voluntad de Dios.

La carga del Señor en Nehemías

¿Conocemos cuál es la voluntad de Dios en este tiempo? No estoy hablando de la voluntad eterna de Dios, porque la conocemos, y podemos decir, por ejemplo, que su voluntad es llevar muchos hijos a la gloria. Esa es su voluntad eterna; pero hay también una voluntad presente, una carga en el corazón del Señor. La carga de Dios hoy día es la misma de ayer; sin embargo, a veces se nos olvida cuál es la carga de su corazón. Con respecto a esto, quiero dar un ejemplo en la Escritura, en la historia de Nehemías.

Nehemías era el copero del rey, que estaba siempre delante de él sirviéndole. Nehemías se encontraba en Babilonia, cautivo, junto con los demás. Sin embargo, su situación era distinta a la del resto del pueblo, porque él llegó a ser el copero del rey. Éste no era un cargo menor, era un cargo de confianza absoluta, porque si al rey le pasaba algo por causa de la comida o la bebida, el copero era el responsable. Nehemías alcanzó el favor del rey.

Nehemías capítulo 1 es muy interesante. Cuando él está en ejercicio de su función, vienen algunos desde Israel, y él les pregunta: «¿Cómo está Jerusalén?». Y recibe el reporte de que Jerusalén estaba destruida, absolutamente en ruinas. Cuando Nehemías se enteró de esto, hizo duelo, ayunó y oró. Tal vez él nunca estuvo en Jerusalén antes; pero, ¿por qué hubo en su corazón esta reacción? A veces reaccionamos de esta forma cuando nos informan sobre una situación relacionada con una persona que conocemos. Parece ser que nos duele más, porque conocemos al afectado. Pero cuando no es así, lo lamentamos un poco, pero no es tan significativo.

Quería puntualizar esto, porque el lloro de Nehemías, su ayuno y sus oraciones, no son una carga de él en particular, sino una carga de Dios. A lo mejor él nunca tuvo una experiencia con Jerusalén, ni recorrió sus calles, ni había servido en el Templo; sin embargo, su corazón se compungió, y Dios vio en él un corazón dispuesto a llevar Su carga.

Nehemías no era un predicador, no era un profeta. Por lo que deducimos de su mismo libro, él era un hombre de oración. Por lo tanto, Dios escoge, para

restaurar su testimonio en la tierra, no a los predicadores, al menos no en primera instancia, porque Esdras viene después; primero es Nehemías. Hoy, Dios está buscando hombres y mujeres que estén dispuestos a llevar Su carga. ¿Y cómo llevaremos su carga? Si estamos unidos a la Cabeza. Si no lo estamos, entonces a mí no me va a interesar lo que a él le interesa, no voy a sufrir por lo que él sufre, y voy a sufrir solo por mí, todavía.

Pero, ¿cuál es la invitación del Señor? «Llevad mi carga, llevad mi yugo. Mi yugo es ligero. Es mi yugo, es mi carga, lo que tienes que llevar; no es tu carga». ¿Se fija, hermano? No es tu carga, no son tus problemas; porque de esas situaciones, él se va a encargar. Eso es fe: él se va a encargar de tus problemas. Es como si el Señor dijese: «Mira, de tus cargas me preocupo yo. Pero te voy a pedir un favor (porque el Señor es tan tierno con nosotros, que no nos impone nada, sino que casi rogándonos nos pide): Yo llevo lo tuyo, tus cargas, tus problemas, aquellas preocupaciones nocturnas, aquellos desvelos por las deudas, por tu familia, por tus hijos. Pero quiero una sola cosa de ti: que tú lleves mi carga».

Hermanos, como iglesia, ¿estamos dispuestos a llevar la carga del Señor, a derramarnos, como Nehemías, por Su carga? Nehemías no oró por sí mismo, no lloró ni ayunó por sí mismo. Su situación no podía ser mejor, él ocupaba un lugar de privilegio; sin embargo, cuando recibió la carga del corazón de Dios, se presentó ante el rey y aunque estaba prohibido presentarse con el semblante demudado, él se arriesgó, se presentó, y en pocas palabras, le dijo al rey: «Tengo que irme».

Nehemías lo dejó todo, porque Dios había puesto su carga en él y no podía hacer otra cosa, sino cumplir con lo que Dios le había encomendado. Entonces, él deja el palacio y se va a las ruinas de Jerusalén, porque era un hombre de oración, un hombre que buscaba a Dios siempre, y Dios ve en él un corazón dispuesto, un corazón que está con el Señor y con Su carga, en completa armonía.

Hermanos, ¿cuál es la carga del Señor hoy día? ¿Cuál es la voluntad de Dios hoy día? Con nosotros, con la iglesia; hay una voluntad específica, hay una voluntad clara. Se nos ha venido hablando todo este tiempo sobre una línea de pensamiento: Que ya no seamos más niños, sino que crezcamos y maduremos, que seamos creyentes e hijos maduros. Esa es la voluntad de Dios para nosotros hoy día.

Dios quiere que dejemos nuestras niñerías y seamos creyentes maduros, que dejemos de tener pleitos por niñerías y le miremos a él y le sigamos a él, quien soportó mucho más que nosotros, quien soportó aun el oprobio por no-

sotros. Todo esto se cumple solo si estamos ligados a la Cabeza, que es Cristo. En términos prácticos, un hombre que está ligado a la Cabeza, va a ser un hombre que tendrá la carga del Señor en su corazón, y esa carga lo llevará a doblar sus rodillas, a orar por lo que el Señor quiere.

En Nehemías capítulo 4, vemos a Nehemías en plena faena de reconstrucción. Y, siempre que se inicia un proceso de restauración, hay oposición. Lo vemos aquí con Sanbalat y Tobías, unidos para intentar que el pueblo de Israel no continuase con la obra de reedificación de los muros y del templo, usando muchas artimañas para entorpecer la obra de Dios. Una de ellas fue decir sutilmente: «Te ayudamos; queremos colaborar contigo también», pero su propósito no era colaborar – Ellos querían distraerlos de Cristo.

Hay muchos enemigos espirituales intentando distraerte de Cristo día a día. Ahora, si esto es así, si sabemos que ellos están ocupados en distraernos de lo que es importante, ¡cómo no hemos de doblar nuestras rodillas todos los días delante del Señor, para que él nos guarde! Nehemías se dio cuenta de esto. Por eso, cuando están los enemigos al acecho, para defender los muros, él va ubicar –y esto es muy significativo– no a los soldados, sino a las familias.

¿Cuál es el llamado del Señor hoy día? Es un llamado dulce, pero al mismo tiempo fuerte y firme: «¡No se distraigan de mí!».

«Entonces por las partes bajas del lugar, detrás del muro, y en los sitios abiertos, puse al pueblo por familias, con sus espadas, con sus lanzas y con sus arcos» (4:13). Los puso por familias, eso es muy interesante. ¿Quiénes son los que, en primera instancia, van a defender el testimonio de Dios en la tierra?... Porque, en ese momento, Jerusalén era el testimonio de Dios que tenía que ser restaurado. ¡Nehemías puso a las familias!

Nehemías 4:14: *«Después miré, y me levanté y dije a los nobles y a los oficiales, y al resto del pueblo –Mira la arenga de Nehemías, en el Espíritu del Señor–: No temáis delante de ellos; acordaos del Señor, grande y temible».* Sí, tenemos enemigos. Ellos van a hacer lo imposible por sacarte de Cristo, no te quepa duda. Pero no temamos; acordémonos del Señor, grande y temible. Así es tu Señor, hermano. Solo cuando me acuerdo de quién es el Señor, en mi corazón no habrá temor frente a mis enemigos, porque sé que él es el que me guarda, él es el que me defiende, él es el que está por mí. ¡Gloria al Señor!

Es lo mismo en Colosenses. Cuando Pablo ora por la iglesia en Colosas, él pide tres cosas: Uno, «*que seáis llenos del conocimiento de su voluntad*»; dos, «*que andéis ... agradándole en todo*»; tres, «*que seáis llenos del conocimiento de su voluntad*». ¿Se fijan? Lo último, «*llenos del conocimiento de su voluntad*». ¿Qué dice Nehemías? «*Acordaos del Señor*».

¿Conocemos al Señor? Tal vez alguno de ustedes podría preguntar: «Hermano, ¡qué pregunta estás haciendo, si estamos aquí!». Pero la pregunta es válida, porque de acuerdo a lo que vimos al principio, podemos estar aquí, podemos venir todos los días domingos a reunión puntualmente; sin embargo, todavía podemos no conocer al Señor, podemos vivir una vida vana, podemos estar viviendo una irrealdad. Por eso es importante esta palabra. ¡Acordémonos del Señor, conozcamos al Señor!

No vamos a pretender que ya le conocemos. Hemos recibido mucha Palabra, por mucho tiempo; pero eso no nos haga pensar que ya le conocemos completamente, que ya no necesitamos nada más. ¡No, hermano! Él es eterno; nos faltará eternidad para conocerle. Que nuestro corazón se llene de este sentir. ¡Queremos conocerte a ti Señor, queremos conocerte más y más, porque este es el conocimiento que produce vida, que produce realidad en nosotros; si no, viviremos solamente una ilusión, viviremos un engaño!

Después dice: «*...y pelead por vuestros hermanos, por vuestros hijos, por vuestras hijas, por vuestras mujeres y por vuestras casas*». Dos puntos aquí: primero, el verbo *pelead*. Fijense muy bien, hermanos. ¿Qué está ocurriendo en la escena en el contexto aquí? Venían enemigos que querían destruir los muros que estaban siendo reconstruidos. Sin embargo, la orden de Nehemías en su arenga al pueblo, no fue: «*Pelemos para que no nos boten los muros*». No dijo: «*Tenemos que pelear por Jerusalén, tenemos que pelear por estos muros*». No dijo así. ¿Qué dijo? «*Pelead por vuestras familias*».

Entonces, ¿qué estamos reconstruyendo? En el fondo, ¿aquello era solamente una ciudad con muros? No. ¿Estaba en peligro, en ese momento, la ciudad amurallada? No. Nehemías vio mucho más allá, por el Espíritu del Señor. Vio que lo que estaba en peligro no eran los muros, no eran las piedras. Estaba en peligro la familia; porque si no, no se entiende que él diga: «*Pelead por vuestros hermanos, por vuestros hijos, por vuestras hijas, por vuestras mujeres y por vuestras casas*».

Hermanos, es muy interesante que aquí se desglose esto, porque a veces nos cuesta entender también a nosotros. Pero aquí está claro. Si yo preguntara diciendo: «¿Por qué tiene que pelear usted hoy día, mi hermano?», podríamos responder esto, que tiene directa relación con Efesios 6:12: «*Porque no tene-*

mos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes». Tenemos una pelea que dar. A veces no nos damos cuenta, a veces pareciera ser que todo marcha tan bien, y eso nos hace olvidar que hay una lucha desatada en los cielos.

Yo les decía esto a los hermanos en Chol-Chol, a los padres: Hay alguien más, aparte de ustedes como padres, y del Señor, que también quiere a tus hijos. Hay una persona que no los quiere para bien. ¿Y, sabes qué?, él va a luchar por conseguirlos. En muchos casos pareciera ser que los padres se han dado por vencidos, han dejado de luchar por los hijos. Pareciera ser que el enemigo ya ganó esa batalla. Entonces, nuestras oraciones cesan; ya no oramos como antes.

Hermano amado, tú tienes un Señor que nunca ha perdido una batalla; con tu hijo tampoco la perderá. Pero, ¿de qué depende? De que estemos ligados a la Cabeza. ¡Oh, hermano, si estamos unidos a Cristo, él lo hará; él lo traerá y él lo sentará a tu lado aquí en la reunión, y alabarán juntos al Señor! ¡Hermanos, pelead por vuestros hermanos, por vuestros hijos y por vuestras hijas!

¿Preocupación o angustia?

Hermanos, hay una diferencia fundamental entre la angustia y la preocupación. Son dos conceptos que a veces manejamos y los hacemos sinónimos. Y decimos que estamos preocupados por algo cuando hay una preocupación en nuestro corazón con respecto a algún asunto. Sin embargo, hay una diferencia semántica entre estas dos palabras.

¿Qué es la preocupación? La preocupación tiene una cualidad, y esa cualidad es que dura un breve tiempo. Entonces, yo digo, por ejemplo: «Estoy preocupado por el hermano que no viene desde hace dos domingos a reunión». Estoy preocupado. Pero, cuando lo veo en la tercera reunión, la preocupación se va. «Ah, apareció. ¡Qué bueno!». Pero, ¿qué es la angustia? Es distinto. La angustia es un dolor intenso y profundo. La angustia, a diferencia de la preocupación, no se va tan luego, permanece.

Ahora, yo pregunto: ¿Qué creen ustedes que sintió Nehemías en el capítulo 1, con respecto a Jerusalén? ¿Preocupación o angustia? Si Nehemías hubiese sentido solo preocupación, sí, hubiese orado, hubiese ayunado uno o dos días, y después se le hubiese pasado, porque se hubiese afanado en sus quehaceres, y se hubiese olvidado. Tal vez, unos dos meses más tarde hubiese venido de nuevo la misma preocupación. Pero su corazón no se preocupó, sino que se angustió. Hubo un dolor profundo en su corazón, del cual no podía zafarse.

Hermanos, ¿por qué nos estamos angustiando nosotros hoy día? ¿Nos estamos angustiando por lo que Dios quiere que nos angustiemos? ¿O, por las cosas de Dios, hay solo una preocupación? Yo creo que lo que Dios quiere es que su iglesia, en este tiempo, se angustie; porque solo desde la angustia, el Señor puede restaurar las cosas. No de una oración ‘preocupada’, sino de una oración que nace de un corazón angustiado. ¡Angustiémonos por nuestros hijos, angustiémonos por nuestras hijas, angustiémonos por nuestras esposas, por nuestros esposos! ¡Haya una angustia en nuestra oración!

¿Sabe lo que le conviene a mi esposa? Que yo muera, y me voy a angustiar por eso. No una angustia que llame a la desesperación, sino una angustia del Señor, la angustia que nace de su corazón, hasta que Cristo sea formado en nosotros. Pablo dice: «*Hijitos míos, por los cuales vuelvo a sufrir dolores de parto hasta que Cristo sea formado en vosotros*».

¿Nos vamos solo a preocupar por el hermano que no vino? No, nos vamos a angustiar. «Hermano, ¿pero cómo, tan exagerado?». Hermano amado, yo creo, en mi corazón, que este tiempo que vivimos no da para otra cosa. Si tú ves las noticias y ves la realidad, vemos cómo está el mundo, cómo Satanás ha ejercido tal influencia en la sociedad, en los jóvenes. ¿No es para angustiarse? Sí, es para angustiarnos, para que vivamos de rodillas, para que vivamos pidiendo al Señor.

Hermanos, que el Señor ponga su carga en nuestros corazones. No solamente preocupémonos – *angustiémonos*. Esa angustia, te lo aseguro, te va a llevar al cuarto secreto, a orar al Señor. Entonces, todo lo que hemos dicho tendrá cumplimiento, si solo cumplimos este requisito – si estamos ligados a Cristo. Si estamos unidos a Cristo, esto será una realidad en nosotros.

Que vivamos siempre unidos a nuestra Cabeza, que no sea solo una proclama. Que no sea solo andar espiritualmente hinchados de conocimientos, de lo que sabemos de las Escrituras. Hermanos, el solo conocimiento de las cosas no nos sirve de nada. Nos sirve la realidad de las cosas, y el Señor quiere llevar a todas las iglesias a la realidad. ¡Gloria al Señor!

Álvaro Astete

(Transcripción de un mensaje impartido en Temuco, en agosto de 2011)

Nada fue suyo

Nació en un establo prestado. No tuvo un hogar que pudiera llamar suyo. Celebró su última cena en un aposento prestado. Entró en Jerusalén cabalgando en un asno prestado. Fue crucificado en una cruz prestada y enterrado en un sepulcro prestado.

Billy Graham, en *El mundo en llamas*

El salón de belleza

Existe en un palacio ruso un famoso «salón de belleza», que tiene en sus paredes más de 850 retratos de jóvenes doncellas. Esos cuadros fueron pintados para Catalina II, emperatriz rusa, por el conde de Rotari. Para encontrar sus modelos, el artista hizo un viaje a través de 50 provincias de ese vasto imperio del norte.

Se dice que en los soberbios retratos que cubren las paredes de esa sala, existe un elogio medio oculto y medio revelado a la noble protectora del artista. En cada uno de esos retratos, el observador atento puede percibir detalles que recuerdan de forma velada a la emperatriz para quien fueron pintados los retratos. En uno, se sugiere una característica de Catalina, en otro, alguna actitud, algún gesto, algún adorno o ambiente favorito, alguna joya, modelo, flor, manera de vestir, o modo de vida, algo peculiar o característico de la emperatriz – de modo que las paredes del salón están cubiertos con tributos silenciosos a su belleza o elogios a su buen gusto. Cuán ingenioso e inventivo es el espíritu de adulación humana cuando procura glorificar a un ente humano mortal, quebrando su fracso de pródiga alabanza a los pies de un monarca terreno.

La palabra de Dios es una galería de cuadros adornada con homenajes al bendito Cristo de Dios, el Salvador del ser humano. Aquí, un retrato profético del Mesías; allí, un retrato histórico de Aquel

que vino; más allá, un sacrificio tipológico; en otro lugar, el Cordero ensangrentado, a quien todos los sacrificios anunciaban; aquí, un individuo o un episodio que prefiguraba a la mayor de todas las personas y los acontecimientos que son los puntos convergentes de la historia; allí, una parábola, un poema, una lección objetiva y más adelante, una sencilla narración, exposición o explicación, que llena con significado divino los misterios que estuvieron ocultos por siglos, esperando por la clave que los revelaría. Pero cualquiera que fuese la forma o el modelo, el aspecto del hecho o la imagen, profecía o historia, parábola o milagro, tipo o antitipo, alegoría o narración, un ojo atento puede encontrarlo por todas partes – el Mesías señalado por Dios, el Cristo, el Ungido de Dios.

No existe gracia humana que no haya sido una débil predicción o reflejo de Su belleza, en Quien toda la gracia fue conservada y exaltada – no existe virtud que no sea una nueva muestra de su atractivo. Todo lo que es glorioso no pasa de ser un aspecto de Su infinita excelencia, y de este modo toda la verdad y santidad, que se encuentran en la Santa Escritura, son solo un nuevo tributo a Él, que es la Verdad, el Santo de Dios.

Este lenguaje no es ninguna exageración; en tal tema no sólo es imposible la exageración, sino que la máxima expresión de la lengua humana queda infinitamen-

te por debajo de su valor divino, ante cuya gloria indescriptible los querubines y serafines sólo pueden inclinarse, cubriendo sus rostros y sus pies. Cuanto más nos acercamos al trono mismo donde tal majestad se sienta, más somos sobrecogidos hasta el silencio. Cuanto más conocemos de él, menos parecemos saber, porque más infinito e ilimitado parece lo que queda por ser conocido. Nada

es tan visible como sello de Dios sobre la palabra escrita, como el hecho de que por todas partes, de Génesis a Apocalipsis, podemos encontrar al Cristo; y nada más pone el sello de Dios sobre la Palabra viva que el hecho de que Él solo explica y revela las Escrituras.

*Tomado del libro «In Christ Jesus»,
de Arthur Pierson.*

iNada, sino la sangre de Jesús!

Una noche en un servicio de iglesia, una mujer joven sintió el toque de Dios en su corazón. Ella respondió al llamado de Dios y aceptó a Jesús como su Señor y Salvador. Ella tenía un pasado muy oscuro, por los efectos del alcohol, las drogas y la prostitución. Sin embargo, el cambio en ella fue evidente.

Con el tiempo, ella llegó a ser un miembro fiel de la iglesia, y se involucró en el servicio de enseñar a los niños. No pasó mucho tiempo hasta que la joven captó la mirada y el corazón del hijo del pastor. La relación creció y ambos comenzaron a hacer planes de boda. Allí fue cuando los problemas comenzaron.

Cerca de la mitad de la iglesia no creía que una mujer con un pasado como aquél fuera apropiada para el hijo de un pastor. La iglesia comenzó a discutir y a contender sobre la materia. Entonces decidieron tener una reunión. Allí, las discusiones aumentaron las tensiones, y la reunión se hizo caótica. La joven se estremeció por todas las cosas que salían a luz acerca de su pasado. Cuando ella comenzó a llorar, el hijo del pastor se puso en pie para hablar.

El joven no podía soportar el dolor que aquello estaba causando a su prometida. Él comenzó a hablar y su declaración fue ésta: "Lo que está en juicio aquí no es el pasado de mi novia. Lo que ustedes están cuestionando es la capacidad de la sangre de Jesús para lavar el pecado. Ustedes han puesto hoy la sangre de Jesús en tela de juicio. Así, pues, ¿ella lava el pecado o no?".

La iglesia entera comenzó a llorar cuando ellos comprendieron que habían menospreciado la sangre del Señor Jesucristo.

Demasiado a menudo, aun como cristianos, retomamos el pasado y lo utilizamos como arma contra nuestros hermanos y hermanas. El perdón es una parte fundamental del evangelio del Señor Jesucristo. Si la sangre de Jesús no ha limpiado a la otra persona completamente, entonces tampoco puede limpiarnos a nosotros totalmente. Si ese es el caso, entonces estamos TODOS en un gran problema.

Pregúntese: "¿Qué puede lavar mis pecados?". Nada, sino la sangre de Jesús. ¡Este es el fin del caso! Todos nosotros necesitamos este mensaje. Dios perdona total e incondicionalmente.

Dave Griffith, citado en Christianity Today

Colosenses

Una visión sumaria de la grandiosa epístola.

Los santos en Colosas habían comenzado bien, y su progreso había sido bueno, pero estaban en peligro de ser desviados del Señor viviente y del caminar que resulta de la ocupación del alma con él, por la entrada de las doctrinas judaizantes y las filosofías de los gentiles. El apóstol les revela en formas ricas y variadas la plenitud y la suficiencia de Cristo que es el correctivo divino de ese mal.

En esta epístola, el apóstol dice que a él le fue dado el ministerio especial de «*anunciar cumplidamente la palabra de Dios*» (Col. 1:25), «completar» la revelación de Dios. A él le fue dado revelar, por su ministerio, el más alto de los misterios divinos.

La revelación de Dios brilla más alto a medida que avanza el progreso de las dispensaciones.

Aquí Cristo es visto como la Cabeza y la plenitud de su cuerpo que es la iglesia, integrada por un llamado hacia afuera de judíos y de gentiles, para llegar a ser compañeros miembros de Cristo y coherederos de la gloria. Estos habían sido los secretos del corazón de Dios desde el principio, los más profundos de todos sus consejos de gracia, pero ahora ellos son exteriorizados.

Esta consumación dio carácter especial al ministerio de Pablo. Él fue un ministro del evangelio y también de la iglesia (Col. 1:23-25), y ésta es la última y más elevada revelación de Dios, la más rica en todos los consejos de su gracia.

Colosenses 2 dice cómo el poder de la cruz ha reunido todo, que el santo es como uno que ha muerto, y así es liberado de esa esfera en la cual el pecado y la carne tienen su dominio.

Como Eva fue la última de todas las obras maravillosas de Dios en la primera creación, así la mujer aquí, el complemento del hombre (Ef. 1: 23), es la corona de toda su obra en gracia, la novia de Apocalipsis 21, que estará en gloria.

Y esta gracia multiforme en todas sus riquezas ahora es manifestada ante principados y potestades en los lugares celestiales, que oyen en maravilloso silencio la historia de esa gracia que este llamamiento de la iglesia ahora está ensayando.

En Colosenses 1, las glorias de Cristo brillan en toda su plenitud. Él es preeminente por todas partes. Su señorío y su plenitud permanecen prominentes, y son dirigidos especialmente a los santos que componen este cuerpo, la iglesia.

Colosenses 2 dice cómo el poder de la cruz ha reunido todo, que el santo es como uno que ha muerto, y así es liberado de esa esfera en la cual el pecado y la carne tienen su dominio. Por lo tanto, ellos no son (sujetándose a preceptos) como hombres que todavía viven en el mundo (verso 20). El «*crecimiento que da Dios*», que es la fuente de su alimento (verso 19), es celestial y no de las filosofías de la tierra; es espiritual, no de ordenanzas carnales, y Cristo es en ellos la esperanza de gloria.

Colosenses 3 nos habla de un pueblo levantado con Cristo, que es Cabeza y carácter de una nueva creación. Como tales, ellos deben buscar las cosas de arriba, y su conducta debe concordar con su llamamiento, que provee el poder para

tal trayectoria. Los preceptos de este capítulo testimonian el llamado celestial y carácter de los santos, porque expresan la virtud moral que está en la doctrina, de modo que ellos la glorifiquen.

La audacia que debe marcar el camino de los santos es estar de acuerdo con su posición celestial: es la osadía adecuada a la dispensación. En épocas anteriores habría sido deshonesto para un judío comer con un gentil; ahora todos son uno en Cristo, y el único Espíritu de Quien se deriva todo fruto lo impregna todo.

Colosenses 4. Las relaciones terrenales así como los impulsos de la conducta moral, deben ser todas purificadas y gobernadas por estas verdades celestiales que moran y que operan en los santos. Los siervos rinden su servicio al Señor y el maestro halla su patrón y ejemplo en su «Maestro celestial». Todo esto honra la doctrina de la epístola, y en las manos del Espíritu está la expresión de su virtud moral.

J.G. Bellet (1795-1864)

*Escritor y teólogo asociado al movimiento
Plymouth Brethern.*

Jesucristo en español

Bill Irwin, un amigo mío que es ciego, tiene un computador que habla en inglés, el cual usa para estudiar la Biblia. Hill se ha tenido que reír de la forma en que el computador pronuncia algunas palabras. "Durante mucho tiempo -me dijo Bill- el computador pronunciaba mal las palabras "Santa Biblia", hasta que averigüé cómo modificarla". Pero hubo una cosa que Hill nunca pudo cambiar. El computador pronuncia la palabra "Jesucristo" en español. "El programador era hispano -dijo Bill con una sonrisa- y se aseguró de que "Jesucristo" no se pudiera alterar nunca".

Eso me gusta. Me recuerda que entre las cosas de la vida que se pueden cambiar para acomodarse a mi gusto hay una que siempre resistirá las alteraciones. No puedo cambiar a Jesucristo.

DCM, en Nuestro Pan Diario

Toda plenitud en Cristo

Una mirada del Príncipe de los Predicadores
a la gloria de Cristo.

«Por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud» (Col.1:19).

Hay aquí dos palabras poderosas: «*plenitud*», una palabra que es en sí misma sustancial, exhaustiva y expresiva, y «*toda*», una gran palabrita que lo incluye todo. Cuando se combinan en la expresión «*toda plenitud*», tenemos ante nosotros una superlativa riqueza de significado.

Bendito sea Dios por esas dos palabras. Nuestros corazones se gozan al pensar que existe tal cosa en el universo como «*toda plenitud*», pues en la mayor parte de las búsquedas entre los mortales se encuentra una completa esterilidad. «Vanidad de vanidades, todo es vanidad».

Bendito sea el Señor eternamente porque ha provisto una plenitud para nosotros, pues en nosotros, por naturaleza, todo es vacío y completa vanidad. «En mí, esto es, en mi carne, no mora el bien». En nosotros hay una carencia de todo mérito, una ausencia de todo poder para alcanzar cualquier mérito, e incluso una ausencia de voluntad para alcanzarlo si pudiéramos.

En referencia a estas cosas, la naturaleza humana es un desierto vacío, estéril y desolado, habitado únicamente por el dragón del pecado y el avetoro de la aflicción.

Pecador, santo, para ustedes dos por igual estas palabras «*toda plenitud*» suenan como un himno santo. Los acentos son dulces como aquéllos del ángel mensajero cuando cantó: «He aquí os doy nuevas de gran gozo». ¿No les parece que son notas extraviadas de sonetos celestiales?

Cristo es sustancia y no una sombra, es plenitud, y no un anticipo. Estas son buenas nuevas para nosotros pues nada resolverá nuestro caso, excepto realidades.

Los tipos pueden instruir, pero no pueden salvar en la realidad. Los modelos de las cosas en los cielos son demasiado débiles para adecuarse a nuestro caso; necesitamos las propias cosas celestiales. Ni el pájaro sangrante, ni el novillo sacrificado, ni el torrente corriente, ni la lana escarlata ni el hisopo, podrían quitar nuestros pecados—

«Ninguna forma externa podría limpiarme, la lepra está arraigada profundamente adentro».

Las ceremonias eran preciosas bajo la antigua dispensación porque exponían las realidades que habrían de ser reveladas, pero en Cristo Jesús nosotros tratamos con las realidades mismas, y esta es una feliz circunstancia para nosotros,

pues tanto nuestros pecados como nuestras aflicciones son reales, y únicamente las misericordias sustanciales pueden contrarrestarlos. En Jesús tenemos la sustancia de todo lo que los símbolos exponen. Él es nuestro sacrificio, nuestro altar, nuestro sacerdote, nuestro incienso, nuestro tabernáculo, nuestro todo en todo. La ley tenía «la sombra de los bienes venideros», pero en Cristo tenemos «la imagen misma de las cosas» (Heb. 10: 1). ¡Qué embelesamiento es éste para aquéllos que sienten tanto su vacío que no podrían ser consolados por la mera representación de una verdad, o por el modelo de una verdad, o por el símbolo de una verdad, sino que tienen que tener la sustancia misma! «Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo» (Juan 1:17).

¡Qué gozo nos proporcionan estas palabras cuando recordamos que nuestras inmensas necesidades exigen una plenitud, sí, «*toda* plenitud» para poder ser provistas! Una pequeña ayuda no nos serviría de nada, pues estamos completamente sin fuerzas. Una medida limitada de misericordia sólo serviría de escarnio para nuestra miseria. Un escaso grado de gracia no será nunca suficiente para llevarnos al cielo, manchados como estamos de pecado, asediados de peligros, anegados en debilidades, asaltados por tentaciones, molestados por aflicciones, y acarreado todo el tiempo con nosotros «este cuerpo de muerte». Pero puesto que se trata de «*toda* plenitud», será adecuada para nosotros. Aquí tenemos exactamente lo que nuestro desesperado estado exige para su recuperación.

Si el Salvador solo hubiera extendido Su dedo para ayudar a nuestros esfuerzos, o si solo hubiera extendido Su mano para llevar a cabo una porción de la obra de salvación, dejándonos que la completáramos nosotros, nuestra alma habría morado para siempre en tinieblas.

En estas palabras, «*toda* plenitud», oímos el eco de su clamor de muerte: «Consumado es». No tenemos que traer nada, sino que encontramos todo en él, sí, toda la plenitud en él: hemos de tomar simplemente de su plenitud gracia sobre gracia. No se nos pide que contribuyamos, ni se requiere de nosotros que solventemos las deficiencias, pues no hay deficiencias que solventar: todo, absolutamente todo recae en Cristo. Todo lo que necesitaremos entre este lugar y el cielo, todo lo que pudiéramos necesitar entre las puertas del infierno, donde yacíamos en nuestra sangre, y las puertas del cielo, donde encontraremos admisión, está atesorado para nosotros en el Señor Cristo Jesús—

*«Grandioso Dios,
los tesoros de Tu amor son minas eternas,
profundas como nuestras impotentes miserias,
e ilimitadas como nuestros pecados».*

La expresión usada aquí denota que hay en Jesucristo la plenitud de la Deidad, como está escrito: «En él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad». Cuando Juan vio al Hijo del Hombre en Patmos, las señales de la Deidad estaban sobre Él. «Su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana»: allí estaba su eternidad; «sus ojos como llama de fuego»: allí estaba su omnisciencia; «de su boca salía una espada aguda de dos filos»: aquí estaba la omnipotencia de su palabra; «y su ros-

tro era como el sol cuando resplandece en su fuerza»: aquí estaba su gloria infinita e inalcanzable. Él es el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último. Por esta razón, nada es demasiado difícil para él.

Poder, sabiduría, verdad, inmutabilidad y todos los demás atributos de Dios están en él, y constituyen una plenitud inconcebible e inextinguible.

El intelecto más desarrollado sería necesariamente incapaz de entender la plenitud personal de Cristo como Dios; por tanto no haremos más que citar de nuevo ese noble texto: «En él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, y vosotros estáis completos en él».

Además, la plenitud habita en nuestro Señor no sólo intrínsecamente, porque proviene de Su naturaleza, sino como resultado de Su obra mediadora.

Él alcanzó por el sufrimiento una asombrosa plenitud que también poseía por naturaleza. Él llevó sobre sus hombros el peso de nuestro pecado; él expió por su muerte nuestra culpa, y ahora tiene con el Padre un mérito infinito, inconcebible, una plenitud de merecimiento.

El Padre ha atesorado en Cristo Jesús, como en un depósito a ser usado por todo su pueblo, su amor eterno y su gracia ilimitada, para que los recibamos a través de Cristo Jesús, y le glorifiquemos por ello. Todo poder ha sido entregado en sus manos, y la vida, y la luz y la gracia están enteramente a su disposición. «El que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre». Tomó dones para los hombres; sí, también para los rebeldes.

Él es poseedor del cielo y de la tierra, no únicamente como el Dios fuerte, el Padre eterno, y por ello está lleno de toda plenitud, sino también en razón de que como el Mediador, ha consumado nuestra redención: «El cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención». Gloria sea dada a su nombre por esta doble plenitud.

Den nuevamente un giro al pensamiento y recuerden que en Cristo habita toda plenitud *para con Dios y para con los hombres*. Toda plenitud para con Dios: me refiero a todo lo que Dios requiere del hombre; todo lo que contenta y deleita a la mente eterna, de tal manera que una vez más, con complacencia, él puede mirar a su criatura y declararla: «buena en gran manera».

El Señor buscó uvas en su viña, pero solo produjo uvas silvestres; pero ahora en Cristo Jesús, el grandioso Labrador contempla la verdadera viña que produce mucho fruto. El Creador requería obediencia, y contempla en Cristo Jesús al siervo que no ha fallado nunca en el cumplimiento de la voluntad del Señor. La justicia requería que la ley fuese guardada y, he aquí, el fin de la ley es Cristo para justicia a todo aquel que cree. Viendo que nosotros habíamos quebrantado la ley, la justicia exigía que soportáramos el justo castigo, y Jesús lo soportó hasta el límite, pues inclinó su cabeza a la muerte, y muerte de cruz. Cuando Dios hizo al hombre poco menor que los ángeles, y sopló en su nariz el aliento de vida, haciéndolo así inmortal, tenía el derecho de esperar un servicio singular proveniente de una criatura tan favorecida, un servicio perfecto, gozoso, continuo; y

nuestro Salvador ha prestado al Padre eso que lo contenta perfectamente, pues clama: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia». Dios es más glorificado en la persona de su Hijo de lo que habría sido glorificado por un mundo caído. A lo largo del universo entero refulge una exhibición de infinita misericordia, de justicia y sabiduría, que ni la majestad de la naturaleza ni la excelencia de la providencia habrían podido revelar. Su obra, en la estimación de Dios, es honorable y preciosa; por causa de Su justicia, Dios está muy complacido.

La mente eterna está satisfecha con la persona, con la obra y con el sacrificio del Redentor, pues «del Hijo dice: Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo; cetro de equidad es el cetro de tu reino. Has amado la justicia, y aborrecido la mal-

con lo cual pudiéramos presentarnos delante del Dios Altísimo, todavía podríamos estarnos preguntando: «¿Habré de presentarme delante de él con holocaustos, con becerros de un año? ¿Se agrada a Jehová de millares de carneros, o de diez mil arroyos de aceite?».

Pero ahora escucha la voz que dice: «Sacrificio y ofrenda y holocaustos y expiaciones por el pecado no quisiste, ni te agradaron», y oímos que la misma voz divina agrega: «He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad», y nos regocijamos al recibir el testimonio del Espíritu, diciendo: «En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre», pues de ahora en adelante se dice: «Nunca más me acordaré de sus pecados y transgresiones».

La plenitud de Cristo es también *para con el hombre*, y eso se refiere tanto al pecador como al santo. Hay una plenitud en Cristo Jesús que el pecador que está buscando debería contemplar con gozo.

Pecador, ¿qué necesitas? Tú necesitas todas las cosas, pero Cristo lo es todo. Tú necesitas poder para creer en él: Él da poder al desfallecido. Tú necesitas el arrepentimiento: Él fue exaltado en lo alto para dar arrepentimiento así como remisión de pecado. Tú necesitas un nuevo corazón: el pacto conlleva ese sentido: «Y les daré un corazón, y un espíritu nuevo pondré dentro de ellos». Tú necesitas perdón: mira las heridas sangrantes, lávate y sé limpio. Tú necesitas sanar: Él es «Yo soy Jehová tu sanador». Tú necesitas un vestido: Su justicia se convertirá en tu vestido. Tú necesitas ser preservado: tú serás preservado en él. Tú

**No hay ninguna
necesidad en nuestro
espíritu que no sea
abundantemente
provista en toda la
plenitud de Jesucristo.**

dad, por lo cual te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría más que a tus compañeros» (Heb. 1:8, 9).

Cuán indecibles consolaciones surgen de esta verdad, pues, queridos hermanos, si tuviéramos que rendirle a Dios algo mediante lo cual fuésemos aceptados, siempre estaríamos en peligro; pero como ahora somos «aceptos en el Amado», estamos seguros más allá de todo peligro. Si tuviéramos que encontrar algo

necesitas vida, y Él ha dicho: «Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo». Él ha venido para que tengamos vida.

Tú necesitas..., pero, en verdad, el catálogo sería demasiado largo si lo leyéramos de principio a fin en este momento, pero puedes tener la seguridad de que aunque apilaras tus necesidades hasta que se alzasen como los Alpes delante de ti, el todo suficiente Salvador puede suplir todas tus necesidades.

Puedes cantar con confianza—

*«Tú, oh Cristo, eres todo lo que necesito,
y encuentro en Ti más que todo eso».*

Esto es válido para el santo tanto como para el pecador.

Oh, hijo de Dios, tú eres salvo ahora, pero tus necesidades no quedan suprimidas por eso. ¿Acaso no son tan continuas como los latidos de tu corazón? ¿Cuándo dejamos de estar necesitados, hermanos míos? Entre más vivos estemos para Dios, estamos más conscientes de nuestras necesidades espirituales.

Aquel que está «ciego y desnudo» se considera «rico y que se ha enriquecido», pero cuando la mente ha sido verdaderamente iluminada, entonces sentimos que somos completamente dependientes de la caridad de Dios.

Debemos estar alegres, entonces, al aprender que no hay ninguna necesidad en nuestro espíritu que no sea abundantemente provista en toda la plenitud de Jesucristo. Tú buscas una plataforma más elevada de logros espirituales, te propones vencer al pecado, deseas dar abundantes frutos para Su gloria, estás anhelando ser útil, estás ansioso por so-

meter los corazones de los demás a Cristo; contempla la gracia necesaria para todo ello. Contempla en la sagrada armería del Hijo de David, Su hacha de combate y Sus armas de guerra; en los depósitos de Aquel que es más grande que Aarón, mira las vestiduras con las cuales has de cumplir tu sacerdocio; y en las heridas de Jesús contempla el poder con el cual puedes convertirte en un sacrificio vivo. Si quieres refulgir como un serafín, y servir como un apóstol, contempla la gracia que te espera en Jesús.

Si quieres ir de poder en poder, y escalar las cumbres más elevadas de la santidad, contempla una gracia sobre otra, preparadas para ti. Si experimentas la estrechez, no la experimentarás en Cristo; si hubiese algún límite para tus santos logros, ese límite estaría establecido por ti mismo.

El propio Dios infinito se entrega a ti en la persona de Su amado Hijo y te dice: «Todo es vuestro». «Jehová es la porción de tu herencia y de tu copa». La infinitud es nuestra. Aquel que nos dio a Su propio Hijo, nos ha dado en ese preciso acto todas las cosas. ¿Acaso no ha dicho: «Yo soy Jehová tu Dios, que te hice subir de la tierra de Egipto; abre tu boca, y yo la llenaré?»

Permítanme comentarles que esto es cierto no solo en referencia a los santos en la tierra, sino que es cierto también en cuanto a los santos en el cielo, pues toda la plenitud de la iglesia triunfante está en Cristo, así como también la plenitud de la iglesia militante.

Incluso los santos que están en el cielo no son nada sin Él. El río puro de agua de vida del cual beben, procede del tro-

no de Dios y del Cordero. Él los ha hecho sacerdotes y reyes, y ellos reinan en Su poder. El Cordero es el templo del cielo (Ap. 21:22), la luz del cielo (Ap. 21:23), Su boda es el gozo del cielo (Ap. 19:7), y el cántico de Moisés, el siervo de Dios y el cántico del Cordero, es el cántico del cielo (Ap. 15: 3).

Ni siquiera todas las arpas en lo alto podrían conformar un lugar celestial si Cristo no estuviera, pues él es el cielo de los cielos, y llena todo en todo. Agradó al Padre que toda la plenitud fuera atesorada en Cristo Jesús para todos los santos y los pecadores.

Yo siento que mi texto me sobrecoge. Los hombres pueden navegar alrededor del mundo, ¿pero quién podría circunnavegar un tema tan vasto como éste? Tan lejos como el este está del oeste, así de amplio es su alcance de bendición –

*«Los filósofos han medido los montes,
han calculado las profundidades de mares,
de estados y reyes;
han caminado con un báculo al cielo
y rastreado las fuentes;
pero hay dos vastas cosas espaciales,
que nos incumbe medir más,
pero hay pocos que las sonden:
la Gracia y el Amor».*

¿Quién es aquél que sería capaz de expresar todo el significado de nuestro texto? Pues aquí tenemos «toda» y «plenitud», todo en plenitud y una plenitud en todo.

Las palabras son tanto exclusivas como inclusivas. Niegan que haya una plenitud en cualquier otra parte, pues reclaman todo para Cristo. Dejan fuera a todos los demás. «Agradó al Padre que *en él* habitase *toda* plenitud». No es en ustedes, pretendidos sucesores de los apóst-

toles, donde pudiera habitar cosa alguna que yo necesito. Puedo pasármela muy bien sin ustedes; es más, yo no insultaría a mi Salvador negociando con ustedes, puesto que como «toda plenitud» habita en él, ¿qué podría haber en ustedes que yo pudiera requerir? Recurren a sus 'incautos' que no conocen a Cristo, pero quienes poseen las sumas riquezas de la gracia de Cristo no se inclinan ante ustedes. Nosotros estamos «completos en Cristo» sin ustedes. Aquel que tiene todo en Cristo estaría loco en verdad si buscara algo más, o teniendo la plenitud, ansiara el vacío. Este texto nos aparta de toda confianza en los hombres, sí, o incluso en los ángeles, haciéndonos ver que todo está atesorado en Jesucristo.

Hermanos, si hay algo bueno en el ritualismo religioso, o en las modernas novedades filosóficas, que los fanáticos de esas religiones se queden con lo que encuentren ahí; nosotros no los envidiamos, pues no podríamos encontrar nada digno de obtenerse en sus formas de adoración o de creencia que sea diferente de lo que ya tenemos en la persona del todo suficiente Salvador.

¡Qué importa que sus velas brillen radiantemente, pues el sol mismo es nuestro! ¡Qué importa que sean sucesores de los apóstoles pues nosotros seguimos al Cordero mismo dondequiera que va! ¡Qué importa que sean sumamente sabios, pues nosotros habitamos con la propia Sabiduría encarnada! Déjenlos que vayan a sus cisternas, ya que nosotros nos atendremos a la fuente de agua viva. Pero en verdad no hay ninguna luz en sus luminarias; lo único que hacen es incrementar la oscuridad; son líderes cie-

gos de los ciegos. Ponen sus vacíos resonantes en competencia con la plenitud de Jesús, y predicán otro evangelio, que no es otro. La imprecación del apóstol sea sobre ellos. Ellos agregan a las palabras de Dios, y él les añadirá sus plagas.

A la vez que el texto es exclusivo es también inclusivo. Encierra todo lo que todos los comprados con sangre requieren para el tiempo y para la eternidad. Es un arca que contiene todas las buenas cosas concebibles, sí, y muchas cosas que son todavía inconcebibles, pues en razón de nuestra debilidad no hemos concebido todavía la plenitud de Cristo. Él es capaz de dar abundantemente cosas que ustedes no han pedido todavía y en las que ni siquiera han pensado. Aunque ustedes llegaran a la consagración de los mártires, a la piedad de los apóstoles y a la pureza de los ángeles, todavía no habrían visto nunca ni habrían sido capaces de pensar en algo puro, amable y de buen nombre, que no estuviera atesorado ya en Cristo Jesús. Todos los ríos fluyen a este mar, pues de este mar provi-

nieron. Así como la atmósfera rodea a toda la tierra, y todas las cosas viven en ese mar de aire, así también todas las cosas buenas están contenidas en la bendita persona de nuestro amado Redentor. Unámonos para alabarle. Exaltémosle con voz y corazón, y que los pecadores sean reconciliados con Dios por él. Si todas las cosas buenas que un pecador requiere para hacerlo aceptable para con Dios están en él, entonces el pecador debe venir de inmediato a través de ese Mediador. Las dudas y los temores han de desvanecerse a la vista de la plenitud de la mediación.

Jesús tiene que ser capaz de salvar al grado máximo, puesto que toda plenitud habita en Él. Ven, pecador, ven y recíbelo. Cree en Él y te encontrarás hecho perfecto en Cristo Jesús —

«En el instante en que un pecador cree, y confía en su Dios crucificado, recibe de inmediato Su perdón, la plena redención por medio de Su sangre».

*C.H. Spurgeon (1834-1892)
Predicador inglés (fragmento)*

Al otro lado

Un hombre enfermo se volvió a su doctor, mientras éste se preparaba para salir de la sala de examen y dijo: "Doctor, yo temo que voy a morir. Dígame qué hay al otro lado".

Muy tranquilamente, el doctor dijo: "No sé".

"¿Usted no sabe? ¿Usted, un hombre cristiano, no sabe qué hay al otro lado?", dijo el hombre.

El doctor sostenía la manilla de la puerta, del otro lado de la cual vino el sonido de un rasguño y un gimoteo, y cuando él abrió la puerta, un perro irrumpió en la sala y saltó sobre él con una ansiosa muestra de alegría.

Volviéndose al paciente, el doctor dijo: "¿Vio usted a mi perro? Él nunca ha estado en esta pieza antes. Él no sabía qué había adentro. Él no sabía nada, salvo que su amo estaba aquí, y cuando la puerta se abrió, él saltó adentro sin miedo. Yo sé poco de lo que hay al otro lado de la muerte, pero sé una cosa: Mi Maestro está allí, y eso es suficiente".

Autor desconocido

Por él todas las cosas subsisten

Solo en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra tienen sentido.

Cuando Pablo declaró en Efesios que Cristo *«todo lo llena en todo»* y en Colosenses que *«Cristo es el todo, y en todos»*, él no estaba meramente dándonos frases piadosas; él estaba indicando el hecho firme y fundamental de la supremacía de Jesucristo. Cristo era todo para Pablo. A los corintios, él había escrito: *«Me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado»*. A los gálatas, él escribió: *«Dios prohíbe que me glorie, salvo en la cruz del Señor Jesucristo»*. A los efesios, escribió de Aquel que *«todo lo llena en todo»* y a los filipenses declaró: *«Para mí el vivir es Cristo»*.

Escribiendo a los Colosenses, él enfrentó un estallido de herejía, no tanto apuntando sus errores – aunque él hizo eso –, sino presentando al Señor Jesucristo como *«la imagen del Dios invisible»*, *«Cristo en vosotros, la esperanza de gloria»*, *«en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento»*, *«Cristo, nuestra vida»*, *«Cristo, el todo, y en todos»*.

Ha transcurrido un largo tiempo desde que Colosenses fue escrito, pero hay la misma tendencia a menospreciar a nuestro Señor. En sus pensamientos, millares de cristianos lo localizan ya sea en

Palestina un largo tiempo atrás, o a la diestra del Padre ahora. Uno piensa en el predicador que viene de regreso de un viaje a la tierra santa y que aburre a todos mencionándolo continuamente. Un viejo predicador observaba: *«¡Yo preferiría caminar con Cristo cinco minutos ahora que caminar cinco años donde él estuvo!»*. Necesitamos el panorama de la visión de Pablo para ver a Cristo en el pasado, en el presente y en el futuro. No es extraño ver tantos cristianos pálidos, enfermos, anémicos: no conocen al Cristo que tienen. Si Jesús es el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el autor y consumidor de nuestra fe, si por él todas las cosas subsisten, se sigue que todo se centra y converge en él.

Por él, la creación subsiste. *«Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él»* (Col. 1:16). ¿Cuántos cristianos piensan siempre en Cristo como Aquel en quien *«fueron creadas todas las cosas»*, como dice Colosenses; por quien *«todas las cosas fueron hechas»*, como escribe Juan; por quien Dios *«hizo el universo»*, como leemos en Hebreos? ¿Por qué Dios hizo el

universo, a fin de cuentas? Él lo hizo para que un día Cristo pueda ser el todo, y en todos, para que un día, desde el electrón más minúsculo al planeta más poderoso, todos puedan glorificar a Jesús.

Los científicos no pueden dar la razón del universo: Cristo es la razón. La creación ahora está sujeta a corrupción, pero un día exhibirá la gloria de Cristo, la esclavitud del pecado será rota, los hijos de Dios serán manifestados. Y Cristo no solo creó el universo, y es su objeto, sino que él ahora lo sostiene. La misma existencia de cada uno de nosotros, para no decir nada de nuestra salvación, depende de él. Sin él, el universo se desintegraría.

Por él, la redención subsiste. Para conformar a los hombres a la imagen de su Hijo, Dios dio a su Hijo. Y en ningún otro hay salvación.

Por él, el evangelio subsiste. El evangelio es simplemente las buenas nuevas de Jesús, a eso él vino, murió, y se levantó otra vez. No es un programa, un plan, una filosofía que salva, sino una Persona. Cabía a una Persona alcanzar a las personas, a una Vida alcanzar a las vidas. El evangelio es una cuestión personal: *«Él salvará a su pueblo de sus pecados»*. *«Si yo fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo»*.

Por él, la Biblia subsiste. Verdaderamente, vemos a Cristo a la luz de las Escrituras, porque son ellas las que atestiguan de él. Pero solo podemos ver las Escrituras a la luz de Cristo. Él es la llave de las Escrituras. En todas las Escrituras, él expuso a sus discípulos todas las cosas referentes a él. Todos los caminos conducen a él a través del Libro. Alguien

ha dicho que el Pentateuco nos da la prefigura de Cristo; los profetas, los anuncios de Cristo; los salmos, los sentimientos de Cristo; los evangelios, los hechos de Cristo; y las epístolas, los frutos de Cristo.

Por él, la iglesia subsiste. Dios *«lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo»* (Ef. 1:22-23). Estamos ligados a él, somos miembros de su cuerpo. Un cuerpo que se sustenta en sí mismo y no en Cristo es una monstruosidad, porque es un cuerpo sin cabeza.

Por él, la doctrina subsiste. Algunos cristianos se hacen discípulos de una frase en vez de una persona, pulsan sobre una sola cuerda y pasean a través de una cosa predilecta. Algunos se descuelgan por una tangente en la santificación, por ejemplo. Pero la santificación, en sentido estricto, no es solo una doctrina: Cristo es nuestra santificación (1ª Cor. 1:30). Spurgeon dice: *«La santidad no es el camino a Cristo; Cristo es el camino a la santidad»*. Mejor aún, Cristo es nuestra santidad.

Algunos hacen del Espíritu Santo el estandarte de un movimiento, pero el Espíritu no testifica de sí mismo, sino de Cristo (Juan 15:26). En ese pasaje clásico sobre el Espíritu, Juan 7:37-39, es Jesús quien está en el centro de la escena: *«Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado»*. Una supuesta experiencia del

Espíritu que fija la atención en sí mismo y no en Cristo, no es confiable.

Por él, la resurrección subsiste.

Jesús dijo a Marta: «*Tu hermano resucitará*». Ella dijo: «*Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero*». Marta era ortodoxa, pero ella necesitaba moverse desde lo doctrinal a lo personal. Entonces Jesús dijo: «*Yo soy la resurrección y la vida*». La resurrección es no algo a lo cual creer sino Alguien en quien creer.

Por él, la fe subsiste. Lo que importa no es la cantidad o la calidad, sino el objeto de nuestra fe. La fe que salva es la fe en Cristo, no meramente creer cosas sobre Cristo. El hombre con mayor valor es el hombre menos consciente de su valor, y el hombre con la mejor fe es el hombre menos consciente de su fe, pero más consciente de su Cristo.

Por él, toda la experiencia cristiana subsiste.

La vida cristiana es simplemente Cristo, el morar y el vivir de Cristo. «*Para mí el vivir es Cristo*». La vida victoriosa o la vida abundante o más profunda, como quieran llamarla, es solo Cristo, más de Cristo y menos de uno mismo. Él es nuestra vida, no solo un maestro de cómo vivir.

Por él, la separación subsiste.

Él es el gran Separador que vino, no a traer paz, sino espada, y él debe separarnos. La separación no es solo dejar las cosas; ella guía hacia Él fuera del campamento llevando su vituperio. Cuando él estuvo en la tierra, a menudo hubo una división de la gente a causa de él, y él todavía divide a los hombres hoy. Pero hay también aquellos que causan división entre nosotros; éstos deben ser detectados y evitados.

El punto principal acerca del regreso del Señor es el Señor. Algunos están mirando simplemente a algo a suceder, no a Alguien a venir. Nosotros no buscamos un programa de eventos sino a una Persona.

Por él, la comunión cristiana subsiste.

«*Nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su hijo Jesucristo*» (1ª Juan 1:3). Oí hablar de una iglesia con un letrero «JESUS ONLY» (Solo Jesús) en frente. Una noche, una tormenta arrancó las primeras letras y dejó «US ONLY» (Solo nosotros). Eso ha sucedido en muchas otras formas hoy. La base de la comunión es Cristo. Usted no puede tener a los santos juntos de ninguna otra manera. Algunos santos no tienen un testimonio, sino solo un argumento. El sello distintivo de la comunión verdadera es el «*amor a todos los santos*», que fluye de la «*fe en Cristo Jesús*» (Col. 1:4).

Sin duda, por él, el testimonio subsiste.

Nosotros somos sus testigos, no sus abogados. «*No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor*». Hay demasiado sermón y muy poco testimonio. La gente no viene a Cristo al final de una discusión. Simón Pedro vino a Jesús porque Andrés vino a él con un testimonio.

Por él, nuestro fruto subsiste.

«*El que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer*» (Juan 15:5). Lo que cuenta no es lo que es hecho para él, sino lo que es hecho por él. Me pregunto cuánta de nuestra actividad de iglesia realmente procede de él. Pensamos que ella depende de nosotros, de nuestro esfuerzo, de nuestra organización, de nues-

tro entusiasmo. Necesitamos quitar nuestros ojos de nuestra eficacia y fijarlos en su suficiencia.

Por él, la respuesta a cada necesidad subsiste. Dios ha prometido proveer toda nuestra necesidad según sus riquezas en gloria por Cristo Jesús. Si necesitamos la victoria podemos reinar en vida a través de Cristo Jesús. Si necesitamos paz, la paz de Dios guardará nuestros corazones a través de Cristo Jesús. Si necesitamos sabiduría, él es

La vida victoriosa o la vida abundante o más profunda, como quieran llamarla, es solo Cristo, más de Cristo y menos de uno mismo.

nuestra sabiduría. Si necesitamos fuerza, todo lo podemos en Cristo. Como la multitud hambrienta de aquel tiempo, no necesitamos apartarnos de él para nada.

Por él, el futuro subsiste. Para el creyente, la perspectiva no es simplemente ir al cielo sino partir para estar con Cris-

to. Es su presencia la que hace el cielo tan glorioso. Y es la separación de él la característica peor del infierno. Es toda la diferencia entre «*Venid, benditos de mi Padre*» y «*Apartaos, nunca os conocí*». Ser cortados de él, que es la vida, no puede sino ser muerte interminable; ser cortados de la luz no puede ser sino oscuridad eterna. La cosa más gloriosa acerca del cielo es que nosotros seremos como él.

Por él, el futuro del universo creado y sustentado por él será consumado en él. En la dispensación de la plenitud de los tiempos, Dios reunirá todas las cosas en Cristo, en el cielo, y en la tierra.

La pequeña muchacha que, no sabiendo cómo colocar correctamente un mapa de los Estados Unidos en la pared, descubrió que en el reverso había un cuadro de George Washington y que poniendo ese cuadro en posición correcta también montaba el mapa, ilustra una profunda verdad. Nada se puede ensamblar, ya sea la vida de alguien o el universo, aparte de Cristo. Pero cuando le conocemos a él, todas las cosas hallan su lugar, porque en él todas las cosas subsisten, y estamos completos en él.

*Vance Havner (1901-1986)
Pastor, evangelista y autor bautista.*

En la torre del vigía

Que la bendita esperanza de la venida de Cristo nos mantenga siempre en la torre del vigía; vigilando, ansiando por ella y apresurándola. ¡Quisiera que considerásemos nuestra responsabilidad para con Cristo, el cual, el día de su regreso, juzgará el secreto de todos los corazones! Entonces cada uno será llamado a rendir cuentas de su mayordomía – rendición de cuentas no solamente de los dones de entendimiento y realidad, sino de la ocupación diaria, y de todos los minutos del día.

Robert C. Chapman (1803-1902)

Cristo, el todo y en todos

Cristo es la explicación y suma de todas las cosas de eternidad a eternidad.

Lecturas: Col. 1:18; 3:11.

Se ha hecho mucho en los últimos días para traer las grandes magnitudes del universo a la comprensión del hombre común. Esto significa que mucha gente está interesada en la explicación del universo, y sin duda, del curso de esta tierra y de la creación e historia del hombre; pero nosotros creemos que tenemos la respuesta final y positiva a la interrogante. Para nosotros hay solo una definitiva y concluyente explicación del universo, y esa explicación es una Persona – el Señor Jesucristo, con todo lo que está eternamente ligado a él.

No importa cuánto leamos o estudiemos, nunca tendremos la explicación del universo, global o parcial, hasta que lleguemos a ver el lugar del Señor Jesús en el designio eterno de Dios. Las simples pero amplias palabras «Cristo es el todo, y en todos», resumen toda la materia desde la eternidad, a través de todas las edades, hasta la eternidad.

Primeramente, entonces, vemos que «Cristo es el todo, y en todos» significa:

1. La explicación de la propia creación

Esta carta a los colosenses hace esa misma declaración en otras palabras. Ella nos dice: «Porque en él fueron creadas

todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten» (1:16-17). Esta es una declaración amplia, y claramente muestra que Cristo siendo el todo, y en todos, es la explicación de toda la creación. ¿Por qué fueron creadas todas las cosas? ¿Por qué Dios trajo el universo a la existencia por medio de él? ¿Por qué este gran sistema universal existe y continúa? ¿Cuál es la explicación del mundo? La respuesta es para que Cristo pueda ser el todo, y en todos.

La intención del corazón de Dios al traer este universo a la existencia era que, finalmente, toda la creación pudiese mostrar la gloria y supremacía de su Hijo Jesucristo, y este pequeño fragmento, «*y todas las cosas en él subsisten* (tienen cohesión)», dice muy claramente que, si no fuese por el Señor Jesucristo, el universo entero se desintegraría, se desmembraría; estaría sin su factor unificador, cesaría de tener una razón para mantenerse como un todo completo y concreto. Su cohesión, su imposibilidad de desintegrarse y acabar es a causa de

esto: Dios ha determinado que el Señor Jesús sea el centro – el centro gobernante de este universo entero, y él, el Hijo de Dios, es la explicación de la creación. Si no fuese por él, nunca habría habido una creación. Sin él, la creación pierde su propósito y su objetivo, y no podría seguir adelante. «Cristo es el todo, y en todos», era el pensamiento dominante en la mente de Dios durante la creación del universo.

Esto puede, en cierta medida, dejarles indiferentes y no llevarles muy lejos, pero me atrevo a pensar que lo que voy a decirles los llevará un poco más adelante y alentará sus corazones; porque la perspectiva es ésta: que cuando Dios tuvo las cosas como él determinó tenerlas en la eternidad pasada – y así las tendrá – cada átomo de todo este universo mostrará la gloria de Jesucristo. Usted no podrá mirar a algo o a alguien sin ver a Cristo glorificado. ¡Una bendita perspectiva!

Es algo dichoso cuando, como una compañía de hijos del Señor, nosotros podemos al fin estar juntos por horas o por días; cuando estamos ocupados con el Señor como nuestro único interés común y todos estamos elevados con él. Cuando tenemos un tiempo como éste, y regresamos al mundo, ¡qué diferente atmósfera encontramos! ¡Cuán fríos nos sentimos! Es tan grato encontrar al Señor en sus hijos y estar reunidos a él en esta manera – aunque esto sea aun parcial. Pero viene el día eterno cuando no habrá que volver al mundo en una mañana de lunes después de un día en los atrios del Señor; cuando no estaremos tocando a nadie más sino al Señor Jesús, y el universo entero estará lleno de él. «¡Cristo, el todo, y en todos!».

Esto es lo que él ha determinado; todo mostrando al Señor Jesús; todo para él.

Ahora vemos entre nosotros muchas otras cosas que no son el Señor Jesús; el día está llegando cuando tú no verás nada, excepto al Señor Jesús en mí, y yo no veré en ti nada sino al Señor Jesús; nosotros seremos «conformados a la imagen de su Hijo». Su gloria moral resplandecerá y será exhibida; Cristo será «el todo, y en todos». Dios lo ha determinado, y lo que Dios ha determinado, él lo tendrá. Entonces, esta es la explicación de la creación, que Cristo sea el todo, y en todos, y sobre todo tenga la preeminencia.

En su carta a los Romanos, el apóstol Pablo tiene una declaración muy notable dentro de este contexto: «*Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios. Porque la creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza; porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora...*» (8:19-22).

Noten lo que esto realmente dice e implica. La creación está llena de una ardiente expectación. Este anhelo es con gemidos como de dolores de parto, una expectación de esperanza – no de la disolución del universo, acerca de la cual hablan mucho ciertos científicos. Aun así, la esperanza y los gemidos, hasta el momento, han sido deliberadamente puestos bajo un reino de vanidad – he-

chos para ser todos en vano – hasta un tiempo y blanco fijados. Este clímax es en dos partes: una, la manifestación de los hijos de Dios; la otra –ligada con aquélla– la liberación de la creación de estar sujeta a corrupción.

Todo esto es llevado de vuelta a la eternidad pasada y enlazado con el Señor Jesús como el Hijo. *«Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos»* (8:29).

En el pasaje anterior hay una declaración definitiva y una clara implicación. La declaración es que la creación fue sujeta a vanidad, y su estado es la esclavitud de la corrupción. Claramente, la implicación es que hubo un tiempo definido cuando, a causa de su corrupción, la creación entera fue llevada a una condición en la cual fue forzada a gemir y a sufrir dolores de parto hasta un final que no podía ser alcanzado. En conexión con esto hay lugar para la amplia gama y naturaleza de la interferencia satánica en la creación, con miras a desafiar el propósito divino final de la creación, y a frustrarlo trayéndolo a la corrupción. Tan universal fue esta corrupción, que una sentencia de vanidad fue pronunciada sobre *«toda la creación»*. El efecto de esto fue, y es, que la creación nunca puede alcanzar el objetivo de su existencia, salvo sobre el terreno de la santidad y la semejanza divina.

Aquí también entra todo el alcance de «la redención que es en Cristo Jesús»; la obra universal que él consumó por su cruz destruyendo la obra del diablo y, potencialmente, al diablo mismo; con todo el poder destructor del pecado y de

la corrupción de Su naturaleza y vida sin pecado, la eficacia de Su sangre incorruptible, y la provisión de justificación para todos los que creen, los cuales por regeneración llegan a ser nueva criatura en Cristo Jesús (2^a Cor. 5:17). Solo por este medio la creación puede ser liberada. Cuando estos hijos de Dios son manifestados –su número completo– y todos aquellos que han rehusado esta salvación son rechazados del dominio de Dios, entonces la creación será liberada y su intención original será cumplida, siendo Cristo el todo, y en todos.

2. La explicación del hombre

Luego, en el lugar siguiente, como una parte central de la creación, tenemos al hombre. ¿Cuál es la explicación del hombre? ¿Cuál es la explicación de Adán como el primer hombre? Hay un pequeño pasaje de la escritura que responde a esto: *«...Adán, el cual es figura del que había de venir»* (Rom. 5:14). Una figura de aquel que había de venir; esa es la explicación del hombre.

Dios planeó que cada hombre que ingresa en este mundo sea conformado a la imagen de su Hijo Jesucristo. Multitudes perderán esto, pero habrá tales multitudes que ningún hombre podrá enumerar, de toda tribu, raza, nación y lengua, que alcanzarán esto. ¡Cuán alto llamamiento! ¡Qué concepción tan diferente del hombre es ésta de aquella aceptada popularmente, y qué tremenda cosa a ser perdida! Y aun así, hay muchos que dicen, reclamando, que si hubiesen podido escoger, nunca hubiesen venido a este mundo. Ha habido aquellos que, en una hora de eclipse, maldicen el día en que vieron la luz. Ah, pero hay algo errado aquí; esto no es como el Señor planeó

que fuese, y no importa cuántos días depresivos tengamos, cuando nos preguntamos después de todo si realmente vale la pena, regresamos en nuestro ser íntimo al pensamiento de Dios. Es nuestro tremendo privilegio, la más alta honra que nos podría ser conferida desde el punto de vista divino, el que nosotros hayamos nacido.

Ustedes conocen las tentaciones y la fascinación del servicio cristiano; la fascinación de estar afeitado, de estar ocupado con muchas cosas; de tener tu programa, tus esquemas, tus proyectos; estar en ello y siempre en ello. Allí hay un peligro que ha cazado a multitudes de siervos del Señor.

No siempre sentimos o hablamos de esto, pero constantemente somos movidos a volvernos al punto de vista de Dios acerca de esto y a recordar que su propósito es tener un universo poblado con aquellos que han sido conformados a la imagen de su Hijo Jesucristo, un pueblo que es una manifestación universal de Cristo glorificado con la gloria del Padre. ¡Ese es un privilegio, un honor; vale la pena haber nacido para ello! Esa es la explicación del hombre.

Sólo podemos tocar ligeramente muchos de estos asuntos, y seguir adelante.

3. La explicación de la redención

Además de esto, la expresión «*Cristo, el todo, y en todos*», es la explicación de la redención. Por supuesto, las cosas fueron mal: el propósito de Dios fue interferido. Éste no podía ser frustrado por completo, pero hubo otro que determinó, tanto cuanto estuviese en su poder, que aquella presentación universal de Jesucristo – el ser «*el todo, y en todos*» del Señor Jesús – nunca ocurriese; uno que deseaba tener aquello para sí mismo, de manera que él pudiese ser el señor universal del cielo y de la tierra. Esa interferencia produjo una gran diferencia por un tiempo. Ha interferido con el hombre y lo ha transformado en otro distinto a aquel que Dios quería que fuese. Ha arruinado la imagen.

Sin embargo, hay redención a través de la cruz del Señor Jesús. ¿Cuál es la explicación de la cruz? Por un lado, ¿cuál es la explicación de toda aquella expiación, aquella obra redentora del Señor Jesús al tratar con el pecado, tomando sobre sí el pecado universal y ser hecho maldición por nosotros, en nuestro lugar?

Y entonces, por otra parte, como complemento de esto, ¿cuál es la explicación de aquella cruz operando en el creyente para que éste sea unido con Él en la semejanza de Su muerte y sepultación como una experiencia espiritual? – toda esa aplicación del Calvario que es tan dolorosa, tan terrible de sobrellevar: sí, la desintegración del «viejo hombre», el echar fuera el «cuerpo pecaminoso carnal», aquel conocimiento interior del poder de la cruz, tan terrible a la carne. ¿Cuál es la explicación? Amados, es que Cristo sea el todo, y en todos.

¿Por qué somos quebrantados? Para dar lugar al Señor Jesús. ¿Por qué somos llevados al polvo por el Espíritu Santo cuando él aplica la muerte del Calvario en nosotros? Para que el Señor Jesús pueda tomar el lugar que nosotros hemos ocupado en la carne. A menudo entendemos como errada esta aplicación de la cruz. El enemigo está siempre sobre nuestro hombro insinuando y sugiriendo la inclemencia de Dios aplastándonos, humillándonos, reduciéndonos a nada, diciendo que no hay un final en esto, tratando así de derribarnos.

Amados, la intención de la cruz es solo hacer al Señor Jesús el todo, y en todos, para nosotros. ¿Y no es verdad que, a causa de la forma en que el Señor ha tratado con nosotros, el modo en el cual él ha aplicado la cruz, plantándonos en aquella muerte y sepultura, que nosotros le conocemos de un modo en que nunca le conocimos antes? ¿No es de esta manera que él ha llegado a ser lo que él es para nosotros, cada vez más y más amado de nuestros corazones? El crecimiento del Señor Jesús en nosotros y para nosotros es por el camino de la cruz. Sabemos muy bien que nuestro principal enemigo somos nosotros mismos, nuestra carne. Esta carne no nos da descanso, ni paz ni satisfacción; no tenemos gozo en ella. Ella es obsesiva, nos absorbe, constantemente se pavonea cruzándose en nuestro camino para robarnos el verdadero gozo de vivir. ¿Qué se debe hacer con ella? Bueno, en la cruz y por la cruz, nosotros somos liberados de nosotros mismos; no solo de nuestros pecados, sino de nosotros mismos; y siendo liberados de nosotros mismos somos libertos para Cristo, y Cristo se torna mucho más que nosotros.

Este es un proceso doloroso, pero es un asunto bienaventurado; y aquellos entre nosotros que han sufrido la mayor agonía a lo largo de este camino podrían testificar, creo, que lo que esto nos trajo del conocimiento y de las riquezas del Señor Jesús ha hecho que todo sufrimiento valga la pena. Así la obra del Señor por nosotros y la obra del Señor en nosotros, por la cruz, solo es entendida en el pensamiento divino para dar lugar al Señor Jesús.

El altar de bronce del tabernáculo, así como el del templo, era un altar muy grande. Era posible poner todos los utensilios restantes del tabernáculo entero dentro de él. Sí, el altar tiene que ser muy grande; debe haber un gran espacio para Cristo crucificado. Él irá a llenar todas las cosas y él será la plenitud de todo, y no habrá lugar para nosotros en el final. ¿Esto te deja atónito? Ciertamente, no. Así, la cruz, la obra de redención a través de esa cruz, tiene como su explicación simplemente esto: que Cristo sea el todo, y en todos; que en todas las cosas él pueda tener la preeminencia.

Esto, pues, es la explicación de nuestras experiencias – por qué el Señor trata con nosotros como lo hace; por qué los creyentes pasan a través de las experiencias que atraviesan; por qué ellos pasan por cosas que nadie más parece llamado a atravesar; por qué algunas veces ellos casi envidian a los incrédulos por la vida fácil que tantos de éstos tienen. Esto explica los tratos del Señor con Israel en el desierto. Aun después de su liberación de la esclavitud y la tiranía de Egipto, hubo quebrantamiento de corazones y agonía. ¿Por qué esta disciplina? En el desierto, ellos aún pensaban en Egipto.

La obra que el Señor estaba haciendo en ellos era para que él pudiese ser el todo en ellos y para ellos. Si él cortaba sus recursos naturales, era solo para demostrarles cuáles eran sus recursos celestiales. Si él los despojaba de su poder natural, era para que ellos llegasen a conocer el poder de los cielos. Lo que quiera que sea que él pudiese quitar de ellos o llevarlos a ello, era con miras a apartarlos de sí mismos, para que él solo pudiese ser el todo, y en todos.

Esta es la explicación de nuestras dificultades. El Señor sabe cómo tratar mejor con cada uno de nosotros, y él no usa métodos estandarizados. Él trata de un modo contigo y de otro conmigo. Él sabe cómo conducirnos a experiencias que son bien calculadas para traernos a donde el Señor es el todo, y en todos.

4. La explicación del crecimiento cristiano

¿Qué es el crecimiento espiritual? ¿Qué es la madurez espiritual? Me temo que nosotros tenemos ideas contradictorias acerca de esto. Muchos piensan que la madurez espiritual es un conocimiento más amplio de la doctrina cristiana, una comprensión más vasta de la verdad de las Escrituras, una amplia expansión del conocimiento de las cosas de Dios; y muchas de estas características son registradas como marcas del crecimiento, desarrollo, madurez espiritual. Amados, no es nada de eso. La marca distintiva del verdadero desarrollo y madurez es ésta: que nosotros hayamos crecido muy poco y que el Señor Jesús haya crecido mucho. El alma madura es una que es pequeña a sus propios ojos, mas a cuyos ojos el Señor es grande. Eso es crecimiento. Nosotros podemos saber mucho, te-

ner una maravillosa comprensión de la doctrina, de la enseñanza, de la verdad, incluso de las Escrituras, y aun ser espiritualmente muy pequeños, muy inmaduros, muy infantiles. (Hay una gran diferencia entre ser infantil y ser semejante a un niño). El crecimiento espiritual es solo esto: Yo menguo, él crece. Es el Señor tornándose más. De esa forma tú puedes testear el crecimiento espiritual.

Entonces, de nuevo, esta palabra es

5. La explicación de todo servicio

¿Qué es el servicio cristiano de acuerdo con la mente de Dios? No es necesariamente que tengamos un programa lleno de actividades cristianas. No es que estemos siempre ocupados en aquello que llamamos 'las cosas del Señor'. No es la medida o la cantidad de nuestra actividad u ocupación, ni el grado de nuestra energía y entusiasmo en las cosas del reino de Dios. No son nuestras agendas, nuestros proyectos para el Señor. Amados, el test de todo servicio es su *motivación*. ¿Es el motivo, de principio a fin, que en todas las cosas él pueda tener la preeminencia, que Cristo pueda ser el todo, y en todos?

Ustedes conocen las tentaciones y la fascinación del servicio cristiano; la fascinación de estar afanado, de estar ocupado con muchas cosas; de tener tu programa, tus esquemas, tus proyectos; estar en ello y siempre en ello. Allí hay un peligro que ha cazado a multitudes de siervos del Señor. El peligro es que esto los lleva a ser prominentes, hace que la obra sea de ellos; es *su* obra, *sus* intereses, y cuanto más gobiernan y caminan en esto, más satisfechos están.

No; hay una diferencia entre pasar el día en el servicio cristiano como un mero disfrutar del activismo, con la fascinación de esto y todas las ventajas que esto provee para nosotros mismos, y su gratificación para nuestra carne – hay una gran diferencia entre esto y «*Cristo, el todo, y en todos*». A veces, esto último es alcanzado cuando somos puestos fuera de acción; entonces es la prueba de si estamos o no totalmente satisfechos de ser puestos por completo fuera de acción, para que de esta forma solo el Señor pueda ser más glorificado. Si tan solo él pudiera venir a lo que es suyo, nada importa si nosotros somos vistos u oídos. Estamos alcanzando un lugar, en la gracia de Dios, donde estamos dichosos de ser puestos en un rincón, sin ser vistos o notados, si de este modo el Señor Jesús puede venir a lo suyo más rápida y completamente.

De algún modo hemos sido atrapados en esto, y pensamos que el Señor solo puede venir a lo que es suyo si nosotros somos el instrumento. La rivalidad en la plataforma y en el púlpito, la sensibilidad porque uno es puesto antes que otro, porque el sermón de uno recibe más atención que el de otro; los comentarios favorables hechos todos en una sola dirección, etc. Conozco bien todo esto. A fin de cuentas, ¿qué estamos buscando? ¿Estamos buscando impresionar a nuestra audiencia por nuestra habilidad o por hacer conocido a nuestro Señor? ¡Es una gran diferencia! A veces el Señor gana más de nuestros malos momentos de lo que pensamos, y puede ser que cuando tengamos buenos momentos él no haya obtenido lo máximo. A causa de esto, es necesario que seamos puestos de lado, mantenidos débiles y humildes, *para que él pueda tener la preeminencia*.

El desafío del servicio de acuerdo al pensamiento de Dios es solo este: ¿Por qué lo estamos haciendo? ¿Queremos estar en la obra porque nos gusta estar ocupados? ¿O es absolutamente y únicamente para que, por cualquier medio, él pueda venir a lo suyo, para que el propósito de Dios pueda ser realizado? Si él puede ser el todo, y en todos, por nuestra muerte así como por nuestra vida, ¿llegaremos al punto donde realmente deseemos que «*será magnificado Cristo en mi cuerpo, o por vida o por muerte*» (Fil. 1:20)? Esa es la explicación del servicio desde el punto de vista de Dios.

Naturalmente, esta es la explicación de muchas otras cosas. Es también...

6. La explicación de todo el Antiguo Testamento

No nos detendremos examinando esto en detalle, sino solo lo indicaremos y seguiremos adelante. ¿Qué es el Antiguo Testamento? Todo él está resumido en grandes representaciones de Jesucristo. Vea las dos principales: el tabernáculo y el templo. Estas son detalladas representaciones del Señor Jesús tanto en su persona como en su obra, y ellas ocupan, de esta forma, el lugar central en la vida del pueblo escogido, cuya vida está unida a ellas. Las dos son una, y mientras el pueblo escogido permanece en un relacionamiento correcto con aquel objeto central – el tabernáculo o el templo – mientras le da su lugar de honra y reverencia y lo mantiene en su lugar de más alta santidad, siendo ellos fieles a su espíritu, sus leyes y su testimonio, y aun siendo entre todos los pueblos de la tierra los menos capaces de cuidar, naturalmente, de sus propios intereses, aun así son el pueblo supremo de la tierra:

no hay nación o pueblo terrenal capaz de permanecer delante de ellos. Ellos nunca fueron entrenados en el arte de la guerra, ni tienen un gran historial de armas y estrategia militar, y son en sí mismos un pueblo indefenso; aun así, ellos tienen ascendencia no solo sobre naciones individuales mayores y más fuertes que ellos, sino sobre una alianza de naciones. Y aunque todos se unan contra ellos, mientras son fieles a aquel objeto central, ellos prevalecen. Ese objeto central es una representación del Señor Jesús, su persona y su obra.

La interpretación espiritual de esto es que cuando el Señor Jesús tiene su lugar, hay supremacía; hay absoluta supremacía cuando él tiene la preeminencia en todas las cosas, en su pueblo y por medio de su pueblo. «Cristo es el todo, y en todos». Cuando esto es real en su pueblo, no hay fuerzas capaces de resistirles. El secreto de la absoluta supremacía y soberanía es el Señor teniendo su lugar en las vidas y en los corazones, en todas las acciones y relaciones de su propio pueblo; y entonces las puertas del Hades no prevalecen.

Además, es...

7. La explicación del Nuevo Testamento

El Nuevo Testamento nos muestra grupos diminutos, pequeños entre los pueblos de la tierra, menospreciados, desechados, a los que difícilmente se les permite hablar sin ser amargamente molestados, y sobre los cuales eventualmente venía la ira y el odio organizado de las naciones de este mundo, culminando en que todos los recursos del imperio de hierro fueron explotados y puestos en

operación para destruir la memoria de este pueblo humilde y despreciado.

La historia es exactamente ésta, que los imperios fueron quebrantados, los poderes del mundo dejaron de existir. Nosotros ahora recorremos el mundo para contemplar las reliquias y las ruinas de aquellos grandes imperios; pero, ¿dónde está aquella gente del Camino del despreciado Nazareno? ¡Es una gran multitud, que ningún hombre puede contar! El cielo está lleno de ellos, y aquí en la tierra hay cientos de miles que conocen y aman al Señor Jesús, que son de este Camino. La explicación es que Dios determinó que su Hijo sea el todo, y que en todas las cosas él tenga la preeminencia.

Tengamos un relacionamiento vivo con el Hijo de Dios, y los hombres y el infierno podrán hacer lo que quieran, pero Dios logrará su propósito y tal pueblo será victorioso.

Una palabra más. Esta es también...

8. La explicación de la iglesia

¿Qué es la iglesia? El pensamiento de Dios no es el cristianismo; no es tener iglesias como centros organizados del cristianismo; no es la propagación de las enseñanzas y empresas cristianas. El pensamiento de Dios es tener un pueblo en la tierra en el cual, y en medio del cual, Cristo es el todo, y en todos. Esta es la iglesia.

Tenemos que revisar nuestras ideas. En el pensamiento de Dios, la iglesia comienza y termina con esto – la absoluta supremacía del Señor Jesucristo; y lo que Dios está siempre buscando es reunir a aquellos de su pueblo que concretizarán

este pensamiento suyo más plenamente, y serán para él la satisfacción de su propio deseo eterno: el Señor Jesús teniendo la preeminencia en todas las cosas y siendo el todo, y en todos. Él ignora la gran institución, la así llamada 'Iglesia', y está con aquellos que en sí mismos son de un espíritu contrito y humillado y que tiemblan delante de su palabra, y para los cuales el Señor Jesús es el único y exclusivo objeto de reverencia y adoración. Éstos satisfacen el corazón de Dios; éstos, para él, son la respuesta a su eterna búsqueda.

Ustedes ven que la palabra de Dios dice esto. Veamos Col. 3:11: «...*donde no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni escita, siervo ni libre, sino que Cristo es el todo, y en todos*». Ellos se han revestido del nuevo hombre, «*el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno*». Observen atentamente estas palabras, y ustedes entenderán que este es el hombre corporativo, la iglesia, el cuerpo de Cristo, «*la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo*» (Ef. 1:23), y allí, en ese hombre corporativo, no puede haber griego o judío. Note las palabras. No dice donde el griego y el judío se reúnen juntos en bendita comunión. No, no hay nacionalidades en la iglesia; nos hemos despojado de toda nacionalidad, y ahora vemos un nuevo hombre espiritual, una nueva creación, donde no hay griego ni judío, esclavo ni libre. Todas las distinciones terrenales se fueron para siempre – es un nuevo hombre.

No; esto pasó. En esa iglesia hay un nuevo hombre – no una combinación donde anglicanos, metodistas, bautistas,

congregacionales y todo el resto se juntan y olvidan sus diferencias por un tiempo; eso no es la iglesia. En la iglesia, estas diferencias no son meramente cubiertas por un tiempo – ellas no existen. Hay un cuerpo, un Espíritu. La iglesia es esto: «*Cristo, el todo, y en todos*». Tenga esto, y tiene a la iglesia. Llamar iglesia a cualquiera otra cosa y dejar esto de lado, es una contradicción. Pruébenlo a través de esto.

Si es verdad que la vida cristiana conforme al pensamiento y la mente de Dios es solo esto: «*Cristo, el todo, y en todos*», entonces, ¿somos tú y yo verdaderos cristianos? Pues hemos visto que, mediante la cruz, nosotros desaparecimos para dar lugar al Señor Jesús. Ahora, si profesamos haber venido por el camino del Calvario hasta el Señor, la implicación es que desaparecemos por medio de esta cruz, para que Cristo sea el todo, y en todos.

¿Qué pensar sobre esto? ¿Queremos nosotros un pedacito del mundo? ¿Nos apegamos voluntariamente a esta cosa o a aquella otra, fuera del Señor, porque el Señor Jesús no nos satisface plenamente y necesitamos tener un contrapeso? Un cristiano mundano es una contradicción de términos. Tener un poquito de algo fuera de Cristo es negar el Calvario y permanecer en directa oposición al eterno propósito de Dios concerniente a Cristo. ¿Asumes esta responsabilidad? Dios determinó esto desde toda la eternidad en lo referente a su Hijo, ¿y podemos profesar pertenecer al Señor Jesús y al mismo tiempo aún no ser verdad que él es el todo, y en todos, para nosotros? Si es así, hay algo errado, hay una negación, una contradicción. Estamos en oposición al pensamiento y al propósito

de Dios. ¿Es realmente él el todo, y en todos? Él lo será si nosotros tomamos todo el camino.

Oh, aquellas sutiles insinuaciones que siempre están siendo susurradas en nuestros oídos, que si desistimos de esto o de aquello tendremos pérdida, y la vida será más pobre y seremos puestos en estrecho hasta no tener nada. ¡Es una mentira! Esto es lo que se contrapone al gran pensamiento de Dios para nosotros. El pensamiento de Dios para nosotros es que alguien, nada menos que su Hijo, Jesucristo, en quien habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, sea nuestra plenitud.

¡Toda la plenitud de Dios en Cristo para nosotros! Nunca obtendrás esto al rechazarlo. La vida será mucho menos de lo que debe ser si tú no vas hasta el final con el Señor; y lo que se obtiene en materia de nuestra consagración al Señor, nuestro entero y completo abandono a él en nuestra vida, nuestro dejar completamente todo lo que no es del Señor, se obtiene en el ámbito del servicio. Esta carne ama jactarse en la obra cristiana, y nos dice que si pasamos a ser dependientes del Señor tendremos un tiempo de ansiedad. Sin embargo, una vida en dependencia de Dios puede ser una vida de continuo romance. Es aquí que hacemos descubrimientos que son constantes maravillas.

Tú puedes estar casi muerto en un minuto, y al siguiente, el Señor te da algo para hacer y tú estás muy vivo, dependiendo de él aun para respirar. Así llegas a conocer al Señor. Luego, después de aquella experiencia, te vuelves de nuevo desvalido y muerto por un tiempo, pero recuerdas que el Señor hizo algo.

Entonces, él obra otra vez; y así la vida llega a ser un romance, aunque nadie adivinaría que tú estabas dependiendo del Señor hasta para respirar. Es muy bienaventurado saber que el Señor está haciendo esto, cuando tú de hecho no podías hacerlo – es humana y naturalmente imposible, ¡pero el Señor lo está haciendo!

Prosigamos en el asunto de la iglesia. Apliquen el test. No estoy hablando con enjuiciamiento o censura, ni intento discriminar en un sentido errado, pero permítanme ser fiel – para nosotros, nuestra comunión debe estar donde el Señor Jesús es más honrado. Nuestra comunión debe estar donde Dios obtiene más plenamente lo que es suyo, donde Cristo es el todo, y en todos. Nosotros no podemos estar atados por tradiciones, por cosas que levantan un clamor y asumen una denominación.

Donde el Señor es más honrado, ahí deben estar nuestros corazones; donde todo lo demás está supeditado a una cosa: Jesucristo, el todo, y en todos. Este es el pensamiento de Dios sobre la iglesia, y este debe ser el lugar donde gravitan nuestros corazones. El lugar donde Dios va a registrar su testimonio y traerá el impacto de este testimonio será hallado donde el Señor Jesús es más honrado, y tú percibirás que, donde hay personas hambrientas, tendrás la oportunidad de ministrar, si estás en total acuerdo con el propósito de Dios concerniente a su Hijo.

9. Experimentando todo

Recuerda que todo lo relacionado con el cristiano es experimental. Todo lo relativo al Señor Jesús es esencialmente experimental. No es solo doctrinal. No es

una cuestión de credo. No es que aceptemos ciertas declaraciones de doctrina o de credo, y que solo por ese hecho seamos introducidos en el relacionamiento con el Señor Jesús. No somos hechos cristianos por aceptar declaraciones doctrinales o credos ortodoxos, o hechos sobre el Señor Jesús. La iglesia no está constituida en absoluto sobre ese terreno, aunque la iglesia defienda ciertas cosas. La experiencia tiene que ser operada en la vida, tú debes hacerte parte de ella, y ella de ti.

No es suficiente creer que Cristo murió en la cruz. Esto se debe aplicar aquí en nuestras vidas volviéndose una experiencia, una fuerza y un factor poderoso y operativo en nuestro ser. La iglesia no ha sido constituida sobre una base de declaraciones doctrinales. Tú no puedes reunir personas, tenerlas juntas y decir: «Esto parece perfectamente confiable; constituiremos nuestra iglesia sobre esta base». No puedes hacer esto.

La iglesia es aquella en la cual la verdad ha operado, en la cual ésta se ha tornado experimental. Los credos no pueden mantenernos juntos cuando el infierno se alza para dividirnos. No; el credo más ultra fundamentalista no ha logrado mantener a las personas juntas. La unidad del Espíritu es una cosa interior. A menos que sea así, no hay nada que pueda resistir contra los espíritus de división y cisma. Todo debe ser experimental, no meramente doctrinal o confesional.

Ahora, es aquí donde tú llegas a la realidad de Dios. Una cosa es cantar himnos acerca de 'Cristo como el todo y en todos', mirar a ello como algo objetivo y estar de acuerdo con ello; pero otra cosa es ser traído experimentalmente al lugar donde la verdad realmente opera. Muchos dirán hoy: «Sí, está bien, Cristo es el todo y en todos», y mañana por la mañana, cuando tú los tocas en algún asunto insignificante donde sus preferencias están involucradas, hallarás que Cristo no es el todo y en todos. Tenemos que llegar a esto a través de la experiencia. El Señor nos dé gracia para ello.

La apelación final que formulo es que todos nosotros busquemos nuevamente la entronización del Señor Jesús como supremo Señor en nuestros corazones, en cada área de nuestra vida, en todos nuestros relacionamientos; que si tenemos algo asegurado, lo dejemos ir; si hemos tenido alguna reserva, deberíamos quebrarla ahora; si hemos estado menos que absolutamente comprometidos con él, desde ahora esto ya no sea más así, sino que él sea el todo, y en todos, a partir de hoy. Este debe ser nuestro entendimiento, nuestro compromiso con el Señor. ¿Lo harás? Pidamos al Señor romper toda atadura que haya en el camino, para que él sea el todo, y en todos. ¿Estamos preparados para esto? Que el Señor nos dé gracia.

Theodore Austin-Sparks (1888-1971)
Predicador británico, expastor bautista.
 Tomado de <http://www.austin-sparks.net>

Del lado de Cristo

Dios los ha llamado a estar del lado de Cristo, y ahora en esta tierra, el viento golpea el rostro de Cristo; y al ver que ustedes están con él, no pueden esperar estar en el lado protegido o disfrutar del lado soleado del valle.

Samuel Rutherford (1600-1661)

Que Cristo tenga la preeminencia

Las verdades de Dios están todas orgánicamente relacionadas y todas ellas convergen hacia un mismo centro: Cristo.

Lo central y universal de Cristo

¿Por qué existen todas las cosas? ¿Por qué existen los ángeles? ¿Creó Dios todo ello accidentalmente? ¿O fueron más bien creados conforme al plan de Dios?

¿Por qué escoge Dios a los hombres? ¿Por qué envía profetas? ¿Por qué da un Salvador? ¿Por qué concede el Espíritu Santo? ¿Por qué edifica la iglesia y establece el reino? ¿Por qué hace que sea predicado el evangelio hasta lo último de la tierra a fin de que los pecadores sean salvos? ¿Por qué debemos llegar a los pecadores y formar a los creyentes?

¿Qué es lo fundamental de Dios? ¿Qué hilo es el que corre a través de todas las verdades de Dios? ¿Cuál es la verdad suprema de Dios?

¿Quién es el Señor Jesucristo? Todos podríamos contestar que es nuestro Salvador, pero muy pocos podrían contestar como Pedro, que dijo que era «el Cristo de Dios» (Luc. 9:20).

Lo fundamental, o central, de las verdades de Dios es Cristo, esto es, la centralidad de Dios no es otra cosa que Cristo, y así escribió Pablo «El misterio de Dios, esto es, Cristo» (Col. 2:2).

El Señor Jesús es el Cristo de Dios además de ser el Hijo de Dios (Luc. 1:35 y 2:11). Pedro reconoció a Jesús como Cristo y como Hijo de Dios (Mat. 16:16). En sí mismo, y en lo que se refiere al lugar que ocupa en la divinidad es el Hijo de Dios, pero en el plan de Dios y de acuerdo a la obra de Dios, el Señor Jesús es el Cristo de Dios porque es ungido por Dios y es el Hijo de Dios de eternidad a eternidad. Fue el Cristo desde el momento en que fue concebido el plan de Dios.

El propósito de Dios se centra en su Hijo «para que en todo tenga la preeminencia», y el plan de Dios se centra también en su Hijo para que Cristo pueda ser «el todo y en todos» (Col. 1:18; 3:11).

Dios creó todas las cosas y creó también a la humanidad con el fin de manifestar su gloria, y los creyentes de nuestros días están manifestando un poco de Cristo, pero un día todas las cosas habrán de manifestar a Cristo porque todo el universo estará lleno de él. Al crear todas las cosas, Dios desea que todas las cosas manifiesten a Cristo, y al crear al hombre, que éste sea como su Hijo, teniendo la vida de su Hijo, y poseyendo la gloria de su Hijo a fin de que su Hijo unigénito pudiese ser el primogénito de entre sus muchos hijos. Dios creó y re-

dimió al hombre por causa de Cristo y la redención se realiza para que se lleve a cabo el propósito de la creación. Cristo es el esposo y nosotros la esposa. Él es la piedra del ángulo y nosotros somos las muchas piedras vivas del edificio. Dios nos creó para satisfacer el corazón de Cristo.

En realidad, Cristo es lo fundamental o centro de Dios, porque el propósito de Dios se centra en Él.

Cristo en la eternidad pasada

(Ef. 3:9-11; Ef. 1:8-11; Ap. 4:11; 1ª Cor. 8:6; Rom. 11:36; Ef. 4:10; Jn. 3:35, 13:3, 16:15, 17:7; Heb. 1:2).

Dios tuvo un plan incluso antes de la creación del mundo. Ese plan está realizado en Cristo y ha de resumir en él todas las cosas que están en los cielos y en la tierra. Dios planea todo esto mediante la satisfacción de su voluntad y él es el Principal a fin de que todas las cosas sean suyas y se realicen por medio de él.

En la eternidad pasada, Dios predeterminó establecer una casa sobre la cual la segunda persona de la deidad, el Hijo, habría de gobernar, y le dio al Hijo todas las cosas como herencia suya. Todas las cosas son del Hijo, son por medio del Hijo y van al Hijo. El Padre realiza los planes y el Hijo hereda lo que el Padre ha planeado y el Espíritu Santo lleva a cabo lo que el Padre ha planeado. El amor del Padre hacia el Hijo comienza en la eternidad pasada y éste es el Amado del Padre. El Padre ya amó al Hijo en la eternidad y cuando el Hijo viene a la tierra el Padre sigue declarando: «*Este es mi Hijo amado*» (Mat. 3:17). El Padre ama al Hijo y ha entregado todas las cosas en sus manos. Al enfrentarse el Hijo

con la muerte sabe que el Padre le ha dado todas las cosas en sus manos (Jn. 13:3) y la resurrección y ascensión tienen como propósito el llenarlo todo (Ef. 4:10).

Cristo en la creación

(Heb. 1:2-3; Jn. 1:1-3,10; Col. 1:16,17; 1ª Cor. 8:6, 11:3; Gál. 4:4-7; Rom. 8:28-30; 1ª Ped. 1:2; 1ª Cor. 11:3; Gál. 4:4-7; Rom. 8:28-30; 1ª Ped. 1:2, 1ª Cor. 1:9; Heb. 2:5-10, 1ª Cor. 3:21-23).

El Padre concibe el plan y el Hijo es el que procede a crear. El Padre planea conforme a su voluntad, y el Hijo aprueba y crea, y el Espíritu Santo presta la energía para que se lleve a cabo. El Hijo es el Creador de todas las cosas, es «el primogénito de toda creación» (Col. 1:15), y tiene la preeminencia sobre todas las cosas.

Él es el principio (literalmente, principal) de la creación de Dios» (Ap. 3:14), porque Dios ha predeterminado en su plan eterno que el Hijo habría de crear todas las cosas y que luego habría de hacerse carne para poder llevar a cabo la redención (1ª Pedro 1:18-20). El motivo de que todas las cosas sean creadas es el de satisfacer el corazón del Hijo. ¡Cuán grandioso es nuestro Señor! Él es el Alfa y la Omega. Es el Alfa porque de él son todas las cosas, y es el Omega porque para Él son todas las cosas.

Dios creó al hombre para que éste fuese como Cristo, pudiendo tener tanto la vida como la gloria de Cristo. Del mismo modo que Dios se manifiesta por medio de Cristo, éste se manifiesta a sí mismo por medio del hombre. Dios nos llama para que podamos ser participantes de su Hijo, habiendo sido hechos conformes

a la imagen de su Hijo a fin de que su Hijo pudiese ser el primogénito entre muchos hermanos.

Pero Dios hace que además de hijos seamos herederos, dándonos la vida de su Hijo y haciéndonos coherederos con su Hijo. El motivo por el cual Dios crea al hombre es que éste pueda recibir la vida de su Hijo y entre en la gloria con su Hijo. Todo es a fin de satisfacer el corazón del Hijo.

Dios ha predestinado que el hombre sea hecho conforme a la imagen de su Hijo. Esto significa que Dios toma a su Hijo como el molde o la estampa y sobre ella Dios imprime en nosotros, sus muchos hijos, para que su Hijo pueda ser el primogénito entre los muchos hijos.

Es la voluntad de Dios distribuir la vida de su Hijo a muchos, a fin de permitir a muchos que sean hijos de Dios, para que su Hijo pueda ser el primogénito entre muchos hijos, de manera que su Hijo tenga la preeminencia en todas las cosas.

Cristo en la eternidad venidera

(Fl. 2:9-11; Ap. 4:11; 5:12-14; 1ª Jn. 3:2; 1ª Pd. 1:3-4; Ap. 22:1-5; Rom. 8:19-23; 1ª Jn. 3:2).

Los capítulos 4 y 5 de Apocalipsis nos muestran el estado glorioso y bendito del Señor después de su resurrección y ascensión. Dios pondrá a todos los enemigos bajo los pies de Cristo (Mat. 22:44), y en esta labor determinada, la iglesia actual tiene una gran responsabilidad, porque Dios está esperando que la iglesia lleve a cabo esta misión.

Toda la creación fue sujeta a vanidad después de la rebelión de Satanás y de

la caída del hombre, y está a la espera de la manifestación de los hijos de Dios. Cuando éstos disfruten de la libertad gloriosa, todas las cosas serán libertadas. Nuestro cuerpo será redimido, y cuando aparezca el Señor, seremos como él.

Apocalipsis 21 y 22 describe la situación en la eternidad, en lo que respecta a Dios, al Cordero, la ciudad con sus habitantes, y las naciones.

Allí se nos muestra que la meta y el propósito de todo cuanto hace Dios de eternidad a eternidad es darle al Hijo la preeminencia en todas las cosas, porque el propósito de Dios es hacer a su Hijo Señor de todo.

Cristo en la redención

(Heb. 2:9; Cl. 1:18-20; Ef. 1:10-11; Ti. 2:4; Rom. 12:1; 14:7-9; 2ª Cor. 5:15; 1ª Cor. 6:19-20; Stgo. 1:18).

El propósito del plan de Dios es doble: (1) que todas las cosas puedan manifestar la gloria de Cristo, de modo que él pueda tener la preeminencia en todas las cosas, y para que (2) el hombre pudiese ser como Cristo, teniendo tanto su vida como su gloria.

El capítulo 1 de Colosenses nos informa de estos mismos aspectos, es decir (1) que Cristo tuviese la preeminencia en todas las cosas y (2) que Cristo es la cabeza de la iglesia (v. 18).

Dios crea a fin de llevar a cabo su plan, creando todas las cosas y al hombre con la intención de que todas las cosas pudiesen manifestar a Cristo, en especial el hombre, que debía ser como él, teniendo su vida y su gloria, pero Satanás se rebeló y produjo tal interferencia que

todas las cosas se hicieron discordantes y el hombre cayó en pecado.

Dios trajo la redención a fin de reconquistar, de ese modo, el propósito de su creación. Por consiguiente, la redención de Cristo debía (1) reconciliar todas las cosas con Dios, y (2) redimir a la humanidad caída impartiendo su vida al hombre. Necesitaba, además, resolver dos de los problemas de Dios: (1) la rebelión de Satanás, y (2) el pecado del hombre.

La muerte de Cristo cumple el doble propósito y al mismo tiempo resuelve el doble problema. Esa es la victoria de Cristo y ya ha sido ganada.

El propósito de la redención de Cristo es hacernos un pueblo propio, a fin de que podamos ser un sacrificio vivo para él, viviendo y muriendo por él, y sirviendo como templo del Espíritu Santo para glorificar a Dios, a fin de que Cristo pueda ser engrandecido en nosotros.

El propósito de la redención es permitir que Cristo tenga la preeminencia en todas las cosas, y para que eso ocurra es preciso que tenga la preeminencia primeramente en nosotros.

Cristo en la vida y la experiencia del cristiano

(2ª Cor. 5:14-15; Gál. 2:20; Jn. 3:30)

Cristo es la vida del cristiano. ¿Cómo vencemos nosotros? ¿Cómo podemos ser santos? Muchos piensan que si pueden dominar su mal genio, y son capaces de ser libertadas de los diferentes pecados tendrán la victoria y serán santas; o bien si son pacientes, o si leen la Biblia y oran, o si crucifican su propia persona y su propia carne, o, finalmente si logran ha-

cer uso del poder de Cristo podrán vencer y ser santos.

La respuesta a lo anterior es que Cristo es nuestra vida. ¡Solamente eso es la victoria! ¡Cristo mismo es la vida victoria, santa y perfecta! Desde el principio al fin es Cristo y fuera de él no tenemos absolutamente nada. Por tanto, ¡Cristo debe tener la preeminencia en todas las cosas!

¡No soy un vencedor por la ayuda de Cristo, sino que permito que Cristo mismo sea el que vence por medio de mí! ¡Cristo es la victoria! ¡Cristo es la paciencia! Lo que nosotros necesitamos no es paciencia, ni amabilidad, ni amor, solamente tenemos necesidad de Cristo y él debe tener la preeminencia en todas las cosas.

Para alcanzar una vida victoriosa no debemos confiar en nosotros mismos de ninguna manera, y debemos consagrarnos de un modo absoluto. Luego, es preciso que creamos que Cristo nos gobierna y que está viviendo en nosotros. Nuestra victoria depende de que Cristo tenga la preeminencia en todas las cosas, depende de que le permitamos que sea el Señor de todas nuestras vidas.

Las experiencias del cristiano son de dos clases: dulces y amargas. Las oraciones contestadas, el crecimiento espiritual, la iluminación (visión espiritual), y el poder están entre las primeras. Entre las segundas está la pérdida material, la angustia emocional, las enfermedades físicas, la agonía sobre las virtudes naturales.

Dios nos hace pasar por todas ellas a fin de inducirnos a que concedamos a Cristo la preeminencia en nuestras vidas.

Cristo en el trabajo y en el mensaje del cristiano

(Ef. 2:10; 1ª Cor. 2:2; 2ª Cor. 4:5).

La vida y la experiencia son algo interno, mientras que el trabajo y el mensaje son externos. Cristo debe tener la preeminencia no solamente en lo interno, sino en lo externo y, por lo tanto, Cristo debe ocupar el primer lugar tanto en el trabajo como el mensaje del cristiano.

Cristo debiera ocupar el primer lugar en nuestro trabajo, ya que fuimos creados «para buenas obras... para que anduviésemos en ellas». Cristo es buenas obras, ya que el propósito mismo de la obra de Dios es Cristo.

El servir a Dios y el trabajar para Dios son dos conceptos muy diferentes. Hay muchos que trabajan para Dios pero que no le están sirviendo. La obra fiel, si es de verdad para Cristo, ha de ser juzgada por su motivo y propósito. El realizar la obra de Dios nos da placer, pero también dolor y aunque hay dificultades también hay alivio.

Esta obra posee su propio interés y atractivo, y hay veces que trabajamos por interés en lugar de hacerlo para Cristo, y muchos van apresuradamente de un sitio a otro para conseguir fama por sus obras. No cabe duda que han realizado esas obras, pero en realidad no han servido a Dios. Dios obra de eternidad a eternidad con el propósito de dar a su Hijo la preeminencia en todas las cosas. Por ello también nosotros debemos realizar esas obras para Cristo y, a menos que Dios limpie nuestra motivación y nuestro propósito, no podremos ser bendecidos por él.

Nosotros realizamos las obras para Cristo, no para los pecadores. La medida del éxito que obtengamos en nuestro trabajo lo determinará la presencia de Cristo en nuestras obras.

No debemos proceder para nuestra propia ganancia, para nuestro propio grupo, ni siquiera para nuestro tipo de enseñanza, sino que debemos trabajar exclusivamente para Cristo. No estamos aquí para satisfacernos a nosotros mismos, sino para satisfacer el corazón de Cristo. Y en caso de que prosperemos y obtengamos ganancia, seremos un obstáculo para el Señor y él sufrirá la pérdida. Si nos contentásemos con la ganancia de Dios nos veríamos libres del orgullo y de los celos.

Pablo sembró y Apolos regó de modo que la obra no fue realizada por una sola persona, para que nadie pudiese decir «Yo soy de Pablo» o «Yo soy de Apolos». La obra es para Cristo y no para los obreros. Nosotros somos como el pan en las manos del Señor. Cuando las personas comen, le dan las gracias a Aquel que da el pan y no al pan mismo. Del principio al fin, la obra entera es para Cristo, nunca para nosotros.

Cristo debiera también ocupar el primer lugar en nuestro mensaje. Como lo hicieron aquellos en los primeros tiempos de la iglesia, también nosotros deberíamos predicar a «Jesucristo como Señor», y no saber nada entre los demás sino «a Jesucristo, y a éste crucificado». Cristo es el centro del propósito y del plan de Dios, y la cruz se encuentra situada en el centro de la obra de Dios, ya que opera para cumplir su propósito. La cruz tiene como fin dejar a un lado todo lo que es de la carne

para que Cristo pueda tener la preeminencia, así que nuestro mensaje central no debiera de ser la dispensación, la profecía, ni la figura, ni el reino, ni el bautismo, ni el dejar denominaciones, ni el hablar en lenguas, ni el guardar el día de reposo, ni la santidad ni ninguna otra cosa, sino que debiera ser Cristo, y la centralidad de Dios es Cristo. Por lo tanto, también nosotros debemos hacer que Cristo sea nuestro centro.

En toda la Biblia las verdades están unidas en forma orgánica de la misma manera que lo está la rueda a todos sus rayos. Cristo es el centro. Así que necesitamos relacionar las otras verdades con la central. Deberíamos de saber dos cosas: (1) en qué consiste esta verdad en particular, de qué habla, y (2) cuál es la relación entre esta verdad específica y el centro.

Cuando realizamos la obra debemos siempre atraer a las personas al centro y mostrarles que Cristo es el Señor. Es imposible para nosotros intentar realizar la obra desde una base puramente objetiva. Debemos ser primeramente quebrantados por Dios a fin de hacer que Cristo tenga la preeminencia en nuestras vidas antes de que podamos ayudar a otros a que acepten a Cristo como Señor para que también en las vidas de esas personas Cristo tenga la preeminencia.

Es necesario que permitamos que Cristo tenga la preeminencia en las pequeñas cosas a lo largo del día para poder así predicar el mensaje de Cristo como centro. ¡Qué maravilloso sería que cada uno de nosotros colocásemos a Cristo en el trono!

Watchman Nee
Obrero cristiano chino (1903-1972)
(Condensado de EL Plan de Dios)

Apenas un hombrecito

La primera novia de Mozart desistió de su elección cuando conoció más del mundo, y abandonó al compositor. Ella lo hallaba muy pequeño de estatura. Cuando el mundo comenzó a reconocer su grandeza, la ex novia explicó más tarde su rechazo: "Yo no conocía nada de la grandeza de su genio, vi en él nada más que un hombrecito".

Del mismo modo, Cristo fue rechazado por el mundo, como muestra Isaías 53: "No hay parecer en él ni hermosura; le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos. Despreciado y desechado entre los hombres". ¡Cuán sorprendidos quedarán aquellos mismos hombres cuando Lo vean en su belleza y gloria!

Tomado de À Maturidade

Que nadie se aflija en su pobreza,
porque el reino universal ha sido revelado.
Que nadie esté de luto porque ha caído una y otra vez,
porque el perdón se ha levantado del sepulcro.
Que nadie tenga temor a la muerte,
porque la muerte de nuestro Salvador nos ha libertado.
Él la ha destruido resistiéndola.

Juan Crisóstomo, obispo de Constantinopla (347-407)

Cristo, el centro y el corazón de la Biblia

El Antiguo Testamento describe a una nación. El Nuevo Testamento describe a un Hombre. La nación fue establecida y sustentada por Dios para que trajese a aquel Hombre al mundo.

Dios mismo se hizo hombre para dar al género humano una idea concreta, definida y palpable de lo que es la Persona que debemos tener en mente cuando pensamos en Dios. Dios es tal como Jesús. Jesús es Dios encarnado, en forma humana.

Su aparición en la tierra es el acontecimiento central de toda la historia. El Antiguo Testamento proporciona el escenario para ese apareamiento. El Nuevo Testamento lo describe.

Como hombre, Jesús vivió la vida más peculiarmente bella que se haya conocido. Él fue el hombre más bondadoso, más tierno, más amable, más compasivo que haya existido. Amaba a las personas. Detestaba verlas afligidas. Le gustaba perdonar. Se deleitaba en ayudar. Obraba milagros asombrosos para alimentar al pueblo hambriento. Aliviando a los que sufrían, se olvidaba de comer. Multitudes cansadas, vencidas por los dolores, de corazón afligido, venían a él y encontraban cura y alivio. De él, y de ningún otro, se ha dicho que, si fuesen registradas todas sus obras de bondad, el mundo no podría contener los libros. Jesús fue este tipo de hombre. Y Dios es esta clase de Persona.

Después, él murió en una cruz, para quitar el pecado del mundo, haciéndose el Redentor y Salvador del hombre. Y más

aun, resucitó de los muertos y ahora vive. Sin embargo, él no es solo un personaje histórico, sino una Persona viva. Él es el hecho más relevante de la historia y la fuerza más vital en el mundo de hoy.

Toda la Biblia se desarrolla en torno a esta bella historia de Cristo y de su promesa de vida eterna, hecha a todos aquellos que lo aceptan. La Biblia fue escrita solamente para que el hombre crea, comprenda, conozca, ame y siga a Cristo.

Cristo, el centro y la razón de ser de la Biblia, es el centro y la razón de ser de nuestras vidas. Nuestro destino eterno está en sus manos. De aceptarlo o de rechazarlo depende, para cada uno de nosotros, la gloria eterna o la ruina eterna, el cielo o el infierno; o uno, u otro. La más importante decisión que alguien pueda ser llamado a tomar es la de resolver, en su corazón, definitivamente, la cuestión de su actitud para con Cristo. De eso depende todo.

Ser creyente es una cosa gloriosa, el más elevado privilegio de la raza humana. Aceptar a Cristo como Salvador, Señor y Maestro, empeñarse sincera y piadosamente por seguirlo en el camino de la vida que él enseñó, es, cierta y decididamente, el modo más razonable y más satisfactorio de vida. Eso significa paz, paz de espíritu, contentamiento de corazón, perdón, gozo, esperanza, vida, vida aquí y ahora, vida abundante, vida que nunca tendrá fin.

*Henry Halley (1874-1965)
Maestro bíblico norteamericano.
Tomado de Manual Bíblico.*

De ateo a apologista cristiano



C.S. Lewis, uno de los autores cristianos más influyentes del siglo XX, que logró hacer comprensibles los misterios de la fe a niños e intelectuales.

C.S. Lewis es una figura única y atípica en el escenario cristiano del siglo XX. Ateo más de la mitad de su vida (durante su juventud se sintió fuertemente atraído hacia el ocultismo, aunque nunca llegó a practicarlo), llegó a ser no solo cristiano, sino un apologista, conferencista radial y profesante cristiano en un ambiente —el académico— donde serlo era impopular y donde más valía callar cualquier fe que se tuviese.

Ni católico ni evangélico propiamente tal, sin embargo, hoy es valorado y leído por ambos sectores, los cuales hacen fuerza por hacerle suyo, y hasta canonizarle. No siendo un teólogo, y más aun, siendo criticado en varios puntos por los más ortodoxos, ha difundido la fe cristiana más que ninguno, y su talla ha alcanzado tal valía que su solo nombre inspira respeto y da aires a quien lo cita.

Pero, ¿es C.S. Lewis un personaje digno de integrar la galería de los cristianos prominentes en el último período de la historia de la iglesia? ¿Un cristiano que vivió la vida cristiana tan solitaria, y peculiarmente?

Clive Staples Lewis fue bautizado el 29 de Junio de 1899 en la iglesia de San Marcos Dundela de Belfast, Irlanda. Su

padre, Albert, era notario y provenía de una familia de granjeros de Gales que habían inmigrado a Irlanda. Había empezado como obrero y terminó como socio de una importante firma de ingeniería y armadores de buques. De talante sentimental, era apasionado y melodramático; tan tierno como lleno de ira, muy al contrario de su madre, Florence Augusta Hamilton que hacía gala de una mente crítica e irónica. Ella provenía de una familia de clérigos y abogados y era la hija de un pastor protestante. Esta diferencia tan notable de caracteres en las familias, marcó parte del temperamento y carácter de C. S. Lewis.

Desde su más tierna infancia estuvo rodeado de libros de todas clases. Lejos de ser criado en un puritanismo estricto, Lewis fue enseñado en la rutina de ir a la iglesia y de orar a su debido tiempo, cosa que él aceptó sin mayor interés.

En 1908, cuando solo contaba 9 años de edad, su madre enfermó de cáncer y murió. Esta muerte marcó su vida. Antes de que terminara el mes de septiembre de ese mismo año, su padre tomó la decisión de enviarlos, a él y a su hermano mayor Warren, a un estricto internado inglés.

Primeros aprendizajes

Como estudiante secundario, en el Cherbourg School, en Malvern, Lewis fue un aventajado lector de los poemas homéricos en su idioma original, un pésimo estudiante de matemáticas y un admirador de las obras de arte. Dominaba también el francés, el alemán, el italiano. Admiraba la mitología nórdica, y oía con fascinación la música de Richard Wagner.

Le decían «Jack», después de haberle dicho «Jacksie» durante mucho tiempo, y en su fuero íntimo estaba completamente seguro de que Dios no existía. Su ateísmo se muestra tempranamente con gran dureza: «No creo en ninguna religión», dice. «No hay absolutamente ninguna prueba para ninguna de ellas, y desde el punto de vista filosófico, el cristianismo no es ni siquiera la mejor. Todas las religiones, o sea todas las mitologías, para darle su nombre correcto, son simplemente un invento del hombre».

Lewis sentía el mundo como un espacio terriblemente frío y vacío, donde la historia humana era en gran parte una secuencia de crímenes, guerras, enfermedades y dolor. «Si me piden que crea que todo esto es obra de un espíritu omnipotente y misericordioso —decía—, me veré obligado a responder que todos los testimonios apuntan en dirección contraria». Sin embargo, agregaría después, con la perspectiva de los años, «la solidez y facilidad de mis argumentos planteaban un problema: ¿Cómo es posible que un universo tan malo haya sido atribuido constantemente por los seres humanos a la actividad de un sabio y poderoso creador? Tal vez los hombres

sean necios, pero es difícil que su estupidez llegue hasta el extremo de inferir directamente lo blanco de lo negro».

Si bien las palabras del cristianismo, en el que sus padres protestantes lo educaron, le habían sido útiles en las peores noches de duelo infantil; si bien la lectura de la Biblia lo había salvado del dolor penetrante que había llegado a sentir en la soledad del internado; ahora, en 1914, al tiempo que abandonaba el colegio para ser instruido por un tutor llamado William Kirkpatrick, estaba convencido de que la religión era «un sinsentido en el que la humanidad vive perdida».

El señor Kirkpatrick era, sin duda, el ateo que necesitaba en esos momentos para reforzar sus convicciones. Él corrigió sus primeros poemas; le enseñó a llegar a sus propias conclusiones; a debatir fiera y lógicamente; y lo animó a ser cínico ante una naturaleza que podía dejarnos huérfanos de un día para otro. Le permitió decir que lo único que nunca perderíamos —lo único en lo que valía la pena crear— era la imaginación.

Con Kirkpatrick, Lewis desarrolló el arte de argumentar, que le sería útil después para batallar a favor de Dios. Con Smiugy, otro querido maestro anterior, había aprendido con deleite las claves de la gramática y la retórica en los textos clásicos; con Kirkpatrick, en cambio, aprendió dialéctica. Una dialéctica irónica y sutil: «Si alguna vez ha existido un hombre que fuera casi un ente puramente lógico, ese hombre fue Kirk (...). Le asombraba que hubiera quien no deseara que le aclarasen algo o le corrigiesen (...). Al final, a menos que me sobreestime, me convertí en un «sparring» nada despreciable. Fue un

gran día aquél en que el hombre que durante tanto tiempo había peleado para demostrar mi imprecisión, me acabó advirtiéndome de los peligros de tener una sutileza excesiva».

Poco a poco, Lewis llegó a sentirse cómodo y confirmado en su ateísmo: «Para un cobarde como yo, el universo del materialista tenía el enorme atractivo de que te ofrecía una responsabilidad limitada. Ningún desastre estrictamente infinito podía atraparte, pues la muerte terminaba con todo (...). El horror del universo cristiano era que no tenía una puerta con el cartel de 'Salida'».

Le gustaba citar a Lucrecio, como quien tenía el argumento más fuerte a favor de su postura:

*Nequaquam nobis divinitus esse paratam
Naturam rerum; tanta stat praeedita culpa.*
(Si Dios hubiera diseñado el mundo, no sería un mundo tan frágil y defectuoso como lo vemos).

Sin embargo, como no hay ateo en estado puro, Lewis después diría en su autobiografía «(por ese tiempo) yo vivía, como tanto ateos o antiteístas, en un torbellino de contradicciones. Afirmaba que Dios no existía. A la vez, estaba furioso con Dios por no existir. Y estaba igualmente enojado con Él por haber creado un mundo».

Su carácter reconcentrado y serio le alejaba del contacto con las personas – de hecho, tuvo muy pocos amigos – y más que buscar entretención en sus horas quietas, le interesaba no ser interrumpido. Asiduo lector, tuvo siempre a disposición en casa la nutrida biblioteca de su padre, y después, mientras estudiaba fuera de ella, se suscribía a las mejores librerías para recibir libros recién publi-

cados. En Inglaterra existían muchas publicaciones de bajo costo que un estudiante acomodado como él podía financiar.

Su itinerario intelectual e ideológico está marcado, pues, por innumerables lecturas. Tan aventajado llegó a ser en ello que ni él mismo estaba consciente de sus ventajas comparativas con otros jóvenes hasta cuando se presentó en la universidad. Fue admitido de inmediato, y su carrera como estudiante y después como profesor llegó a ser brillante.

A fines de 1916 se presentó en Oxford para el examen a una beca. Entró en la Residencia en el trimestre del verano de 1917. Corrían los tiempos de la Primera Guerra Mundial y tuvo que alistarse en el ejército. Fue herido en la batalla de Arras, el lunes 15 de abril de 1918, tras sobrevivir a una serie de explosiones en el monte Berenchon. En combate perdió a su gran amigo Paddy Moore, cuando ya el armisticio comenzaba a asomarse: tuvo que enterrarlo en un campo refundido en el sur de Peronne.

Mientras convalecía de sus heridas en el hospital de Le Tréport, tuvo su primer encuentro con la obra de G.K. Chesterton, el primer «misil» cristiano que recibió su enconado ateísmo. «Nunca había oído hablar de él ni sabía qué pretendía. Tampoco puedo entender demasiado bien por qué me conquistó tan inmediatamente. Se podría esperar que mi pesimismo, mi ateísmo y mi horror hacia el sentimentalismo hubieran hecho que fuera el autor con el que menos congeniase (...). Al leer a Chesterton, como al leer a MacDonald, no sabía dónde me estaba metiendo».

La lectura de las obras de George McDonald, por su parte, le abrió la frontera a un nuevo mundo, un mundo de beatitud en donde Dios estaba más cerca de la realidad de lo que nunca antes había vivido. Leer a Chesterton y a McDonald no era lo más recomendable para uno que se decía ser ateo.

En enero de 1919 regresó a Oxford y vivió situaciones y que tuvieron una in-

Poco a poco, Lewis llegó a sentirse cómodo y confirmado en su ateísmo: «Para un cobarde como yo, el universo del materialista tenía el enorme atractivo de que te ofrecía una responsabilidad limitada».

fluencia esencial en su forma de ver la vida. Entre ellas, las conversaciones con un cura católico apóstata; la experiencia de ver a un ser querido que había experimentado con toda clase de experiencias «espirituales» volverse loco (experiencia que lo alejó definitivamente del ocultismo y que retrató más tarde en Weston, el arrogante científico de su libro «Perelandra»); y la conversión de sus mejores amigos a la corriente antroposofista de Steiner que invadía el mundo intelectual de la época. Todo esto le llevó a plantearse cuestiones que hasta entonces creía tener resueltas.

A causa de una promesa hecha a su amigo Paddy antes de morir, Lewis se hizo cargo de la madre de él, Janie King

Moore y de su hija Maureen, que quedaron desamparadas, y las instaló en su casa. La mujer se convirtió en una especie de madrastra, que gobernaba la vida de Lewis y de su hermano Warnie. Lewis la llamaba «madre» y Warnie la aborrecía. Con todo, Lewis la habría de sostener en los próximos treinta años, hasta su muerte en 1951.

El 1922 terminó su carrera con las más altas calificaciones, y estuvo un año más dedicado al estudio de la literatura inglesa. En tanto, su pensamiento se iba conformando principalmente por las lecturas de autores cristianos, pese a su ateísmo, pues en ellos encontró una plenitud de vida que faltaba en el racionalismo laico.

«Todos los libros empezaban a volverse en mi contra (...). No solo MacDonald, que había hecho por mí más que ningún escritor, pero era una pena que estuviese tan obsesionado por el cristianismo. Chesterton tenía más sentido común que todos los escritores modernos juntos..., prescindiendo, por supuesto, de su cristianismo. Johnson era uno de los pocos autores en los que me daba la impresión de que se podía confiar totalmente, pero curiosamente tenía la misma chifladura. Por alguna extraña coincidencia a Spencer y Milton les pasaba lo mismo. Incluso entre los autores antiguos iba a encontrar la misma paradoja. Los más religiosos (Platón, Esquilo, Virgilio) eran claramente aquellos de los que podía alimentarme de verdad. Por otro lado, con los escritores que no tenían la enfermedad de la religión y con los que, teóricamente, mi afinidad tenía que haber sido total (Shaw, Wells, Mill, Gibbon, Voltaire), ésta afinidad me parecía un

poco pequeña. No era que no me gustaran. Todos ellos eran entretenidos, pero nada más. Parecían poco profundos, demasiado simples. El dramatismo y la densidad de la vida no aparecían en sus obras». Era como si Dios lo fuese encerrando en su propio reducto, el de sus preferencias literarias.

En 1925 pasó a formar parte del claustro de profesores del *Magdalen College*, ejerciendo como maestro de lengua y literatura inglesa. Al año siguiente conoce a J.R.R. Tolkien, con quien fundará más adelante, junto a Charles Williams y Owen Barfield, el Club de los Inklings para discutir sobre literatura y filosofía.

La amistad con J.R.R. Tolkien fue muy significativa y duradera, a veces interrumpida, pero nunca rota, y ayudó eficazmente a la caída de algunos de sus prejuicios. Lewis recuerda que «al entrar por primera vez en el mundo, me había advertido (implícitamente) que no confiase nunca en un papista (católico), y al entrar por primera vez en la Facultad (explícitamente), que no confiara nunca en un filólogo. Tolkien era ambas cosas».

Lewis fue un gran apoyo para éste en cuanto a la creación de su Tierra Media en «El Señor de los anillos», ya que oía sin parar a Tolkien recitándole su novela, al igual como hacían con otras, tales como la *Ilíada* y *Odisea* de Homero, o la *Divina Comedia* de Dante; y así, Lewis alentó siempre a J.R.R. a que terminara su obra.

Su andadura ideológica tuvo su clímax cuando Lewis lee *The Everlasting Man*, de Chesterton: su ateísmo tiene los días

contados. «Leí el *Everlasting Man* (El hombre eterno) de Chesterton, y por primera vez vi toda la concepción cristiana de la historia expuesta de una forma que parecía tener sentido (...). No hacía mucho que había terminado el libro, cuando me ocurrió algo mucho peor. A principios de 1926, el más convencido de todos los ateos que conocía se sentó en mi habitación al otro lado de la chimenea y comentó que las pruebas de la historicidad de los Evangelios eran sorprendentemente buenas. «Es extraño», continuó, «esas majaderías de Frazer sobre el Dios que muere. Extraño. Casi parece como si realmente hubiera sucedido alguna vez». Para comprender el fuerte impacto que me supuso, tendrías que conocer a aquel hombre (que nunca ha demostrado ningún interés por el cristianismo). Si él, el cínico de los cínicos, el más duro de los duros, no estaba a salvo, ¿a dónde podría volverme yo? ¿Es que no había escapatoria?».

Conversión

Lewis se siente acorralado y nos describe su situación con una imagen muy británica: «La zorra había sido expulsada del bosque hegeliano y corría por campo abierto ‘con todo el dolor del mundo’, sucia y cansada, con los sabuesos pisándole los talones. Y casi todo el mundo pertenecía a la jauría: Platón, Dante, MacDonald, Herbert, Barfield, Tolkien, Dyson, la Alegría. Todo el mundo y todas las cosas se habían unido en mi contra».

Siente entonces que su Dios filosófico empieza a agitarse y a levantarse, se quita el sudario, se pone en pie y se convierte en una presencia viva. La filosofía deja de ser un juego lógico desde que ese Dios

renuncia a la discusión y se limita a decir: «Yo soy el Señor».

Lewis confiesa: «Debes imaginarme solo, en aquella habitación del *Magdalen*, noche tras noche, sintiendo, cada vez que mi mente se apartaba del trabajo, el acercamiento continuo, inexorable, de Aquél con quien, tan encarecidamente, no deseaba encontrarme. Al final, Aquél a quien temía profundamente cayó sobre mí. Hacia la festividad de la Trinidad de 1929 cedí, admití que Dios era Dios y, de rodillas, oré. Quizá fuera aquella noche el converso más desalentado y remiso de toda Inglaterra». Más adelante escribiría acerca de esto: «Entré al Cristianismo pateando y gritando».

Pero quedaba el paso de identificar a ese Dios personal con Jesucristo. «Hasta entonces yo había supuesto que el centro de la realidad sería algo así como un lugar. En vez de eso, me encontré con que era una Persona». Y el día que identifica a Jesucristo con esa Persona sabe que ha dado su último paso, y lo recordará siempre. Fue un día que viajaba en un autobús de dos pisos: «Me llevaban al zoo de Whipsnade una mañana soleada. Cuando salimos, no creía que Jesucristo fuera el Hijo de Dios, y cuando llegamos al zoológico, sí. Pero no me había pasado todo el trayecto sumido en mis pensamientos, ni en una gran inquietud (...). Mi estado se parecía más al de un hombre que, después de dormir mucho, se queda en la cama inmóvil, dándose cuenta de que ya está despierto».

En su libro «Milagros», reflexiona acerca de las circunstancias que lo llevaron a conocer a Dios: «Nunca tuve la experiencia de buscar a Dios; fue exactamente a

la inversa, Él fue el cazador (o eso me pareció) y yo el venado». Se sintió como «acechado» por «un piel roja», que «apuntó infaliblemente y disparó». Lewis tenía la misma edad de San Agustín.

Su padre alcanzó a enterarse de la buena noticia, antes de morir en septiembre de ese mismo año.

La conversión, cuyo itinerario reconstruiría en *El Regreso del peregrino* (1933), llevó a Lewis a las filas del anglicanismo. No se hizo católico, como hubiera deseado su amigo Tolkien – decía que lo había sacado del ateísmo sólo para echarlo en brazos de la Iglesia de Inglaterra. Lewis fue un cristiano de vocación amplia, jamás un sectario. Según el teólogo evangélico James I. Packer, el cristianismo de Lewis sería algo así como «un anglicanismo conservador de tendencias *catolizantes*» (ique no romanistas!).

En su libro *Cristianismo esencial* Lewis habrá de comparar la Iglesia con una casa con muchas habitaciones, y recomienda: «Cuando hayas escogido tu propia habitación, sé amable con quienes han escogido diferentes puertas, y con quienes aún permanecen en el salón de espera. Si se han equivocado, necesitan de tus oraciones mucho más; si son enemigos tuyos, tienes la obligación de orar por ellos. Esta es una de las reglas comunes de la casa».

A partir de entonces, su vida como intelectual y escritor experimentó un ascenso continuo, aunque no exento de problemas. Como académico, Lewis sufrió mucho a causa de su fe cristiana, ya que su conversión no le hizo muy popular en

la Universidad. Su valiente defensa del carácter sobrenatural del Evangelio provocó mucho rechazo en círculos académicos. La filosofía que dominaba entonces en Oxford era una especie de idealismo, totalmente opuesto a la fe cristiana, incluso dentro de la misma teología. De hecho, su compromiso público con el cristianismo le valió ser rechazado constantemente por Oxford para el cargo de profesor titular de cátedra (nunca fue más que un tutor), siendo que era el mayor erudito en literatura medieval y renacentista de Inglaterra. Más tarde, casi al final de su vida, Cambridge habría de reparar esta injusticia concediéndole la cátedra de literatura que Oxford siempre le negó.

El problema del dolor

En 1940, Lewis escribe por encargo *The problem of pain* (El problema del dolor), donde desarrolla uno de los temas más difíciles de entender por cristianos y no cristianos. Si Dios fuera bueno y todopoderoso, ¿no podría impedir el mal y hacer triunfar el bien y la felicidad entre los hombres? En esas páginas que se han hecho famosas, Lewis reconoce que «es muy difícil imaginar un mundo en el que Dios corrigiera los continuos abusos cometidos por el libre albedrío de sus criaturas. Un mundo donde el bate de béisbol se convirtiera en papel al emplearlo como arma, o donde el aire se negara a obedecer cuando intentáramos emitir ondas sonoras portadoras de mentiras e insultos».

«En un mundo así, sería imposible cometer malas acciones, pero eso supondría anular la libertad humana. Más aún, si lleváramos el principio hasta sus últimas consecuencias, resultarían imposi-

bles los malos pensamientos, pues la masa cerebral utilizada para pensar se negaría a cumplir su función cuando intentáramos concebirlos. Y así, la materia cercana a un hombre malvado estaría expuesta a sufrir alteraciones imprevisibles. Por eso, si tratáramos de excluir del mundo el sufrimiento que acarrea el orden natural y la existencia de voluntades libres, descubriríamos que para lograrlo sería preciso suprimir la vida misma».

Pero esto no muestra el sentido del dolor, si es que lo tiene. Ni demuestra que Dios pueda seguir siendo bueno cuando lo permite. Para intentar explicar este misterio, Lewis recurre a la que quizá sea la más genial de sus intuiciones. «El dolor, la injusticia y el error –nos dice– son tres tipos de males con una curiosa diferencia: la injusticia y el error pueden ser ignorados por el que vive dentro de ellos, mientras que el dolor, en cambio, no puede ser ignorado, es un mal desenmascarado, inequívoco: toda persona sabe que algo anda mal cuando ella sufre. Y es que Dios –afirma Lewis– nos habla por medio de la conciencia, y nos grita por medio de nuestros dolores: los usa como megáfono para despertar a un mundo sordo».

Lewis explica que «un hombre injusto al que la vida sonríe no siente la necesidad de corregir su conducta equivocada. En cambio, el sufrimiento destruye la ilusión de que todo marcha bien».

«El dolor como megáfono de Dios es, sin la menor duda, un instrumento terrible. Puede conducir a una definitiva y contumaz rebelión. Pero también puede ser la única oportunidad del malvado para corregirse. El dolor quita el velo de la

apariciencia e implanta la bandera de la verdad dentro de la fortaleza del alma rebelde».

Lewis no dice que el dolor no sea doloroso. «Si conociera algún modo de escapar de él, me arrastraría por las cloacas para encontrarlo». Su propósito es poner de manifiesto lo razonable y verosímil de la clásica doctrina cristiana sobre la posibilidad de perfeccionarse por las tribulaciones.

Lewis se hizo célebre para el gran público poco después gracias a una serie de cartas paródicas publicadas durante 31 sábados de 1941 en el diario «The Guardian» bajo el título de «Cartas del diablo a su sobrino». Cuando Lewis publicó estas cartas, se le criticó el hecho de que en un tiempo de guerra y nazismo, no hablara más que de glotonería, egoísmo y orgullo espiritual. Pero en esto Lewis era más sabio que sus críticos. «No importa lo leves que puedan ser sus faltas, con tal de que su efecto acumulativo sea empujar al hombre lejos de la luz y hacia el interior de la Nada. El asesinato no es mejor que el juego de naipes para lograr ese fin, si los naipes son suficientes para lograr este fin. De hecho, el camino más seguro hacia el infierno es el gradual, la suave ladera, blanda bajo el pie, sin giros bruscos, sin hitos, sin señalizaciones»...

Luego vino su incursión en la radio BBC, ofreciendo charlas motivacionales para sus compatriotas en medio del fragor de la Segunda Guerra Mundial. El general británico Sir Donald Hardman resume lo que significaron para los ingleses estas conferencias: «*La guerra, la totalidad de la vida, todo tiende a perecer sin sentido. Necesitábamos, muchos de no-*

sotros, la clave para el sentido del universo. Lewis proporciona precisamente eso. Mejor aún, él nos devolvió la fe cristiana tradicional para que podamos tener una confianza renovada, con algo así como la seguridad».

Las Crónicas de Narnia

Su trabajo como escritor de ficción tuvo su punto de partida en una de las tertulias literarias del Club de los Inklings, en

«Toda persona sabe que algo anda mal cuando ella sufre. Y es que Dios –afirma Lewis– nos habla por medio de la conciencia, y nos grita por medio de nuestros dolores: los usa como megáfono para despertar a un mundo sordo».

1937. Lewis y Tolkien hablaron sobre lo poco que les gustaban las historias que se hacían entonces. «Me temo que tendremos que intentar escribirlas nosotros», dijo Lewis. Y acordaron que Tolkien escribiera una historia sobre un viaje en el tiempo y Lewis sobre una travesía espacial. Así nació «El camino perdido» de Tolkien, y «Más allá del planeta silencioso», de Lewis, la primera parte de la trilogía Ransom, en 1938. (Las otras dos son *Perelandra* y *Esa Fuerza Maligna*, que Arthur C. Clarke llamó «uno de los pocos trabajos de ficción espacial que puede ser clasificado como literatura»).

En 1950 publicó la primera de las siete novelas infantiles que conformarían las célebres «Crónicas de Narnia». Se llamaba «El León, la Bruja y el Ropero». Sus protagonistas eran cuatro niños que recordaban a los hijos de esas familias que se iban a vivir en casas de las afueras de Londres por culpa de la guerra. Y su historia sucedía en un mundo fantástico semejante a los paraísos de Dante o de Milton o de la mitología noruega.

La saga muestra el mundo imaginario de Narnia, habitado por animales parlantes, seres mitológicos, gigantes, enanos, unicornios, dríades, náyades, centauros, sátiros, faunos, animales como castores y tejones, y seres humanos; una alegoría diversa del mundo, con claves espirituales presididas por Aslan, el león creador y sustentador del universo, figura omnipresente detrás del devenir de la historia, como un dramaturgo tras bambalinas que se hace ver en momentos escogidos, especialmente por Lucía, la niña iluminada.

Las Crónicas plantean el conflicto de la fe: que es el ver y el no ver. Aun entendiendo que Dios está presente en el mundo, su presencia a veces es elusiva. Sin embargo, al final de la historia, como Lewis describe siempre, Él está detrás de todas las cosas: el problema estriba simplemente en nuestra dificultad para verlo.

Resulta bastante evidente que en Narnia, Aslan el León, es Cristo, el cual es sacrificado en la Mesa de Piedra y resucita (tomo I), está presente en la Creación (tomo VI) y en el Juicio (tomo VII). En un pasaje (tomo III) se revela como tal, y hasta se transcribe una escena evangélica (Juan, 21).

En una carta a un niño que leía sus historias, en 1961, Lewis mismo se encargaría de aclarar el misterio de Narnia. «Toda la historia de Narnia se refiere a Cristo». Y luego agrega: «*Supongamos que existiese un mundo como Narnia, y supongámos que Cristo quisiese ir a ese mundo y salvarlo (como en efecto lo hizo por nosotros). ¿Qué pasaría entonces?*» El mismo Lewis contesta a esta pregunta diciendo: «*Pues las crónicas son mi respuesta. Como Narnia es un mundo de bestias que hablan, pensé en encarnarlo como una bestia que habla. Le di forma de león porque se supone que el león es el rey de las bestias, y Cristo es el **León de Judá** mencionado en la Biblia.*»

A partir de la publicación de Las Crónicas de Narnia, el nombre de C.S. Lewis se hizo muy conocido en el mundo entero. Comenzó a recibir miles de cartas de sus lectores – la mayoría niños – a quienes responde escrupulosa y amablemente.

Matrimonio y duelo

Entre sus muchos lectores, Lewis entabló amistad epistolar con una lectora norteamericana, Joy Davidman Gresham, quien viajó a Inglaterra a visitarlo en 1952. Lewis, un solterón ineludible de 53 años, se sintió atraído hacia ella. Poco después, ella se trasladó a vivir a Inglaterra, donde continuaron cultivando una amistad más seria.

El 23 de abril de 1956 ellos se casaron por lo civil, acuciados por el hecho de que ella debería abandonar el país si no renovaba su visa, y esto se conseguía de la manera más segura a través del matrimonio. Así ella obtuvo su ciudadanía bri-

tánica, con un matrimonio por conveniencia, sin consumación.

Pronto, sin embargo, sobrevino una triste noticia a la pareja de amigos: Joy estaba enferma de cáncer, y le quedaba muy poco tiempo. Entonces decidieron casarse del todo. La ceremonia, según los ritos de la Iglesia en Inglaterra ocurrió casi un año después del matrimonio civil, el 21 de marzo de 1957, en un altar improvisado junto a la cama en donde ella trataba de dormir todas las noches.

Joy significó para Lewis no sólo el amor de una mujer, sino también una amiga y una interlocutora activa, inteligente y dispar.

A partir del matrimonio, la recién casada, «radiante, encantadora e intensamente femenina» según la descripción de Warren, experimentó una transitoria recuperación de la enfermedad terminal a fuerza de querer vivir al lado de su esposo. En julio del año siguiente, 1958, emprendieron una feliz luna de miel que terminó dos años después, tras una serie de viajes por Irlanda, Grecia e Italia, cuando el cuerpo de ella dejó de ser capaz de retenerla.

Joy Davidson murió en la noche del miércoles 13 de julio de 1960 a la edad de 45 años. Su esposo, en ese entonces un nombre admirado por los lectores del mundo, una verdadera institución británica del tamaño de Hitchcock o la reina, se despidió de ella en una habitación de la enfermería Radcliffe.

Clifford Morris, el chofer que lo llevaba de un lado a otro siempre que fuera necesario, fue la primera persona que trató de consolarlo. Lo vio llorar. Lo vio

dudar de la bondad de Dios en las primeras horas de la madrugada. Lo dejó en su casa cuando empezaba a amanecer. Según dice, en la mañana Lewis se veía mejor, más resignado a su suerte, convencido de que la fe era lo único que nunca perdería.

Durante el tiempo de la enfermedad, Lewis se había consagrado a cuidarla, postergando toda otra actividad. Abandonó su producción literaria y sólo dio a conocer un libro testimonial, un grito de agonía por la muerte de Joy, *A Grief Observed (Una pena observada)*, en 1961, basado en apuntes tomados en los difíciles momentos vividos. En dicho libro, no sólo vuelca su tristeza, sino las grandes interrogantes que surgen en el contexto de un dolor tan grande como es la muerte de un ser amado. Una lección de templanza y reflexión, un libro que llama la atención, en primer lugar, al sentido de la vida, al estar en contacto con la muerte, y la razón de la fe, para sortear un momento tan difícil.

Esta dramática historia de amor fue llevada al cine por Richard Attenborough, en la película «*Shadowslands*» (*Tierras de sombras*), en 1993.

Obra y pensamiento cristiano

En su larga carrera intelectual, recibió muchos premios y honores, doctorados y reconocimientos en diversas universidades. Incluso se le concedió la Orden del Imperio Británico, que él rehusó.

La obra de C.S. Lewis es ingente y diversa. Y a través de toda ella se encuentra ese sello personalísimo de su autor, su frescura, su bondad, su inteligencia y sensibilidad.

Pero donde verdaderamente puso todo su empeño fue en la difusión de la fe cristiana. Esta prolífica actividad pro-cristiana hizo que su amigo Tolkien volviera a rezongar: Lewis corría el riesgo de convertirse en un «teólogo de bolsillo» (*everyman's theologian*).

Entre estas obras destacan, aparte de *El problema del dolor* y *Cartas del diablo a su sobrino*, *El gran divorcio* (1945), *Mero cristianismo* (1952), con su propuesta de un credo esencial y unitario, *Reflexiones sobre los salmos* (1958) y *Cartas a Malcom, especialmente sobre la oración* (1963). Tras su muerte, Walter Hooper, su albacea literario, editaría *Dios en el banquillo* (1970) y *Reflexiones cristianas* (1967), entre otras.

Siempre vigilante a la actualidad (aunque no acostumbraba leer los periódicos), sensible a los problemas del hombre, no perdía ocasión para dar un testimonio de verdad intemporal, pues consideraba que los medios de comunicación de masas se concentran en lo efímero y transitorio y llevan a los individuos y la sociedad lejos de Dios. Cualquier oportunidad era propicia para hablar, escribir, impugnar, rebatir, contradecir y pelear con argumentos lógicos, como ecuaciones precisas de la geometría divina.

Lewis explicó y defendió la fe cristiana al hombre de hoy, y lo hizo poniendo su talento y sus conocimientos al servicio de Dios.

Si hay algo central en la apologética de Lewis, ésa es su afirmación de la deidad de Cristo. Uno de sus temas comunes a lo largo de toda su obra, es su ataque a la idea de que Jesús pudiera ser simple-

mente un maestro de ética o un modelo de ejemplo moral.

En su famoso trilema (Lewis Trilemate), Lewis plantea que del hecho de que Jesús afirmara ser Hijo de Dios se puede llegar a tres conclusiones, una de las cuales debe ser cierta. (1) Estaba Loco, era un Lunático, que se creía Hijo de Dios sin serlo. (2) Era un Mentiroso, que hacía creer a todos que era tal cosa cuando sabía que no lo era. (3) Era lo que decía ser, Él era el Hijo de Dios.

El descartar las dos primeras por imposibles, lleva consecuentemente a creer en Jesús.

Este argumento de Lewis suele utilizarse en las obras de los apologistas cristianos, tales como Josh McDowell. Peter Kreeft lo describe como «el argumento más importante dentro de la apologética cristiana».

Este mismo argumento, lo desarrolla Lewis de otra manera en una de sus cartas: «Pienso que la gran dificultad es ésta: si no era Dios, ¿quién o qué era? En Mateo 28:19 encontramos ya la fórmula bautismal: «En el nombre del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo» ¿Quién es este «Hijo»? ¿Es el Espíritu Santo un hombre? Si no es así, ¿es un hombre quien «le envía»? (ver Juan 15:26). En Colosenses 1:17 Cristo es «antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten». ¿Qué clase de hombre es éste?» «Dejo a un lado la referencia obvia al principio del Evangelio de Juan. Tomemos algo menos evidente. Cuando llora sobre Jerusalén (Mateo 23), ¿por qué dice de repente (v. 34) «Yo os envío profetas y sabios»? ¿Quién podría decir eso, excepto Dios o un lunático? ¿Quién es este hombre que va perdonan-

do pecados? Y ¿qué acerca de Marcos 2:18-19? ¿Qué hombre puede anunciar, que simplemente porque él está presente, se acabaron actos de penitencia, como el ayuno? ¿Quién puede dar al colegio las vacaciones a mitad de curso, sino el director?».

Otro de sus aportes doctrinales fue realizar la visión del Cielo, como lugar de todo valor y contentamiento. «Si leemos la Historia, veremos que los cristianos que más hicieron por el mundo presente, fueron precisamente los que más se ocuparon del venidero», escribe en su *Cristianismo esencial*. «Es desde que los cristianos han dejado de pensar en el otro mundo, que han llegado a ser infelices en éste». Por lo que: «¡Aspiren al Cielo! Y obtendrán la tierra «por añadidura. ¡Aspiren a la tierra, y no tendrán ni lo uno, ni lo otro!», afirma.

Aunque Lewis no era un teólogo, critica fuertemente en sus ensayos el racionalismo teológico. Su respuesta a la crítica bíblica alemana es que intenta desmitificar el contenido de los Evangelios, sin saber siquiera lo qué es un mito. Por ello ataca a Rudolf K. Bultmann en su propio terreno: la crítica literaria: «Si me dice que algo de un Evangelio es una leyenda o un romance, quiero saber cuántos leyendas y romances ha leído, cómo de bien ha sido formado su paladar para detectarlas por el sabor: no cuantos años se ha pasado con este Evangelio».

Según Lewis, estos críticos quieren que creamos lo que ellos pueden leer entre líneas, cuando son incapaces siquiera de leer lo que dicen las líneas. Intentar predicar un cristianismo que niega los milagros, produce religiosos o ateos, pero

nunca cristianos. Particularmente sutil es por eso la sátira que hace del protestante liberal que va camino del Infierno en el autobús de *El gran divorcio*. Ya que en esta historia llena de inteligentes imágenes y fina ironía, hay un pastor que va allí a dar una conferencia isobre cómo hubiera evolucionado la teología de Jesús, si hubiera vivido más tiempo!

C.S. Lewis murió en Oxford de un ataque cardíaco, el 22 de noviembre de 1963, el mismo día que asesinaron al presidente Kennedy. Contaba 65 años de edad.

Valoración póstuma

En el día de hoy, a Lewis es posible verlo citado en los contextos más disímiles. El autor de eruditos textos universitarios es aplaudido por los fanáticos de la ciencia ficción, leído por los escolares y recomendado por los párrocos. Sus distintos públicos muchas veces se ignoran mutuamente, y en la mayoría de los casos desconocen al resto.

Lo ha alabado Arnold J. Toynbee y Christopher Dawson. J.B.S. Haldane y C.E.M. Joad han polemizado con él sobre el ateísmo. Yves Congar y Hans Urs von Balthasar solían citar. Entre sus lectores hallamos gente tan distinta como el papa Juan Pablo II y el crítico Kenneth Tynan, animador de la vanguardia teatral de los Sesenta.

Su influencia de fe ha alcanzado a cercanos y lejanos. A cercanos, como Douglas Greham, el hijo adoptivo de Lewis, que siendo ya adulto abrazó la fe en Jesucristo. A lejanos, como Francis Schaeffer, que construyó toda su apologética, inspirado por la obra de Lewis. Charles W. Colson, consejero de Richard Nixon, fue

tocado profundamente al leer *Cristianismo Esencial*, mientras sufría la pena por el caso Watergate; el conocido ateo Anthony Flew, participante de las tertulias literarias de Lewis en la universidad, se convirtió; lo mismo ocurrió con Francis Collins, el famoso genetista director del proyecto genoma humano, mientras leía *Mero Cristianismo*. Los miles de ateos y agnósticos que han venido a Cristo a través de sus escritos le han valido el título de «apóstol de los escépticos».

Sus novelas de ciencia ficción han llegado a ser clásicas. Brian Aldiss decía que *Lejos del planeta silencioso* era uno de los libros que más releía y Philip K. Dick solía frecuentarlo. Varias generaciones de niños han disfrutado de sus Crónicas de Narnia.

Se han publicado más de veinte antologías de sus ensayos, más de veinte estudios críticos importantes sobre su obra. Sus libros se imprimen en cualquier país

del planeta en este preciso momento. Miles de páginas de Internet hacen lo que pueden para conmemorar su figura. Escritores famosos como Daniel Handler o Eoin Colfer han reconocido su gran influencia. En una reciente encuesta realizada por la revista *Christianity Today*, fue escogido como uno de los diez cristianos más influyentes del siglo XX.

Luego de décadas de olvido, Lewis atraviesa hoy un sostenido avivamiento. Aparte de la película *Tierra de sombras*, tres de las siete Crónicas de Narnia han sido llevadas hasta hoy al cine, con un importante éxito de taquilla.

C.S. Lewis, sin duda, un vaso escogido por Dios en los claustros académicos, al margen de las grandes escuelas teológicas y los vitrales, para vindicar la Sabiduría entre los sabios de este mundo.

«Mas la Sabiduría es justificada por todos sus hijos» (Luc. 7:35).

Restitución

“Os restituiré los años que comió la oruga” (Joel 2:25).

¿Se duelen nuestros corazones por los años que hemos malgastado neciamente? Entonces demos gracias a Dios por el consuelo de conocer su poder para restituirlos.

«¡Oh!», nos lamentamos, «¡nuestros mejores años han sido devorados por la langosta! Están perdidos y jamás los podremos recuperar. ¿Qué haremos?». La respuesta es: ¡Nada! Es Dios quien restituirá esos años. En cuanto al tiempo malgastado, una década de nuestro tiempo perdido puede no haber valido más de un día a los ojos de Dios, pero si de aquí en más redimimos el tiempo, empleándolo para Dios, entonces un día puede llegar a ser igual en valor a mil años.

El día en la tierra, no está registrado en el reloj del cielo sobre la base de veinticuatro horas. Dios tiene su propia escala moral de computación. Si nuestro servicio está de acuerdo a su voluntad, tomemos aliento. ¿Quién puede decir lo que puede significar una hora a sus ojos?

Watchman Nee, en *Aguas Refrescantes*

Sofonías

Palabra clave: Remanente

Versículo clave: 1:4; 3:13

Este “compendio de toda la profecía”, a pesar de estar dirigido a Judá y Jerusalén, es un retrato del gobierno universal de Jehová. Toda la tierra es el palco donde el Juez de todo demuestra la grandiosidad de la ley y la gloria del amor. Naciones de los cuatro extremos de la tierra son escogidas como ejemplos de Su juicio justo (2:4-15). Se habla de dos remanentes: el remanente de Baal, que no escapará, y el remanente de Israel, que sobrevivirá al mismo juicio.

El periodo de Sofonías se sitúa entre 642 y 610 a. de C. Él predice la caída de Asiria juntamente con Nínive. Su profecía debe haberse dado antes de 625 a. de C, en el periodo inicial del reino de Josías, cuando las prácticas idolátricas fueron desterradas, permaneciendo, sin embargo, un remanente de adoradores de Baal.

Su mensaje es, principalmente para los judíos, una reprensión por causa de la idolatría y la deprava-

ción, una advertencia sobre el Día de Jehová, al cual se hace mención catorce veces en el capítulo 1. La gloria futura, cuando todas las naciones se unirán en adoración al único Dios, es vista anticipadamente.

Divisiones:

- 1) Sof. 1:1-2:3. *El día del juicio.*
- 2) Sof. 2:4-3:7. *La provocación.*
- 3) Sof. 3:8-20. *La salvación.*

A.T. Pierson

Símbolos y tipos en la vida de Jacob

Aunque las Sagradas Escrituras son un relato literal e histórico; con todo, por debajo de la narración, hay un significado espiritual más profundo.

El regreso de Jacob a Betel

Jacob no tuvo su plena bendición de una vez; parece que perdió algo de ella al poco tiempo, y Dios le dijo algo más tarde: «Levántate, ve a Betel y reside allí». Después de nuestras horas de oración y victoria, puede que retrocedamos. Dices: ‘Tuve esta o aquella bendición y la he perdido’. Puedes regresar a Betel y residir allí. Quizás no puedes ir al mismo altar, pero puedes estar en los mismos brazos. Vuelve a Betel; entonces Dios va a terminar la obra, y el pecado será juzgado para siempre.

El fallo de Jacob en hacer esto de modo pleno fue, quizás, el secreto de todas las pruebas ulteriores que tuvo que pasar; Jacob regresó, pero no se quedó allí. Si lo hubiera hecho habría evitado las amargas pruebas que siguieron. Pues, un poco más adelante, leemos que Jacob iba de un sitio a otro otra vez. Y pronto vino la vergüenza, la caída de Dina, la lucha de sus hijos, la traición y venta de José a los madianitas, y el hundimiento de las esperanzas de Jacob durante años. ¡Oh, hijos consagrados de Dios, es algo glorioso cruzar el Jaboc, pero es algo terrible el cruzarlo otra vez, entonces, en dirección opuesta!

Y esto es lo que hizo Jacob. Dejó a Betel, y durante unos años tuvo que beber la copa más amarga que ha bebido un mortal. No conozco nada más triste que el segundo fracaso después de la consagración.

Leemos en los Jueces que después que los israelitas hubieron entrado en la tierra de la promesa, recayeron en el pecado, y su caída duró cuatrocientos años. ¡Oh, vosotros los que habéis venido, aseguraos de quedaros en Betel; edificad vuestro altar y resistid para siempre a la sombra de su presencia!

Las escenas finales de la vida de Jacob están llenas de instrucción y consuelo. Al fin todo fue bien, y delante de Faraón, Jacob pudo decir en realidad: «Todas las cosas han cooperado para bien», y luego: «El Ángel que me ha redimido de todo mal, bendiga a los muchachos».

Todo fue bien al final, y lo mismo diremos nosotros, pobres descarriados. ¡Pero cuántas penas podríamos ahorrarnos y cuántos lazos podríamos esquivar, si siempre obedeciéramos de modo literal y completo a nuestro Dios del pacto y permaneciéramos en Él!

La tumba de Jacob

El último símbolo que consideraremos es la tumba de Jacob. Murió en Egipto; llamó a los suyos a su alrededor y a su amado José y dijo: «Si he hallado ahora gracia en tus ojos... haz conmigo misericordia y verdad: Te ruego que no me entierres en Egipto; mas cuando duerma con mis padres me sepultarás en el sepulcro de ellos». Y se lo juraron y no mucho después se movía una larga caravana que se detuvo en la cueva de Macpela.

Jacob tenía la vista puesta en el día en que sonaría la trompeta y los muertos se levantarían, y quería que sus mismos huesos estuvieran dentro del pacto de Dios. Y así, queridos, ¿habéis escogido vuestra sepultura entre el pueblo de Israel?, y no me refiero a la tumba literal, sino a la gloria de la resurrección.

Esta fue la hermosa fe de Jacob cuando murió. Ordenó que sus huesos fueran llevados a Israel cuando sus descendientes cruzaran el Mar Rojo. Y Dios quiere que

enseñemos en nuestros huesos: no como hacen algunos, haciendo preparativos costosos para su entierro o la losa de su tumba, sino para el momento en que resucitaremos y nuestro polvo será glorificado con Cristo y sus redimidos, o será cubierto para siempre de oprobio y desprecio.

Queridos amigos, ¡qué vida, qué débil, qué pobre, qué equivocada, en qué necesidad estaba de la gracia de Dios! Pero el Dios de Jacob: ¡Qué tierno, qué fiel, qué bueno, qué paciente! Y él está dispuesto a ser tu Dios y el mío. Aceptémosle en el espíritu del antiguo himno, que fue el canto, la canción de cuna de nuestra infancia.

¡Oh Dios de Betel, de cuya mano tu pueblo es aun alimentado, que condujiste, durante su peregrinaje a nuestros padres.

Extiende, pues, tus alas sobre mí hasta que llegue al fin de la senda; y a la morada eterna nuestras almas lleguen por fin en paz.

A.B. Simpson.

Las paradojas de Cristo

Cristo sintió hambre, como hombre, y satisfizo en el hombre el hambre de Dios. Sintió hambre y era el Pan de Vida.

Cristo padeció sed, como hombre, y sin embargo había dicho: "El que tenga sed, venga a mí y beba".

Se sintió cansado a veces, y es nuestro descanso.

Pagó tributo como vasallo, y era el Rey de reyes.

Fue llamado diablo, y echó fuera demonios.

Oró, y es el que escucha nuestra oración.

Lloró, y es quién seca nuestro llanto.

Fue vendido por 30 piezas de plata, y es el rescate de un Mundo.

Enmudeció como una oveja, y sin embargo es la Palabra Eterna.

No tuvo lugar propio donde reclinar su cabeza, y eran suyos los mundos.

Todos le abandonaron, quedó solo, y tenía en la eternidad múltiples legiones de ángeles dispuestos a cumplir sus órdenes.

Fue crucificado por los hombres, y había venido para ofrecerles el Cielo.

Gregorio Nacianceno (329-389)

Consagración

Lecciones básicas sobre la vida cristiana práctica.

“Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional” (Rom. 12:1).

En la edificación de un nuevo creyente, el primer problema a resolver es el asunto de la consagración. Pero si él puede o no admitir esta lección depende en gran parte de cuán eficazmente él ha sido salvado. Si el evangelio no se ha presentado correctamente, aquel que viene al Señor Jesús puede considerarse a sí mismo como haciendo a Dios un gran favor. ¡Para una persona como él, convertirse en un cristiano añade mucha gloria a la cristiandad! Bajo tal ilusión, ¿cómo puede alguien hablarle acerca de la consagración? Incluso una reina tiene que ser conducida al punto donde ella ponga con alegría su corona a los pies del Señor. Todos necesitamos darnos cuenta de que somos nosotros los favorecidos por el Señor al ser amados y salvados. Solo entonces podemos dejar todas las cosas gustosamente.

Las bases de la consagración

Veamos primero el Nuevo Testamento. Allí encontramos cómo los hijos del Dios son constreñidos por amor a vivir para el Señor que murió y resucitó por ellos (2ª Cor. 5:14). La palabra «constreñido» significa estar firmemente sujeto o ser rodeado de modo que uno no pueda escaparse. Cuando una persona es movida por el amor, experimentará tal sensa-

ción. El amor lo atará y él estará así sin valerse por sí mismo.

El amor, por tanto, es la base de la consagración. Nadie puede consagrarse sin sentir el amor del Señor. Tienes que ver el amor del Señor antes de poder aún consagrar tu vida. Es inútil hablar de consagración si no se ha gustado el amor del Señor. Después de haber visto el amor del Señor, la consagración será la consecuencia inevitable.

Sin embargo, la consagración se basa también en el derecho o prerrogativa divina. Esta es la verdad que encontramos en 1ª Cor. 6:19-20. «¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo».

Hoy, entre los cristianos, este asunto de haber sido comprados por precio no puede ser entendido cabalmente. Pero, para los corintios en el tiempo del imperio romano, esto estaba perfectamente claro. ¿Por qué? Porque en ese tiempo había mercados humanos. Tal como hoy puedes ir al mercado a comprar pollo o pato, así se podía comprar seres humanos en el mercado humano.

La única diferencia era que los precios de los alimentos estaban más o menos establecidos, mientras que, en el mercado humano, el precio de cada alma era establecido haciendo una oferta en la subasta. Aquel que hacía la oferta más elevada obtenía al hombre, y quien poseía al esclavo tenía poder absoluto sobre él. Pablo utiliza esta metáfora para mostrarnos lo que ha hecho nuestro Señor por nosotros y cómo él dio su vida como rescate para comprarnos de nuevo para Dios. El Señor pagó un gran precio – su propia vida. Y hoy, a causa de esa obra de redención, nosotros cedemos nuestros derechos y perdemos nuestra soberanía. Ya no somos de nosotros mismos, porque pertenecemos al Señor; por lo tanto, debemos glorificar a Dios en nuestros cuerpos. Somos comprados por precio, la sangre de la cruz. Puesto que somos comprados, llegamos a ser suyos por derecho, por prerrogativa divina.

Por un lado, por amor, elegimos servirlo; y por otra parte, por derecho, no somos nuestros. Nosotros debemos seguirlo a él; no podemos hacer de otra manera. De acuerdo al derecho de redención, somos suyos; y según el amor que el rescate genera en nosotros, debemos vivir para él. Una base para la consagración es el derecho legal y la otra base es la respuesta de amor. La consagración está, pues, basada en el amor, que sobrepasa al sentimiento humano, así como en el derecho según la ley. Por estas dos razones, no podemos sino pertenecer al Señor.

Significado real de la consagración

Nosotros debemos saber que ser constreñidos por el amor no es todavía la consagración; ni tampoco ver el derecho del

Señor constituye aún la verdadera consagración. Después de que alguien ha sido constreñido por el amor y ha visto la prerrogativa del Señor, es necesario hacer algo adicional. Este paso extra nos pone en la posición de la consagración. Siendo constreñidos por el amor del Señor y sabiendo que hemos sido comprados, nos apartamos quietamente de todo para ser enteramente del Señor.

Es inútil hablar de consagración si no se ha gustado el amor del Señor. Después de haber visto el amor del Señor, la consagración será la consecuencia inevitable.

Esta es la consagración descrita en el Antiguo Testamento. Es la aceptación de un oficio santo, el oficio de servir al Señor. «Oh Señor, siendo yo amado, ¿qué más puedo hacer sino separarme de todo para poder servirte? De aquí en adelante, nadie puede utilizar mis manos o mis pies, mi boca o mis oídos, porque estas mis dos manos son para hacer tus obras, mis pies para andar en tu camino, mi boca para cantar tu alabanza, y mis oídos para oír tu voz». Esto es consagración.

Supón que tú compras un esclavo y lo traes a tu hogar. En la puerta de tu casa, el hombre se arrodilla y te rinde homenaje, diciendo: «Amo, tú me has comprado. Hoy atiendo con alegría a tus palabras». Porque el hecho de que tú lo hayas adquirido es una cosa, pero que él

se humille delante de ti y proclame su deseo de servirte es algo más. Porque tú lo has comprado, él reconoce tu derecho. Pero, porque tú lo has amado aun cuando él es tal clase de hombre, él se declara enteramente tuyo. Solo esto es consagración.

La consagración es más que el amor, más que la compra; *es la acción que sigue al amor y a la compra*. En adelante, aquel que se consagra es separado de todo en este mundo, de todos sus amos anteriores. En lo sucesivo, él no hará nada sino lo que su amo le ordene. Él se restringe a hacer solamente las cosas de aquel único dueño. Este es el real significado de la consagración.

El propósito de la consagración

La consagración apunta no a la predicación o al trabajo para Dios, sino a servir a Dios. La palabra «servicio» en el original tiene el sentido de «esperar en», es decir, esperar en Dios para servirle. La consagración no implica necesariamente el trabajo incesante, porque su objetivo es esperar en Dios. Si él quiere que estemos en pie, nos ponemos en pie; si él quiere que esperemos, esperamos; y si él quiere que corramos, corremos. Este es el verdadero significado de «esperar en» él.

Lo que Dios requiere de nosotros es que presentemos nuestros cuerpos a él, no con el fin de subir al púlpito o de evangelizar lejanas tierras, sino de esperar en él. Sin duda, algunos pueden tener que aceptar el púlpito, ya que han sido enviados allí por Dios. Algunos pueden ser constreñidos a ir a tierras distantes, porque han sido comisionados por Dios para ir. El trabajo en sí varía, pero el tiempo

consumido sigue siendo el mismo – toda nuestra vida. Necesitamos aprender a esperar en Dios. Ofrecemos nuestros cuerpos para que podamos ser aquellos que sirven.

Una vez que nos convertimos en cristianos, debemos servir a Dios de por vida. Tan pronto como un médico llega a ser un cristiano, la medicina retrocede de ser su vocación a ser su afición. Lo mismo ocurrirá con el ingeniero. La demanda del Señor ocupa la primera prioridad; servir a Dios se convierte en el trabajo principal. Si el Señor permite, puedo desempeñarme en la medicina o en la ingeniería para ganar mi sustento, pero no podré hacer de ellos mi trabajo de vida. Algunos de los primeros discípulos eran pescadores, pero, después que siguieron al Señor, ellos ya no esperaban ser pescadores grandes y exitosos. Puede ser que se les permitiera pescar de vez en cuando, pero su destino fue alterado.

Que la gracia de Dios nos asista, especialmente a los creyentes jóvenes, para que todos podamos ver cómo nuestra vocación ha sido cambiada. Que todos los profesores, doctores, enfermeras, ingenieros e industriales vean que ahora su vocación es servir a Dios. Sus vocaciones anteriores han retrocedido a ser aficiones. Ellos no deben ser demasiado ambiciosos en sus campos específicos, aunque el Señor puede dar a algunos de ellos posiciones especiales. Aquellos que servimos a Dios no podemos esperar ser prósperos en el mundo, porque estas dos cosas cosas son contradictorias. De aquí en adelante, solo debemos servir a Dios; no tenemos otra vía o destino.

En la consagración, nuestra oración es: «Oh Señor, tú me has dado la oportuni-

dad y el privilegio de venir ante ti y de servirte. Señor, soy tuyo. En adelante mis oídos, mis manos y mis pies, siendo comprados por la Sangre, son exclusivamente tuyos. El mundo ya no puede utilizarlos, ni yo tampoco». ¿Cuál es, entonces, el resultado? El resultado será la santidad, porque el fruto de la consagración es la santidad.

En Éxodo 28 tenemos por un lado la consagración y por el otro la santidad al Señor. Necesitamos ser conducidos a ver que después de habernos convertido en

cristianos, estamos inutilizados para todo lo demás. Esto no significa que vayamos a ser menos fieles en nuestros trabajos seculares. No, nosotros debemos estar sujetos a las autoridades y cumplir con fidelidad nuestras tareas. Pero hemos visto delante de Dios que nuestra vida debe ser gastada en el camino de servir a Dios; todas las demás labores son secundarias.

Watchman Nee

Traducido de Spiritual Exercise,

(Christian Fellowship Publishers, 2007).

El camino a la vida

Al principio, yo veía a Dios como mi observador, mi juez, no perdiendo de vista las cosas que yo hacía mal, para saber si yo merecía el cielo o el infierno cuando muriera. Él estaba allí como una especie de presidente. Yo reconocía su imagen cuando la veía, pero realmente no le conocía. Pero después cuando encontré a Cristo, me parecía como si la vida fuese algo como un paseo en bicicleta, pero era una bicicleta en tándem, y noté que Cristo iba en la parte posterior ayudándome a pedalear. No sé en qué momento él sugirió que cambiásemos lugares, pero la vida no ha sido igual desde entonces.

Cuando yo tenía el control, yo conocía el camino. Era algo aburrido, pero podía predecir la distancia más corta entre dos puntos. Pero cuando él tomó la dirección, él conocía atajos largos encantadores, subía montañas y a través de lugares rocosos a velocidades de vértigo. ¡Todo lo que yo podía hacer era sostenerme!

Aun cuando parecía locura, él dijo: "¡Pdalea!". Yo me preocupé y estaba ansioso y pregunté: "¿A dónde me llevas?". Él rió y no contestó, y comencé a aprender a confiar en él. Me olvidé de mi vida aburrida y entré en la aventura, y cuando dije: "Tengo miedo", él se volvió y tocó mi mano. Tuve amor, paz, aceptación y alegría, regalos que tomé en mi viaje, de mi Señor, para mí. Y seguimos viajando.

Él dijo: "Da los regalos; son equipaje adicional, demasiado peso". Así lo hice, a la gente que encontramos, y vi que, dando, yo recibía, y nuestra carga seguía siendo liviana.

Al principio, yo no confiaba a él el control de mi vida. Pensé que él la arruinaría; pero él conoce los secretos de la bici, sabe virar para tomar las curvas cerradas, sabe sortear las rocas altas, sabe volar para acortar los pasajes temibles. Y estoy aprendiendo a callar y a pedalear en los lugares más extraños, y estoy comenzando a gozar de la vista y de la brisa fresca en mi cara con mi delicioso y constante compañero, Jesucristo.

Y cuando creo que ya casi no puedo más, él solo sonríe y dice: "Pdalea".

Autor desconocido

Psicología sexual masculina

Un enfoque bíblico.

La sexualidad humana, además de tener una función reproductiva, tiene un objetivo espiritual que es la unidad. Esto es, la unión en espíritu, alma y cuerpo, que crece y se desarrolla en una interacción permanente de estímulos y respuestas afectivas.

En varias ocasiones en el ejercicio de ayudar a matrimonios en su crecimiento, he sido testigo del profundo dolor emocional cuando manifiestan sus quejas.

Curiosamente, he observado que la queja más recurrente de los varones es la indiferencia afectiva de sus esposas, manifestada en una indisposición a la intimidad sexual.

Con el tiempo me he dado cuenta que muchos hombres cristianos viven el conflicto de sentirse atraídos sexualmente por sus esposas, pero sin la posibilidad de vivir en plenitud la satisfacción que entrega la vida sexual conyugal.

Los factores que movilizan a una mujer a negarse sexualmente a su marido son diversos y pueden ser razonables. Sin embargo, no serán motivo de análisis en este artículo. Esta vez me abocaré a decir algunas cosas que atañen a los varones, para traer una mayor comprensión al conflicto.

La manera de vivir la sexualidad entre hombres y mujeres es absolutamente distinta. Quien no entienda esto y haga cambios en su conducta sexual, vivirá permanentes frustraciones.

Por ejemplo, el varón experimenta el placer como una descarga de la tensión sexual, en cambio la mujer lo vive como un aumento gradual de la tensión, por lo tanto el varón anhela la satisfacción inmediata de sus deseos, en cambio la mujer disfruta con la habilidad del hombre para aumentar poco a poco su deseo.

Conceptos como estos son básicos en una convivencia sexual saludable, por lo tanto conocerlos, considerarlos y trabajarlos son una tarea en la cual el matrimonio debe enfocarse.

En cuanto al apetito y frecuencia sexual, por lo general el varón es más dispuesto. ¿Qué se esconde en la búsqueda recurrente de intimidad sexual de un esposo? Fundamentalmente, la búsqueda de afecto. Amar y ser amado, dar y recibir cariño.

A las mujeres les toma tiempo darse cuenta que detrás de la rudeza masculina por lo general encontramos un niño ansioso y necesitado de afecto. Un ser dé-

bil que se nutre de la feminidad. El hombre nace de la mujer y su instinto natural siempre es volver hacia ella. La vida afectiva que proporciona la feminidad es un aliciente permanente a la masculinidad. El varón se afirma en ella, psicológicamente potencia sus atributos cuando es acogido, admirado y respetado por su esposa. El potencial de la masculinidad es amplificado con el complemento emocional que entrega su pareja.

Por lo general, para una mujer es incomprendible el vivo interés sexual de su marido. Ellas disocian el interés de ellos con el afecto, e interpretan que detrás de este apetito sexual se esconde el más crudo de los egoísmos. Sin embargo, en la lógica masculina el interés sexual es afecto. Por lo tanto, cuando un hombre busca a su mujer, busca fundamentalmente contacto afectivo. Definitivamente, el varón ama con sexo, ama genitualmente.

Aunque es cierto que con el paso del tiempo la sexualidad ha dejado de ser la oportunidad de amar, y el mundo ha hecho que la sexualidad sea solo un deporte para sentirse más joven y divertirse sin compromiso afectivo, no obstante lo que impulsa a un varón ir hacia su mujer en busca de intimidad sexual es una expresión de amor, de cariño. Sobre todo en hombres regenerados por el Espíritu, a quienes la encomienda bíblica les manda a amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos, considerándolas como coherederas de la gracia de la vida. (Ef. 5; Col. 3; 1ª Ped. 3).

Por otra parte, el efecto de una represión sexual sostenida en el tiempo es devastador en la psiquis de un varón cristiano casado. De no encontrar un senti-

do a su situación, quien es sometido a tal presión lentamente comienza a pensar y sentir la sexualidad como una condena, un mal que no pueden dominar, lo que en medio de una sociedad altamente erotizada se convierte en un conflicto de proporciones, que encuentra vías de escape en conductas a nivel de autoerotismo, pornografía, consumo de prostitución o compromisos afectivos en relaciones extramaritales.

Luego, el postrer estado pasa a ser más complejo, pues sienten haber sido arrojados a tal situación involuntaria, la cual nunca desearon, por lo cual se les genera un conflicto adicional que es aún más perverso: llegar a sentir mucha rabia e incluso odio por sus esposas, concluyendo finalmente en un atentado contra sus valores, principios, fe y Dios.

El amor de los esposos es dar y recibir. Y está destinado al fracaso si se objetiva solo en una de estas dos partes.

El apóstol Pablo, consciente de esta situación que puede ocurrir en ambos esposos, sabiamente aconseja de una manera práctica, diciendo:

«Bueno le sería al hombre no tocar mujer. Sin embargo, por causa de las fornicaciones tenga cada uno su propia mujer, y tenga cada una su propio marido. El marido debe cumplir con su mujer el deber conyugal, y asimismo la mujer con su marido. La mujer no tiene dominio sobre su propio cuerpo, sino el

marido; ni tampoco tiene el marido dominio sobre su propio cuerpo, sino la mujer. No os neguéis el uno al otro, a no ser por algún tiempo de mutuo consentimiento, para ocuparos sosegadamente en la oración. Luego volved a juntaros en uno, para que no os tiene Satanás a causa de vuestra incontinencia» (1ª Cor. 7:1-5).

Es interesante notar que Pablo plantea la relación sexual de los esposos como un deber mutuo, pero es muy iluminador conocer la traducción literal del término griego empleado en el versículo 3, que dice: «*A la mujer el hombre **la deuda pague**, igualmente también la mujer al hombre*». El mismo término es empleado en los siguientes pasajes de la carta a los Romanos: «*Pagad a todos lo que debéis: al que tributo, tributo; al que impuesto, impuesto; al que respeto, respeto; al que honra, honra. No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros, pues el que ama al prójimo ha cumplido la Ley*» (Rom. 13:7-8).

De manera que cuando un matrimonio se acerca a la intimidad sexual, lo hacen en función de suplir una deuda de amor mutuo, y no como un deber unidireccional, en términos de cumplir una obligación. La obligación, por lo general, no conlleva gozo, sino una alta cuota de sacrificio, que por las características abnegadas de la mujer, la tendencia será a vivir una vida sexual sacrificada, por lo tanto no placentera.

El acto sexual vinculado al afecto es propio de la condición humana. El amor de los esposos es dar y recibir. Y está destinado al fracaso si se objetiva solo en una de estas dos partes. Cuando pensamos solo en recibir, o solo en dar, estamos ac-

tuando solo en función de satisfacer necesidades, suplir carencias o tener compañía. Tal amor es incompleto, puesto que la condición *sine qua none* de la relación de esposos, es dar y recibir. Quien verdaderamente ama, recibe el fruto de ese amor.

También Pablo aconseja a los matrimonios a no privarse de la intimidad sexual (v. 5). No abstenerse por cualquier motivo, por lo tanto, menos obstaculizarla.

Muchas mujeres manipulan el acto sexual como instrumento de castigo hacia sus esposos. Recuerdo vívidamente el relato de un esposo quien me decía que toda vez que buscaba a su esposa para la intimidad sabía que primero debía escuchar 15 minutos de regaños por sus faltas e incumplimientos. Lo triste de la historia es que la relación terminó cuando este esposo encontró en otra mujer afecto incondicional.

En otro caso, el excesivo pudor de la esposa imposibilitaba al esposo conocerla más íntimamente. Este es un asunto común en contextos religiosos. Las mujeres que han sido formadas bajo una crianza estricta han llegado incluso a negar su sexualidad al punto de avergonzarse aún de sus propios cuerpos. El pudor es necesario en el crecimiento del ser humano, pero no al límite de ser un obstáculo en el conocimiento matrimonial.

La abstinencia prolongada en un matrimonio puede ser usada por el tentador, incluso por motivos nobles como dedicarse a la oración. Un varón a quien se le niega el contacto físico, se le niega el acto de amar, como ya lo hemos explicado; en conclusión, queda expuesto a ser presa del enemigo.

Pregunto a los lectores, especialmente a las mujeres: ¿Por qué llegar al límite de contaminar la intimidad sexual? ¿Por qué no poner remedio antes de que la situación explote? Si una mujer tiene dificultades en el gozo sexual, algo serio está ocurriendo. Si es una cuestión de apetito, tal vez se deba al *stress* familiar, y es comprensible. Pero no está bien poner como pretexto enfermedades para evitar el contacto; muchas veces el problema no está en la enfermedad física, sino en la psicológica. La postergación de la vida sexual en el matrimonio por los quehaceres del hogar, la maternidad, los estudios, la proyección laboral, es una equivocación.

Es deber de la pareja buscar ayuda oportuna para solucionar los problemas. La cuestión de la frecuencia será contestada sobre la base de las necesidades, deseos y la conciencia de cada persona. No existe un modelo a seguir respecto a la frecuencia sexual ideal de una pareja.

Cada matrimonio de acuerdo a su edad y etapa de desarrollo, debe conversar este asunto en respeto y consideración. Tomar acuerdos, fijar criterios, límites, horarios, lugares, momentos; no es un tema menor o sin importancia que deba dejarse al azar. De ello depende en gran parte el bienestar individual del día a día, la seguridad, y la confianza.

Marcelo Díaz

Parientes lejanos

Cierto anciano solitario, vivía en las profundidades de las montañas de Colorado. Cuando murió, sus parientes lejanos vinieron de la ciudad para llevarse sus cosas de valor. Luego de llegar, todo lo que ellos vieron fue una vieja choza con un retrete adosado a ésta. Dentro de la choza, cerca de la chimenea de piedra, había una vieja cacerola y su equipo de minería. Una mesa llena de grietas con una silla de tres patas montaban guardia junto a una delgada ventana, y una lámpara de kerosene servía como centro de mesa. En un rincón oscuro había un desmoronado catre con una gastada bolsa de dormir sobre él.

Ellos recogieron algunas de las viejas reliquias y se dispusieron a partir. Mientras se iban, un viejo amigo del solitario, sobre su mula, les hizo señas que parasen. "¿Les importaría si yo saco algo de lo que ha quedado en la cabaña de mi amigo?", preguntó. "Sí; vaya tranquilo", le contestaron. Después de todo, pensaron, ¿qué puede haber de valor dentro de la choza?

El viejo amigo entró a la choza y caminó directamente hacia la mesa. Estiró el brazo debajo de ella y levantó una de las tablas del piso. Luego procedió a sacar todo el oro que su amigo había encontrado en los últimos 53 años, suficiente como para construir un palacio.

El solitario murió habiendo tenido un solo amigo que lo sabía. Mientras el amigo miraba por la pequeña ventana observando la nube de polvo, detrás de la cual desaparecía el coche de los parientes, dijo: "Deberían haberlo conocido mejor".

Así también, solo los que conocen íntimamente a Cristo pueden disfrutar sus infinitas riquezas.

Colaboración de José Lara, Van Nuys, California, USA

La laminina cruciforme nos mantiene unidos

El misterio de la proteína que revela a nivel molecular la obra unificadora y sustentadora de la cruz de Cristo.

Hace unos cinco años el evangelista Norteamericano Louie Giglio predicó un mensaje en donde exponía que Dios mantiene todo unido bajo su poder sustentador, desde las galaxias en el universo hasta nuestros propios cuerpos, los cuales están conformados por este poder unificador. Agregaba posteriormente que se ha descubierto una proteína denominada laminina, con forma de cruz, que mantiene unidos los tejidos corporales, considerándolo como un resultado más de este poder sustentador y unificador. Desde entonces diversas páginas de Internet relacionadas con divulgación de temáticas que relacionan fe cristiana y ciencia han publicado artículos que consideran a la laminina como un emblema representativo de la relación de unidad de Cristo con su iglesia a través de su sacrificio en la cruz, o como una especie de firma o huella del Creador, mientras que en otros sitios equivalentes se señala que es un error considerarlo de esta manera, porque la Biblia (dicen) no requiere de moléculas que confirmen sus verdades. Estos últimos argumentan además que la representación en forma de cruz no sería tal, porque sería solo un modelo o diagrama figurado, y por tanto no real, y que habría además muchas formas y tipos de laminina.

Considerando la controversia existente, este artículo revisará en profundidad la literatura científica de primera fuente que ha sido publicada sobre la laminina, revisando aspectos de estructura, función y tipos moleculares, con el fin de validar u objetar los argumentos a favor o en contra de su estructura cruciforme y su rol de estructura unificadora, para finalmente hacer una reflexión acerca de la interpretación teológica que se le ha dado.

Estructura y función de la laminina

El cuerpo humano está compuesto de trillones de células de distinto tipo y con funciones también distintas, pero todas ellas están unidas formando tejidos, los que finalmente forman los diversos órganos, sistemas y en definitiva, a todo el cuerpo humano. Una de las principales estructuras responsables de que el cuerpo humano se mantenga unido desde sus cimientos fundamentales (las células) es una glicoproteína de gran tamaño denominada laminina, la cual presenta tres brazos en forma de cruz (Figura 1). La laminina en su estructura general, está compuesta de tres partes que se entrelazan entre sí, denominadas cadenas Alfa, Beta y Gamma.

Esta disposición espacial cruciforme de la laminina ha sido considerada muy adecuada por los biólogos moleculares, dado que funciona por una parte como mediadora entre sitios distantes al interior de las células y de otros componentes moleculares que se encuentran fuera de la célula (en la matriz extracelular), y también actúa como la encargada de unir todos estos componentes al regular la arquitectura corporal y la adhesión de las células. Es cierto que los dos brazos cortos de la laminina clásica (Figura 1) no siempre son perfectamente rectos ni constituyen de forma exacta un ángulo de 90° con el brazo largo principal, pero las fotografías realizadas con microscopio electrónico desde hace ya tres décadas revelan claramente que esta molécula más importante de laminina (tipo 1) tiene realmente una estructura en forma de cruz siendo esta forma confirmada por variados trabajos posteriores que utilizaron microfotografías electrónicas. No se trata por tanto de un diagrama fi-



Figura 1. Estructura de la forma clásica de la molécula laminina (tipo 1), con sus cadenas básicas Alfa, Beta y Gamma. (Tomada de varias fuentes).

gurado, sino que esta proteína denominada laminina clásica, tiene efectivamente una forma de cruz.

Cada punta de la cruz de la laminina presenta sitios de enlace para mantener unidas a las estructuras celulares y extracelulares. El brazo largo tiene receptores en sus extremos que responden a señales químicas para favorecer la unión entre las células formando una red que afirme y asegure el tejido, mientras que los brazos cortos de la laminina cruciforme presentan sitios de unión especialmente habilitados para unirse con otras moléculas de laminina, lo cual les permite ir formando delgadas laminas de tejido que contribuyen finalmente a hacer cada vez más firme los distintos tejidos corporales (Figura 2).

Tipos de laminina

Hasta ahora han sido identificados 12 tipos diferentes de laminina en mamíferos las cuales presentan cuatro formas básicas; la forma clásica como cruz (llamada también laminina tipo 1), la forma de cruz alargada, la forma de cruz truncada (brazos cortos muy reducidos) y la forma sin el extremo superior de la cruz. Las dos primeras presentan dos brazos cortos y uno largo, y son típicamente cruciformes. Las dos restantes presentan también tres brazos, pero los brazos cortos se ubican en el tope superior del brazo largo.

De estas cuatro formas, la primera (forma clásica de cruz) sería la más importante por cuanto participa desde el proceso mismo de formación del embrión, y posteriormente forma parte de la mayoría de los tejidos del ser humano, en-

contrándose también presente en otras especies de vertebrados, siendo la única laminina a la que se la han definido claramente las distintas interacciones tales como mediadora entre componentes celulares, aglutinadora de células y generadora de tejidos.

Estas proteínas llamadas lamininas, principalmente cruciformes, forman por tanto la lámina basal (estructura fundamental de los tejidos del cuerpo) de la mayoría de las células animales, y también del ser humano. Sin ellas, los órganos y el cuerpo no se sostendrían y caerían desarmados. La laminina ha sido considerada como una proteína esencial, que funda las bases para la estructura-ción de tejidos del cuerpo humano y otros animales, participando además en la diferenciación celular y promoviendo el crecimiento y la generación de tejido.

La laminina y la cruz de Cristo

A partir de los variados artículos científicos publicados en prestigiosas revistas especializadas es factible concluir lo siguiente: La forma de la laminina clásica

(tipo 1) y aquella con forma alargada, presentan efectivamente una forma de cruz, comprobada a partir de la microscopía electrónica en reiterados estudios. Por tanto la cruz que da forma a la molécula de la laminina no es un diagrama representativo.

Efectivamente, existen varios tipos de lamininas, pero la laminina clásica (tipo 1) ha sido considerada por los biólogos moleculares como la más representativa e importante de los tejidos corporales humanos y de otros animales. Finalmente, respecto a sus funciones, se ha determinado que en mamíferos la laminina juega al menos tres roles esenciales; en primer lugar es el principal elemento estructural y unificador de tejidos, en segundo lugar une a las células entre sí y también a la matriz externa a las células, y finalmente promueve el crecimiento de tejido. Estas conclusiones permiten efectivamente el que se pueda establecer una símil o comparación entre la estructura y la función de la laminina en el cuerpo humano con la función unificadora de Cristo y su iglesia a través de su sacrificio en la cruz.

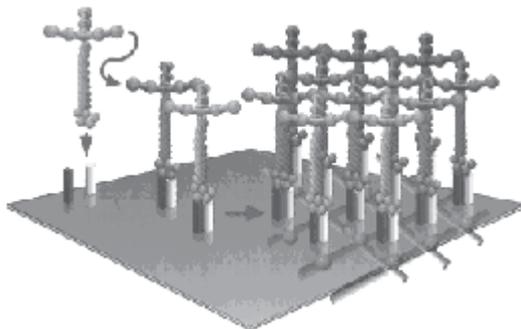


Figura 2. Visión esquemática de la forma en que se agrupan las moléculas de laminina para formar la lámina basal, de la cual surgirán finalmente las distintas capas de tejido. (Colognato and Yurchenco. 2000).

Por cierto que no se trata de probar una verdad bíblica con la forma y función de una proteína como la laminina, aunque ella misma es evidencia poderosa de Diseño Inteligente, ni tampoco buscar en ella un complemento a la Palabra de Dios, como ha sido escrito por quienes no aceptan tal comparación. Se trata más bien de establecer un símil entre la forma y función de la laminina en el cuerpo humano, con Cristo y su cruz como piedra angular que estructura la arquitectura de ese cuerpo espiritual que es su Iglesia. Comparación que permite visualizar de forma didáctica verdades espirituales complejas. La comparación, al igual que otras figuras literarias, resulta ser un recurso pedagógico altamente provechoso para enseñar cosas difíciles, y en la Biblia fueron utilizadas múltiples figuras literarias como la metáfora, la metonimia, la hipérbole, la prosopopeya y la comparación, entre otras.

El propio Señor Jesucristo hizo uso de estas figuras literarias, las que se registran en distintos pasajes de los evangelios, encontrándose también en el Antiguo Testamento. De manera similar al tema que nos convoca en este artículo, el apóstol Pablo utilizó formas y funciones corporales humanas para dar a conocer profundas verdades espirituales (1^a Cor. 12:12-13). Esto no significa que quienes conocieron a Cristo y lo aceptaron en sus vidas como Señor y Salvador antes del desarrollo del microscopio electrónico (el que permitió conocer a la laminina), tenían un conocimiento incompleto, porque la Palabra escrita en la Biblia fue, es y será absolutamente suficiente. Pero lo que conocemos hoy, ayudados por el desarrollo de la ciencia, nos permite reconocer más aún la grandeza de nuestro Creador.

La naturaleza y los seres vivos dentro de ella son parte de la creación de Dios y la ciencia es producto por una parte de las capacidades con las que el Señor dotó al ser humano para practicarla, y porque lo creado muestra un claro propósito y orden inherente. Por ello no debiéramos mirar con despropósito situaciones como las que aquí se han presentado, porque lo lógico es precisamente encontrar diseño, pruebas de un poder subli-

Se ha determinado que en mamíferos la laminina juega al menos tres roles esenciales; en primer lugar es el principal elemento estructural y unificador de tejidos, en segundo lugar une a las células entre sí y también a la matriz externa a las células, y finalmente promueve el crecimiento de tejido.

me y propósito dentro de esta naturaleza, en los seres que la habitan y en nosotros mismos. Después de todo, cada parte de nuestro cuerpo fue diseñada con un propósito, y somos hechura y diseño de su mente y manos.

Ya sea una enorme coincidencia o definitivamente un propósito, no deja de ser altamente extraordinario que el elemento molecular que nos mantiene unidos

como cuerpo físico sea una estructura en forma de cruz. Ya miles de años antes que se descubriera la estructura y propiedades de la laminina como unificadora del cuerpo humano, la Escritura señalaba que por medio de la cruz, el Señor Jesucristo reconciliaría consigo mismo todas las cosas, porque fueron creadas por él y para él. Cristo es el principio unificador universal, es el centro que agrupa y une todo; sin su presencia el universo se desmorona, y la iglesia también cae a pedazos. Su cuerpo extendido formando una cruz en el madero, entregado en un cruento sacrificio, logró lo imposible, unir y reconciliar con él todas las cosas, tanto en la tierra como en el cielo. Gloria al Señor.

«Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten. Y él es la cabeza del cuerpo, que es la iglesia; el que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia, por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud, y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas; así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la

paz mediante la sangre de su cruz» (Col. 1:16-20).

Ricardo Bravo Méndez

Bibliografía

- Aumailley, M., and N. Smyth. 1998. The role of laminins in basement membranes. *J. Anat.* 193:1–21.
- Beck, K., I. Hunter and J. Engel. 1990. Structure and function of laminin: anatomy of a multidomain glycoprotein. *The FASEB Journal*, Vol. 4, 148-160.
- Cognato H, and Yurchenco P. 2000. Form and Function: The Laminin Family of Heterotrimers. *Developmental Dynamics* 218:213–234.
- Engel J, Odermatt E, Engel A, Madri JA, Furthmayr H, Rohde H, Timpl R. 1981. Shapes, domain organizations and flexibility of laminin and fibronectin, two multifunctional proteins of the extracellular matrix. *J Mol Biol.* 25; 150 (1):97–120.
- Eklblom, P., and Timpl, R. (eds). 1996. *The Laminins*, Harwood Academic Publishers, Reading, United Kingdom. 321 pp.
- Miner, J. *et al.* 1997. The Laminin a Chains: Expression, Developmental Transitions, and Chromosomal Locations of a 1-5, Identification of Heterotrimeric Laminins 8–11, and Cloning of a Novel a 3 Isoform. *The Journal of Cell Biology*, Volume 137, Number 3, pp. 685–701.
- Nageswara C. *et al.* 1982. Isolation of a Subunit of Laminin and Its Role in Molecular Structure and Tumor Cell Attachment. *The Journal of Biological Chemistry*, Vol. 257, No. 16, pp. 9740-9744.
- Paulsson, M., R. Deutzmann, R. Timpl, D. Dalzoppo, E. Odermatt and J. Engel. 1985. Evidence for coiled-coil α -helical regions in the long arm of laminin. *The EMBO Journal* vol.4 no.2 pp.309-316.
- Paulsson M., M. Aumailley, R. Deutzmann, R. Timpl, K. Beck and J. Engel. 1987. Laminin-nidogen complex. *Eur. J. Biochem.* 166, 11-19
- Reina Valera. 1960. Santa Biblia, Revisión 1960. Editorial Caribe.
- Sasaki, T., R. Fässler and E. Hohenester. 2004. Laminin: the crux of basement membrane assembly. *The Journal of Cell Biology*. Volume 164, Number 7. pp. 959 – 963.
- Sixt M., B. Engelhardt, F. Pausch, R. Hallmann, O. Wendler, and L. Sorokin. 2001. Endothelial Cell Laminin Isoforms, Laminins 8 and 10, Play Decisive Roles in T cell Recruitment across the Blood–Brain Barrier in Experimental Autoimmune Encephalomyelitis. *The Journal of Cell Biology*, Volume 153, Number 5, pp. 933–945.
- Timpl R., Rohde H., Robey P., Rennard S., Foidart J. & Martin G. 1979. «Laminin – a glycoprotein from basement membranes». *J Biol Chem*, 254 (19): 9933–7.

Si fuese como Jesús

Un judío cristiano y otro no-cristiano estaban conversando acerca del nacimiento virginal de Cristo. “Si yo te dijese que en esta ciudad nació un niño, sin un padre, ¿tú creerías eso?”, preguntó el no-cristiano. “Sí”, respondió el cristiano, “si él viviese como Jesús vivió”.

Tomado de *À Maturidade*

¿Por qué él no me odiaba?

Yo había dado muerte a su esposa en un accidente automovilístico, y ahora él deseaba hablar conmigo.

Mi primer año de secundaria estaba lejos de tener un gran inicio. Al tercer día, finalmente memorizaba mi horario de clase, mi combinación del armario y la mayor parte de mis rutinas de aquella nueva vida. Esa mañana me puse mis nuevos jeans y sandalias, tomé mis libros y útiles, y besé a mi mamá despidiéndome. Desde nuestra casa de campo, había un trayecto de 15 kilómetros al colegio. Mientras subía a mi pequeño coche marrón, tomé el cinturón de seguridad, pensando: «Nunca me acuerdo de usar esta cosa, pero lo haré ahora que lo he pensado».

Mientras ascendía una colina, recordé que aún necesitaba pintar mis labios. Ajusté el espejo retrovisor para una aplicación rápida. Cuando mis ojos volvían al camino, tuve vislumbre de algo que se movía, y entonces sentí mi coche sacudirse repentinamente. Yo había golpeado algo. Mi pensamiento inicial fue de que quizás fuese un animal del campo. Pero tuve la sensación abismante de que era algo mucho peor.

Cuando detuve el coche y corrí atrás a ver lo que había impactado, mi sensación fue confirmada. Permanecí temblando ante el cuerpo de una mujer de cabellos rizados yaciendo boca abajo so-

bre la hierba junto a una bicicleta destrozada.

Sin un teléfono celular, miré hacia el camino buscando algún lugar desde donde llamar una ambulancia. Había solo dos viviendas a la vista. Corrí a la más cercana y llamé a la puerta. Como no hubo respuesta, subí a mi coche y manejé hasta la otra casa. Me sentí aliviada cuando un anciano abrió la puerta y me señaló rápidamente hacia su teléfono. Llamé al 911. Entonces, llamé a casa y pedí a mi mamá que viniese por el camino hasta que ella me viera. No me atreví a decirle todo lo demás.

En el momento en que regresé a la escena, otro coche había parado, y un hombre estaba parado junto al camino, cerca de la mujer. Él miró mi coche y preguntó: «¿Tú la atropellaste?». Respondí a través de mi llanto de pánico: «Sí, señor, pero no trataba de escaparme, solo la dejé para ir a llamar una ambulancia». Mi madre llegó en un par de minutos, y me abalancé a ella mientras ella corría hacia mí con sus propias lágrimas de pavor. Mientras esperábamos ayuda, todo lo que yo podía pensar era que la mujer a la que había atropellado era probablemente madre de alguien, hija o esposa de alguien.

Cuando finalmente llegó un paramédico y examinó a la mujer, él nos dijo fríamente que llamáramos a una funeraria, porque no había nada que él pudiese hacer. Yo abandoné el lugar sin siquiera saber quién era la víctima.

Las dos horas siguientes fueron un caos. Recuerdo haberme derrumbado en el sofá de la sala de estar, sollozando, y despertando más tarde cuando un policía llamó a la puerta, para interrogarme. Pensé: «Esta calamidad fue absolutamente culpa mía. Yo debí haber sido la muerta, no ella». Aterrorizada ante la idea de enfrentarme a la familia de la difunta mujer, esa tarde consideré el suicidio más de una vez.

Más adelante ese día, recibí una llamada telefónica de un hombre que dijo ser vecino de Marjorie Jarstfer – la mujer a quien yo había atropellado. Él me dijo que Gary, el marido de Marjorie, estaba fuera de la ciudad. Agregó que él y su pastor habían viajado para ver al señor Jarstfer y decirle que su esposa había muerto en un accidente. Me sentí abrumada. La familia ahora lo sabía. De seguro, ellos probablemente también me deseaban la muerte.

Mi interlocutor continuó: «Shannon, quiero que sepas que la respuesta inmediata de Gary fue: ‘¿Cómo está la muchacha? ¿Está herida?’». Yo no podía creer que la primera reacción de este hombre a tales noticias devastadoras fuera preocuparse por mí. ¿Cómo podía él pensar en mí, cuando yo acababa de arrebatarle a su esposa?

Quedé aún más atónita cuando el hombre dijo que Gary deseaba que yo fuese a su casa en la víspera del funeral. Quise

rehusarme, pero supe que no podía. Necesitaba encontrarme con él, aunque me invadía un pánico de muerte. Cuando fui a verlo, salí del coche con mi corazón sobresaltado y muchos nudos en mi garganta.

Apenas entré a la casa, vi a un hombre alto, de mediana edad, que venía hacia mí sin animosidad en sus ojos, con sus brazos ampliamente abiertos. Gary Jarstfer me abrazó con calidez, y las lágrimas que yo había estado intentando dominar comenzaron a fluir libremente sobre su camisa de franela mientras sus propias lágrimas caían sobre mi cabeza.

Cuando finalmente llegó un paramédico y examinó a la mujer, él nos dijo fríamente que llamáramos a una funeraria, porque no había nada que él pudiese hacer.

Yo no podía parar de repetir: «¡Lo siento tanto! ¡Lo siento tanto!». Una vez recuperada la calma, Gary me presentó a su pastor y a dos de sus hijos adultos. Luego me llevó de la mano hacia un asiento y comenzó a decirme cosas que él quería que yo supiera sobre la vida de Marjorie.

«Mi esposa era una mujer muy piadosa, y hemos servido muchos años con los editores de la Biblia de Wycliffe. No había límite para lo mucho que Marjorie amaba al Señor», explicaba Gary. «Ella tenía un andar muy cercano e íntimo con

Dios, tanto así que ella me decía que sentía que el Señor la llamaría pronto a Su hogar. Ella vivía cada día como si fuera su último día en la tierra, y nunca salía de esta casa en su paseo matinal sin abrazarme y besarme como si me dijese adiós por última vez».

Yo trataba de desentrañar la idea de que alguien pudiera estar tan cerca de Dios al extremo de saber cuándo su tiempo en la tierra estaba cumplido para ascender arriba. Gary tenía mi completa atención a medida que él continuaba: «Shannon, Dios estaba listo para llevar a Marjorie al hogar celestial. Aun cuando esto nos ha tomado a todos por sorpresa, esto no es ninguna sorpresa para él. Tú puedes preguntarte por qué Dios permitió que esto te sucediera, pero quisiera que lo vieras de esta manera. Él sabía que tú serías lo suficientemente fuerte para sobrellevar esto, y eso es lo que quiero que hagas. No puedes permitir que esto arruine tu vida, Shannon. Dios desea fortalecerte por medio de esto. Él quiere utilizarte. De hecho, yo te estoy pasando el legado de Marjorie. Quisiera que amaras a Jesús sin límites, así como Marjorie lo hizo. Quisiera que tú le permitas al Señor utilizarte para su gloria».

Algunas semanas más tarde, a Gary se le sugirió demandar a mis padres por más dinero del que nuestra póliza de seguro podía cubrir, pero él rehusó, diciendo: «¿Cuál sería el propósito de agregar dolor a esa familia haciendo sus vidas más

desdichadas?». El fiscal quería procesarme por homicidio involuntario, pero Gary insistió en que todos los cargos fuesen retirados. Él tuvo una oportunidad perfecta de hacerme pagar por lo que yo había hecho; sin embargo, eligió la misericordia.

Temía que Gary cambiara de parecer y pidiera el castigo que yo merecía. Sin embargo, el tiempo probó que yo estaba equivocada. Semanas después de la catástrofe, Gary vino a mi trabajo solo para saber cómo estaba yo.

Las acciones misericordiosas de Gary – junto con sus palabras alentadoras en aquella noche anterior al funeral de Marjorie – serían mi fuente de fuerza y de consuelo en los años venideros. Dios tomó este hecho horrible y lo convirtió en algo hermoso. Como resultado de ello, puedo decir junto con el apóstol Pablo: «*Nos regocijamos ... no sólo en esto, sino también en nuestros sufrimientos, porque sabemos que el sufrimiento produce perseverancia; la perseverancia, entereza de carácter; la entereza de carácter, esperanza*» (Rom. 5:3-4, NIV).

Fui gradualmente del sentimiento de «ser culpable» al sentimiento de «elegida» – elegida para tomar el legado de Marjorie como una mujer piadosa que ama a Jesús sin medida. Deseé ser totalmente suya, no solo de labios, sino con mi vida.

Shannon Ethridge

Copyright © 2008 Christianity Today

Tómalo todo

Oh, Señor Jesús, toma de mí por las fuerzas del amor, todo aquello que yo escondo de ti y todo lo que no te dé. Estoy a tu favor y en contra mía.

Charles Whiston

El misterio de la voluntad de Dios

Hace seis años, buscando en Google material sobre el misterio de la voluntad de Dios, encontré una referencia a su página. De inmediato me cautivó la palabra de Dios contenida en su web. Comencé a descargar las revistas y pude aprender mucho sobre la visión eterna y la edificación de la Iglesia. Recibí luz para un entendimiento más profundo sobre la Iglesia. Su revista y página web la he recomendado muchísimo. En verdad Dios abrió mi espíritu para recibir su Palabra. Su revista y en general su página ha aportado muchísimo a mi relación con el Señor. Su sitio web es mi página de inicio del navegador.

Daniel Iván Reyes. Chihuahua, México.

Periódico bimestral

Les escribo para preguntarles si puedo imprimir las páginas de vuestra revista para repartirla entre mis hermanos de la iglesia. Estoy editando un periódico bimestral, y hace unos días el Señor me guió a vuestra página. Quisiera preguntarles si puedo sacar algunas cosas de ellas, ya que de verdad, se ve están escritas por concedores de la Palabra, por el vocabulario que se utiliza,

por la redacción de las notas y por el contenido de las mismas. Los felicito sinceramente por tan bella labor.

Susy. Melodía FM, Argentina.

Revista «La Vid Verdadera»

Encontré su página web de Aguas Vivas y me ha parecido excelente. Junto a dos hermanos, hemos diseñado la revista «La Vid Verdadera». Ya estamos trabajando en nuestra tercera edición. Quisiéramos pedir su autorización para insertar algunos de sus mensajes en nuestra revista, que es gratuita. Si nos autorizan, nos comprometemos a insertar el crédito correspondiente a autor y a su ministerio.

Eduardo Leiva Vargas, Revista «La Vid Verdadera», Managua, Nicaragua.

Estudio y meditación de la Palabra

Es bueno para mi vida recibir de parte de Aguas Vivas edificación por medio del estudio y la meditación en la palabra de Dios. Muchas gracias por el esfuerzo y la constancia de los hermanos que sirven a Dios en ese ministerio. Muchas veces Dios ha hablado a mi corazón por medio del material que publican.

Carlos Cipollone.

Toda bendición procede de Dios; por tanto, toda la gloria es para Dios.

AGUASVIVAS

Para la proclamación del Evangelio y la edificación del Cuerpo de Cristo
Año 13 · N° 66 · Abril - Mayo - Junio 2012

REDACCION: Rodrigo Abarca, Roberto Sáez, Marcelo Díaz, Gonzalo Sepúlveda.
DISEÑO Y DIAGRAMACION: Mario Cortés, Daniel Cortés, Mario Contreras.